Narrar Ámsterdam

Una ciudad a través de sus libros

Victor Schiferli
Micaela van Muylem
(Compiladores)



eduvim

Copyrighted material

Narrar Ámsterdam
Una ciudad a través de sus libros

Narrar Amsterdam / Margriet De Moor ... [et.al.] ; compilado por Micaela van Muylem y Víctor Schiferli. - 1a ed. - Villa María : Eduvim, 2013. 150 p. ; 216x139 cm.

ISBN 978-987-699-041-7

1. Estudios Literarios. I. De Moor, Margriet II. van Muylem, Micaela, comp. III. Schiferli, Víctor, comp.

CDD 807

Fecha de catalogación: 26/02/2013

Este libro fue publicado con el apoyo de
la Fundación neerlandesa de letras.

Nederlands letterenfonds dutch foundation for literature

REUN Red de Editoriales de Universidades Nacionales

LIBRO UNIVERSITARIO ARGENTINO

MANGO consult Supporting Development Projects

©Eduvim - 2013

Editor Carlos Gazzera
Edición gráfica Lautaro Aguirre

Queda hecho el Depósito que establece la Ley 11.723

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones publicadas por EDUVIM incumbe exclusivamente a los autores firmantes y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista ni del Director Editorial, ni del Consejo Editor u otra autoridad de la UNVM.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del Editor.

Narrar Ámsterdam

Una ciudad a través de sus libros *(fragmentos)*

Compiladores

Victor Schiferli
Micaela van Muylem

Índice

9 Nota del editor
Carlos Gazzera

11 Prólogo
Micaela van Muylem

13 Ámsterdam
Cees Nooteboom

21 El pintor y la niña
Margriet de Moor

25 El primer amor de Casanova
Arthur Japin

37 Obras públicas
Thomas Rosenboom

43 El vividor
Nescio

53 Diario
Anna Frank

57 Una novia joven y bonita
Remco Campert

65 Patrimonio cultural
Rudy Kousbroek

69 Delicias turcas
Jan Wolkers

77 Amor ambiguo
Adriaan van Dis

85 Todo está tranquilo arriba
Gerbrand Bakker

89 Lunes azules
Arnon Grunberg

103 Tonio
A. F. Th. van der Heijden

111 La cena
Herman Koch

117 Sed
Esther Gerritsen
123 Mountain bike
Jan van Mersbergen
131 El regreso de Lupe García
Carolina Trujillo
133 H2Olanda
Maarten Asscher
141 Datos bibliográficos

Nota del editor

Desde Eduvim (Editorial Universitaria Villa María) nos enorgullece poner en manos de los lectores argentinos este libro: *Narrar Ámsterdam. Una ciudad a través de sus libros*. Es un orgullo porque creemos que es muy poco frecuente, en el mercado actual del libro en español, antologías tan bellamente pensadas para ofrecerle al lector tanta información y buena literatura. Es un orgullo, también, que este libro se edite y publique desde una Editorial con financiamiento público, perteneciente a una Universidad del Estado Argentino. Una Universidad pequeña, situada en el interior «profundo» de Argentina. ¿Qué editor, entonces, no se sentiría orgulloso de publicar un libro como éste al celebrar su 5º aniversario? ¿Qué editor al publicar *Narrar Ámsterdam* no sentiría estar materializando aquel precepto básico de toda editorial: el de construir nuevas lecturas para nuevos lectores?

Narrar Ámsterdam es, por tanto, lo que el subtítulo informa: un recorrido por una de las ciudades más encantadoras de Europa a través de sus libros. Una antología en la que los lectores podrán oler, saborear, imaginar, soñar, palpitar sus calles, sus canales, su humedad, sus parques, sus habitantes. Una antología que supone una pequeña astilla en un inconmensurable bosque de todo aquello que se ha escrito para aprehender en un instante, en una carilla, en una mancha de tinta, todo lo que una ciudad necesita para ser narrada: desvelos, miedos, lágrimas, pasión.

Deseamos expresar nuestro agradecimiento a los coordinadores/compiladores, Micaela van Muylem y Victor Schiferli por su esmero y dedicación para que este libro llegue a ustedes. A los traductores, que creyeron en nuestro trabajo, en nuestro oficio de editar. Y, fundamentalmente, a los integrantes del Nederlands Letterenfonds, que desde su primer viaje a Buenos Aires, nos trataron como potenciales socios en la tarea de difundir la lengua, la literatura y la cultura de los Países Bajos. A todos ellos, nosotros, también los sentimos como actores fundamentales de estos cinco años de nuestra editorial.

Carlos Gazzera
Publisher Eduvim

Prólogo

La ciudad es un libro para leer, el paseante es el lector. Puede empezar en cualquier página, ir y volver en el tiempo y el espacio. Puede que el libro tenga un comienzo, pero aún falta mucho para su final. Las palabras se componen de emblemas en las fachadas, terrenos excavados, nombres, fechas, imágenes.

C. Nooteboom

En 2013, en su 39º edición, la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires recibe por primera vez a una ciudad como invitada de honor. La capital de los Países Bajos presenta a sus mejores autores en un espacio propio: «Café Ámsterdam».

Con motivo de esta visita surgió la idea de construir una antología de fragmentos, seleccionando obras de autores de los Países Bajos que tengan un vínculo especial con la ciudad. Durante el segundo curso de capacitación para traductores literarios del neerlandés al español latinoamericano, dictado en septiembre de 2012 en la casa del traductor de Ámsterdam, varios de los participantes comenzamos a pensar en la posibilidad de un proyecto conjunto de traducción y difusión en el cual se viera reflejado todo lo aprendido en los dos talleres organizados por el Expertisecentrum Literair Vertalen –Centro de Perfeccionamiento de Traductores Literarios– y la Fundación Neerlandesa de las Letras, dos instituciones que promueven la difusión de la literatura neerlandesa en el mundo y la excelencia en la traducción de los textos traducido a otras lenguas.

Junto con Victor Schiferli, responsable de la difusión de la literatura neerlandesa en el exterior del Nederlands Letternfonds, confeccionamos una lista de autores y seleccionamos los textos que luego integrarían este libro. Algunas de las novelas ya habían sido publicadas, en su mayoría, por editoriales españolas. Los textos nuevos han sido traducidos especialmente para esta antología por diez traductores noveles del entorno latinoamericano.

Con este libro queremos invitar al lector hispanohablante a recorrer las calles de Ámsterdam a través de sus libros, pero al mismo tiempo le brindamos un panorama de la literatura de los

Países Bajos, un universo demasiado desconocido en Argentina. Esperamos que la lectura de estos fragmentos sea el comienzo de nuevos y apasionantes paseos por las páginas de los innumerables libros de la literatura neerlandesa.

Hemos elegido recorridos muy diversos por la ciudad, comenzando con la mirada hermenéutica de Cees Nooteboom y siguiendo con Thomas Rosenboom, Margriet de Moor, Nescio, Arthur Japin, Herman Koch, Arnon Grunberg, Adriaan van Dis, Gerbrand Bakker, A.F.Th. van der Heijden, Remco Campert, Rudy Kousbroek, Esther Gerritsen, Jan van Mersbergen, Jan Wolkers, Ana Frank, para terminar con un epílogo histórico de la mano de Maarten Asscher.

Esta antología no habría sido posible sin la generosa colaboración del Nederlands Letterenfonds y de Eduvim, la Editorial de la Universidad Nacional de Villa María (Córdoba, Argentina), que permiten que este ejemplar sea ofrecido como libro–obsequio durante la Feria del Libro, tanto en formato papel como en eBook.

Agradecemos a todas las personas que han hecho posible la realización de esta antología, especialmente a todos los traductores que participaron de ella, sin cuyo aporte estos textos no se podrían dar a conocer en el mundo hispanohablante.

¡Esperamos que disfruten de la lectura!

Micaela van Muylem

Ámsterdam

Cees Nooteboom[1]

Antes que nada, la tierra. El mar del Norte bate una hilera de dunas que se le resiste y, con un color gris de tonos verdosos y marrones, avanza hasta donde encuentra paso. Allí rompe por los flancos, atraviesa el muro de islas y se convierte en el mar de Frisia, y más allá en el mar del Sur. Ahora, con su poderoso brazo –el Y– se pone a excavar esa misma tierra por detrás. Entre un mar y otro se extiende una paramera de penínsulas y terrenos aluviales siempre sometidos al régimen del agua, protegidos por raquíticos diques de algas, entre los cuales se quema la vegetación de juncos y maleza para poder cultivar la tierra. Un paraje con escasos labradores y pescadores, un pueblo de gente del agua disperso entre las corrientes, las marismas y los cursos de agua, asentado en las orillas de ríos, en las tierras altas, siempre amenazado por las subidas del nivel del mar, el hundimiento de las turberas, los temporales y las desbordamientos. Así no solo va configurándose la tierra, sino también un pueblo. Un pueblo que no encontró ni recibió la tierra que habita, sino que la creó. Mediante la colocación transversal de terrones de turba, los labradores intentan resistir las lamidas y los tirones del ávido mar, la eterna embestida. Por todas partes en las tierras bajas, los habitantes levantan diques para protegerse de las mareas en el Este, construyen casas de adobe y juncos y madera, y a través de las primeras esclusas evacuan el agua, ya impotente, al

[1] Cees Nooteboom (La Haya, 1933) es uno de los escritores más destacados de Holanda. Se lo considera candidato al Nobel. Su extensa obra, también traducida al español, abarca relatos de viaje, artículos periodísticos, ensayos, poemas y novelas. Entre las últimas destacan *El paraíso está aquí al lado*, *Rituales*, *La historia siguiente* y *El Día de todas las almas*. En 2010 publicó su último libro de viajes, *Scheepsjournaal (Cuaderno de bitácora)*, y en 2011 una antología de cuentos, *Los zorros vienen de noche*. Vive en el casco histórico de Ámsterdam. Pasa largas temporadas en Berlín y Menorca. De España ha dicho que es su segunda patria.

mar que siempre regresará. Para sobrevivir no pueden dejar que nada siga su curso; se organizan por caseríos para oponerse al enemigo líquido, al enemigo que fluye. La tierra es pantanosa y vulnerable bajo un alto cielo siempre diferente, las únicas montañas son las dunas en el Oeste, las montañas de Holanda. Tienen un mar enfrente, otro detrás: mar del Norte, mar del Sur. Un río traza su curso por la comarca de Amestelle. Quienes se disputan estas húmedas e inciertas tierras de turberas en los confines del ducado de Baja Lorena son los condes de Holanda y los obispos de Utrecht. Stelle: lugar seguro, abrigado. Ame: agua. La tierra da su nombre al río errante. El río va rodeando las tierras altas como un vagabundo, bailando y serpenteando por unas tierras necesitadas de líneas rectas, dándose aires de guirnalda barroca y perezosa. Donde desemboca en el mar del Sur, esas aguas se llaman Y, y en sus orillas el río se inventa una ciudad, una ciudad junto al agua. Ahora puede comenzar el juego.

El río imprime su signo como un sello en las tierras costeras, e inscribe en ellas su forma como un consumado calígrafo. Una vez que lo hemos visto, ya no podemos hacer abstracción: a lo largo de los siglos, el plano de Ámsterdam fue convirtiéndose en un signo cada vez más complejo, un carácter chino ampliado continuamente, sin cambiar nunca de significado. La tierra es el papel, el agua es la tinta. Como un maestro oriental, el río ha dibujado el primer trazo, sin esfuerzo, con precisión, un signo de extremada sencillez. Ahora les toca a los hombres seguir escribiendo. El calígrafo que forman juntos tiene tiempo de sobra, nada menos que ochocientos años, y el signo que va apareciendo es un laberinto ordenado de canales concéntricos y que se cruzan, una red de vías acuáticas y obras defensivas, un cosmos contenido en sí mismo, un semicírculo mágico que impondrá su sello al mundo. El eje lo siguen formando el río y las aguas en las que desemboca, que unen la ciudad con el mundo, pero entre esas aguas, y en sus orillas, la ciudad se da la forma que tiene ahora. Cada nueva línea del dibujo es historia: económica, política, catastral. Cada pincelada del calígrafo viene dictada por relaciones de poder, guerras, cambios económicos, descubrimientos, ánimo de lucro, defensas, consolidaciones. El anillo de canales que va repitiéndose junto al mar deviene una de las fortalezas más poderosas de Europa; los barcos que parten de la ciudad para regresar años más tarde navegan hasta el fin del mundo conocido, y portan su nombre y fama hasta el trópico y el hielo bárbaro de los mares

más septentrionales, contribuyendo así a la escritura del signo en expansión.

Porque, ¿de qué se compone una ciudad? De todo lo dicho, soñado, destruido y acontecido en ella. Lo construido, lo desaparecido, lo soñado que nunca llegó a ser. Lo vivo y lo muerto. Las casas de madera que se derribaron o incendiaron, los palacios que podía haber habido, el puente sobre el Y que se proyectó pero nunca se construyó. Las viviendas que aún siguen ahí, en las que múltiples generaciones dejaron sus recuerdos. Pero hay mucho más. Una ciudad es todas las palabras que allí se dijeron alguna vez; un murmullo, un susurro, un canto y un griterío ininterrumpidos, infinitos, que sonaron en el curso de los siglos y que el viento se volvió a llevar. Por mucho que hayan desaparecido, formaron parte de ella; incluso aquello que ya nunca podrá averiguarse es parte de ella, sencillamente porque alguna vez se gritó o pronunció aquí, en este lugar, una noche de invierno, o una mañana de verano. El sermón al aire libre, la sentencia del tribunal medieval, el grito del flagelado, las pujas en la subasta, la ordenanza, el edicto, la manifestación, el panfleto, el anuncio de un fallecimiento, las horas cantadas, las palabras de monjas, putas, reyes, regentes, pintores, ediles, verdugos, barqueros, lansquenetes, guardianes de esclusas y arquitectos, esa conversación continua junto a los canales en el cuerpo viviente de la ciudad, eso es la ciudad misma. Quien quiera oírlo, lo oirá. Sobrevive en archivos, poemas, en nombres de calles y refranes, en las palabras y tonalidades del idioma, igual que sobreviven los rostros de los cuadros de Hals y Rembrandt en las caras que vemos, igual que nuestras palabras y caras desaparecerán entre todas aquellas otras, recordadas y no recordadas, volatilizadas, olvidadas, pero aún hoy presentes, encerradas en esa palabra que da nombre a la ciudad: Ámsterdam.

Un marinero muere a causa del escorbuto en la remota Ambon en el siglo XVII y se imagina por última vez la ciudad de la que es oriundo, ya para siempre inalcanzable. Lo que él vio en ese momento persiste en la manera en que yo contemplo la *Schreierstoren*, la torre donde los marineros se despedían de sus mujeres.

La ciudad es un libro para leer, el paseante es el lector. Puede empezar en cualquier página, ir y volver en el tiempo y el espacio. Puede que el libro tenga un comienzo, pero aún falta mucho para su final. Las palabras se componen de emblemas en las fachadas, terrenos excavados, nombres, fechas, imágenes.

Una casa se llama El Pelícano y sugiere viajes lejanos. Otra se llama Spitsbergen y evoca los tormentos de una exploración ártica. Una calle se llama Colgar Arenques, y sin olfatear nada uno reconoce el olor del pescado ahumado. El emblema de una fachada muestra una Puerta Dorada, pero la puerta que hay debajo es moderna, por lo que el paseante reconstruye mentalmente la puerta dorada que alguna vez debió de haber allí. Esta ciudad no calla; al contrario, nos presenta un caudal de palabras: puente de las Lecheritas, esclusa de los Cerdos, calle de los Terneros, y la imaginación del paseante ve lo que le ha contado la Historia: que en esta calle se vendían terneros, más allá bueyes, y al fondo ovejas. El callejón Oración sin Fin: una pulla que se le ocurrió un día a algún amsterdamés que opinaba que en el centro había demasiados conventos de monjas. Es decir, que allí no paraban nunca de rezar, y en el nombre de la calle aún resuenan los tonos gregorianos y las agudas y etéreas voces femeninas. Dique de los Higos: dado que el cargamento de higos que acababa de ser rechazado por los inspectores de sanidad se aprovechó para utilizar como material de relleno. El paseante se detiene ante una excavación y observa cómo los arqueólogos criban, peinan y con delicados dedos cavan la tierra para poner al descubierto el pasado, en busca de señales de ancestros suyos. Se extraña de que vivieran allá abajo. ¿Es que la tierra se va haciendo cada vez más gruesa? Se pregunta si habría entendido cómo hablaban aquellos otros amsterdameses de antes. Más tarde verá los hallazgos en un museo, zapatos reconocibles como tales, podría calzarlos perfectamente. Zapatos, vasijas, martillos, dinero.

Pero el pasado no solo está allá abajo, también está allá arriba, en las fachadas con sus representaciones de colmillos de ballena, indios, alegorías, mercancías, esclavos, barcos. En aquellos tiempos, todo el mundo –así parece– tenía algo que ver con la navegación, todos tenían alguna relación con el agua, las mismas aguas oscuras y misteriosas que aún hoy llenan los canales, y que fuera de la ciudad eran mucho más agitadas y blancuzcas: aguas del mar del mundo por donde arribaban los barcos hasta el mismo borde de la ciudad, «un bosque de mil palos». En el antiguo mapa de CornelisAntonisz, de 1544, el paseante puede ver la ciudad con sus barcos. Aún son pocos los canales que cortan la superficie que se extiende entre las murallas. Todavía no es la época gloriosa del Siglo de Oro, pero el Y ya está abarrotado de naves. Por el lugar donde más tarde se levantará la Estación Cen-

tral, los barcos de menor calado pueden navegar hasta el centro urbano; los de más calado permanecen en la rada, y se cuentan por decenas. Las dos iglesias grandes están bien guarecidas entre las casas, cada una en su propia margen del río, y allí siguen. Las anchas aguas del Damrak llegaban hasta donde hoy se encuentra el Palacio Real, y partían la pequeña ciudad en dos: el lado viejo y el lado nuevo. El paseante reconoce edificios, el trazado de las calles. La ciudad se ha conservado para él, la recorre todos los días. Donde en el siglo XVII se construirá su casa, aún se erige un molino rojo: allí la tierra verde rodea la ciudad, que saltará por encima del agua de varios canales sucesivos, adquiriendo un mayor tamaño en cada plano ulterior, pues la gloria y la prosperidad aumentaban de la mano de los nuevos buques de las Compañías de Indias. El canal de los Señores –este primero–, que confirmaba el poder de los mercaderes; solo después, los canales de los Emperadores y los Príncipes. Y los otros canales más transversales, con nombres de árboles y flores –Azucena, Mosqueta, Rosa y Laurel–, entre los cuales vivía el pueblo, en un barrio que se llama Jordaan: los calafates, estibadores, marineros, los hombres de voces poderosas que traían los aires del ancho mundo a las angostas calles.

Hoy es un día gris, de niebla. Cuando cierra los ojos, el paseante oye silbar los aparejos de todo ese contingente de cocas, carabelas, fragatas, galeones, goletas, bergantines; huele las especias, oye las lenguas extrañas de los muchos que han buscado refugio en su ciudad: judíos portugueses y españoles, hugonotes, calvinistas flamencos, y también solitarios como Descartes, al que tan bien se le daba la meditación entre el barullo de los barriles en los muelles, o un visitante como Diderot, que se sorprendía de *cette liberté compagne de l'indépendance qui nes'incline que devant les lois*. Esta libertad, compañera de la independencia, que no se inclina más que ante las leyes. Nunca termina este paseo, y el paseante lee las imágenes tal como se le presentan, con el ojo de su imaginación: los patinadores de Avercamp en los canales, las procesiones medievales en torno al Milagro de Ámsterdam, los nuevos palacios de los traficantes de esclavos, y los propios traficantes, cantando a pleno pulmón sus lentos salmos en las severas iglesias, despojadas de cualquier ornamento por la furia iconoclasta, tal como las conocemos de las pinturas de Saenredam. Pero también esos otros lugares de culto clandestinos, escondidos en desvanes, de los por entonces perseguidos católicos; la joven

ahorcada que dibujó Rembrandt; el poeta Bredero, que se ahoga al resquebrajarse un canal helado; la muerte de Hendrikje y la subasta pública de las antigüedades de Rembrandt; la revuelta de los anabaptistas y su ajusticiamiento; el culto a la pompa y la fría codicia de dinero, el peso de la riqueza, los vivas a los reyes propios y ajenos, el paso militar de ocupantes españoles, franceses y alemanes... Y así el paseante llega a su propio tiempo: la persecución de los judíos, cuando la ciudad quedó mutilada para siempre; los lugares donde torturaron o fusilaron a los miembros de la resistencia, la entrada triunfal de los libertadores canadienses. Historia densa, que fue adhiriéndose capa por capa y que la ciudad ha absorbido y conservado, que se mantiene viva en los monumentos y las pequeñas lápidas conmemorativas, casi invisibles, y en los recuerdos de los vivos, las palabras de humillación y derrota, tanto como el triunfo de viejas y nuevas victorias, una moraleja, una rememoración.

Anochece en la ciudad. Las luces encendidas en las habitaciones de las casas de los canales lo empequeñecen todo, un salón. Leve melancolía de las ciudades portuarias, porque en ellas siempre se respira añoranza. El paseante que soy deambula frente al Palacio del Dam, que en otros tiempos, cuando se construyó, tanto sobresalía por encima de todo. Descansa sobre más de trece mil pilotes, en la misma tierra pantanosa de siempre, la de los comienzos, la de Amestelle. Cuando era joven, en 1948, aquí vi abdicar a «la vieja reina» después de cincuenta años de reinado. Donde ahora están las anchas calles y circula un tranvía tardío atracaban los barcos, hasta en el corazón de la ciudad. Sé en qué lugar se encontraba la primera bolsa, y la segunda, y la tercera, en qué lugar la báscula pública y el mercado de pescado, donde se sometía a los condenados a muerte al suplicio de la rueda y se vendía el grano. Ahora ando por los canales por donde caminaban los poetas que escribían en mi idioma cifrado y que ningún extranjero sabe leer: Hooft, Vondel, Bredero, Hoornik, Slauerhoff. Paso por delante de los palacetes de los patricios, convertidos ahora en oficinas de las sedes mercantiles del imperio desvanecido, veo en alguna fachada el genial signo de la Compañía de las Indias Orientales, y en las calles oscuras y bajas del Jordaan recorro las casas de los sin nombre de entonces, sin quienes esa potencia mundial fenecida jamás habría podido ser. Nada ha seguido igual, todo es igual. Es mi ciudad, un signo para iniciados. Nunca se entregará del todo al forastero que no conozca el idio-

ma ni la historia, porque precisamente la lengua y los nombres son los depositarios de los humores secretos, los lugares secretos, los recuerdos secretos. Ciudad abierta, ciudad cerrada. Una para nosotros, otra para los demás. Una ciudad junto al agua, una ciudad de la gente, inventada y escrita por la gente y el agua. Una ciudad de muchos tiempos, y una ciudad en el tiempo. Una ciudad dual, visible e invisible, hecha de piedra y madera y agua y vidrio, y también de algo que no puede designarse con palabras.

El pintor y la niña

Margriet de Moor[2]

En otros tiempos, en este lugar

El día en que iban a estrangular a la niña, el pintor ya se había ido al centro por la mañana. Normalmente, a esa hora trabajaba, pero ahora iba caminando por Rozengracht. Eran más de las diez, y el tiempo estaba maravilloso. Después de haberse sentido desanimado toda la semana, hoy estaba relajado. Los primeros días de mayo tienen una alegría natural; no se piensa todavía en el verano y su calor sofocante. A la luz de la mañana, las fachadas de las casas se componen de tonos grises y café, no hace falta el negro, y el cielo que todo lo cubre es de un azul indefinido. Cruzó la calle. Su frente fruncida le confería el aspecto de un pensador, lo que era, en efecto. Los pintores están acostumbrados a pensar con las manos.

En el cruce de Prinsengracht le llamó la atención la concurrencia. Todos iban en dirección al puente sobre Nieuwezijds Achterburgwal. ¿Qué pasaría más allá, cerca del Ayuntamiento? Porque quien circulaba por acá, se dirigía hacia la plaza del Dam. En la curva, unos pasos más adelante, se detuvo y se agachó para averiguar. Al pie de unas escaleras que daban a una entrada de servicio, una mujer empujaba con ambas manos una puerta para cerrarla.

—¿Qué está pasando?

La sirvienta miró por encima del hombro. Vio a un anciano con ojos penetrantes que no estaba enterado de lo que, según ella, sabía toda la ciudad desde hacía varios días. Subió los escalones.

—¿No lo sabe?

Era Día de Justicia.

---

[2] Margriet de Moor (Noordwijk, 1941) pianista y escritora de relatos, novelas y ensayos. Su escritura se caracteriza por las múltiples capas de sentido y la confluencia de motivos literarios y estéticos en el arte y la música.

El pintor no reaccionó.

Había una ejecución en el Dam.

—Ah —asintió, y quería seguir su camino, pero la mujer no le quitaba la mirada fija e insistente de encima. Aún faltaba que le dijera lo más notorio. Por un momento, vio cómo se le retorcían las mejillas y la boca, en los ojos un destello de curiosidad, intensa como un gran deseo.

—Una mujer —dijo—. Una niña. Apenas dieciocho años.

Dio un paso hacia adelante, haciéndose a un lado para dejarlo pasar.

—Será a las once —alcanzó a añadir.

Cuando el pintor siguió su camino, en teoría todavía se dirigía a la Warmoesstraat, para comprarle a uno de sus proveedores lo que necesitaba para un lienzo, una pintura en gestación que en ese instante ya había rebasado ampliamente su entender y sus pensamientos, y que por lo tanto tiraba de él como un imán. Una pareja de enamorados, dos figuras en dorado y rojo, dispuestos en un espacio oscuro. A modo de excepción, esta vez el cuadro no estaba destinado de forma directa a otra persona; hasta el momento en que necesitara dinero con urgencia, lo retratado le pertenecía. Pero la noticia que le acababan de dar había hecho mella en su corazón y seguiría royendo allí para atraer su atención. Claro que en la ciudad eran frecuentes las ejecuciones. Algunos las presenciaban; es decir, al menos un par de centenares de personas, y cuando el caso apelaba a la imaginación, incluso más de mil. Otros no iban nunca.

Puede ser que de niño, en Leiden, hubiera visto algún ahorcamiento. Estrangulamientos, no. ¿Sería un castigo específicamente destinado a las mujeres? Las ejecutaban sentadas. ¿Acaso porque les parecía más decente?

Mientras resonaban en sus oídos las cuatro palabras que le habían contado lo que iba a acontecer, o que ya estaba aconteciendo en la vida de una niña de apenas dieciocho años, llegó al puente en el momento en que empezaban a repicar las campanas. Primero lejanas, sordas, lentas, pero pronto dominadas por las pesadas campanadas justo encima de su cabeza de la iglesia del Oeste.

«Exageran», pensó.

Era cierto que ese día las iglesias armaban más escándalo de lo normal, lo cual era absolutamente comprensible. Hacía mucho que en la ciudad no se ejecutaba a una mujer; veintiún años, para ser exactos. A los hombres les tocaba con regularidad. Ladrones,

revoltosos, reincidentes: una vez agotada la paciencia, los sometían al suplicio de la rueda o los colgaban.

Aunque de todos modos su camino lo habría llevado por la plaza del Dam, el alboroto hizo que el pintor ahora se sintiera atraído hacia allí de manera distinta, forzado, inmerso en la multitud. Le crispaba los nervios. Hacía poco había visto en un libro una imagen de un ídolo. Tenía una cabeza de búfalo, coronada por dos cuernos, y cuatro brazos humanos arqueados. En ciertos días, según había leído con interés, en el interior de la imagen se prendía un fuego abrasador para darle al pueblo la oportunidad de complacer al dios, depositando una ofrenda en sus brazos ardientes: fruta, aves vivas, mamíferos, un esclavo, un prisionero o, lo que más satisfacía a la deidad, un hijo.

Sacrificar a un hijo, tras madura reflexión, habiéndole atado previamente los pies como a un ave de corral. Ahí sin duda se traspasa un límite. ¿Acaso esos salvajes, en un idioma que parece demencial pero tal vez no lo sea, han dado con la lengua de su dios?

Se preguntaba si no sería mejor girar a la izquierda. No tenía ganas de ejecuciones, fueran las de los hombres o las de Dios. Todavía no se cumplía un año de la muerte de su mujer. Para llegar al otro lado del Damrak también podía cruzar por alguno de los puentes cercanos a Nieuwe Dijk. Mientras, ya veía surgir la fachada posterior del Ayuntamiento, gigantesca, de un blanco amarillento, desteñida cerca del suelo hasta adquirir un color gris lodoso, y que reducía a la insignificancia todo lo edificado a su alrededor. Allí, a la derecha, en alguna de las celdas subterráneas, estaba esa niña, encima de su cabeza una de las construcciones más majestuosas de Europa, una algarabía de longitudes y alturas coordinadas a la perfección entre sí, calculadas con exactitud todas ellas, y ejecutadas con rigor y voluntad altiva a todo nivel, desde el maestro de obras hasta el albañil, transmitiendo un solo mensaje.

Esto es Ámsterdam, esto es el mundo.

Se llevó las manos a la espalda, aminorando el paso. El edificio al que ya había entrado varias veces se desplegó en su imaginación como una colección de planos. Escalinatas, galerías, despachos, todo eso proyectado alrededor de la esplendorosa sala que pertenecía a los habitantes de la ciudad, patrimonio moral de los ciudadanos, que tenían pleno derecho de entrar allí cuando sintieran ganas de hacerlo, de mirar, de liquidar algún asunto y

de recorrer con los pies los círculos de los planisferios celestes y mapamundis incrustados en el piso de mármol.

Sobresaltado por una idea, se detuvo. Este tipo de relámpagos siempre había que tomarlos en serio. Un hombre con un perrito en brazos chocó contra él. Se miraron a un palmo de distancia uno de otro, tan solo un segundo, en el cual uno de ellos pensó «¿y si pongo dos de esos círculos perfectos en posición vertical como fondo para un retrato de hombre?». Y durante el cual el otro no pensó nada en absoluto, porque tenía la cabeza llena del repicar de las campanas, esa llamada retumbante que sin duda se oía hasta en las entrañas del edificio.

Ya estarían a punto de rezar con la joven criminal.

A continuación le preguntarían, por última vez, si estaba arrepentida.

La muy terca diría que no.

El primer amor de Casanova

Arthur Japin[3]

2

En Holanda se suele comparar a las putas con los caballos. Se dice que las yeguas percheronas son las putas callejeras, que andan siempre trajinando. Los caballos de tiro son las busconas de las casas de baile y de las mancebías. A los caballos de carruajes y carrozas se las llama gatitas de habitación o gallinitas de casas discretas, y andan más desahogadas que las demás. Y por último están los caballos de montar, que son las mantenidas, y que se las dan de ser casi tan honestas como las mujeres casadas.

En el lapso de unos años, pase por todos los establos. No tuve alternativa. No hubo carro al que no me dejara acoplar. Digo las cosas como son.

No hay que olvidar que cuando llegue a Ámsterdam procedente de París aún no iba tapada. El agua de esta ciudad era negra y brillante, y capturaba mi imagen que iba persiguiéndome en cada puente y en cada muelle. Si alguien me miraba al pasar, primero se fijaba en mi deformidad, sólo después me veía a mí. Todas las miradas se desviaban inexorablemente al lado izquierdo de mi rostro y de mi cuello. La gente tardaba unos instantes en recuperarse, unos del espanto; otros, de un arranque de compasión, algo que siempre me resulto más doloroso. Sólo después la gente me miraba realmente a los ojos, con extrema fijeza, como si tuvieran que reprimirse para no ponerse a examinar más detenidamente aquella devastación. Durante años, ése fue el saludo que recibí. Estaba acostumbrada y ya no me afectaba. Sin embargo, en Holanda no sucedía lo mismo. Es un país pequeño donde

[3] Arthur Japin (Haarlem, 1956). Obtuvo el premio Libris literatuurprijs en 2004 para su novela *El primer amor de Casanova*. Japin estudió en la academia de arte dramática y fue actor y cantante antes de dedicarse a la escritura. Sus novelas y relatos tienen un fuerte carácter autobiográfico o histórico.

todo el mundo vive muy apretujado. Para no verse engullidos por la masa, todos buscan algo que los distinga del vecino. En vista de que sus habitantes valoran tanto su individualidad, las diferencias no se ocultan bajo una capa de cortesía sino que se realzan, sobre todo si se trata de extranjeros o recién llegados. Las particularidades de los demás pueden resultar de mucha ayuda para esclarecer la imagen de la propia perfección. Se tolera que alguien sea diferente mientras lo demuestre abiertamente. En ese sentido, mis cicatrices eran una solución. La gente las señalaba y hacía comentarios sobre ellas sin tapujos, no sólo entre ellos sino también conmigo. Perfectos desconocidos para mí me abordaban y me hacían un montón de preguntas personales, ya fueran sobre la causa de mi deformación como sobre la tristeza que esta me ocasionaba, como si intentasen abarcar mi singularidad con la máxima precisión. Al principio pensé que se trataba de una manifestación de la famosa tolerancia que había atraído a tantos filósofos y pensadores hasta aquel país, aunque debo admitir que la franqueza holandesa me acobardó al principio y me llevo algún tiempo acostumbrarme a ella.

En consecuencia, tardé más en darme cuenta de algo que los holandeses ya sabían desde hacía mucho, que la tolerancia es muy distinta de la aceptación, por no decir su contrario, y que esa pretendida actitud tolerante es a la vez un ingenioso método de represión. Si uno considera a otro su igual, lo abraza sin reservas para siempre. Pero al hacerle saber al otro que lo tolera, le está diciendo implícitamente que en realidad es una carga, como un dolor persistente o un olor desagradable que está dispuesto a soportar temporalmente. Bajo la tolerancia se esconde una amenaza: ese talante puede cambiar en cualquier momento. Hecha la clasificación, a cada individuo se le exige que sepa estar en su lugar y luzca una etiqueta bien visible, como el veneno en un aparador de la botica. Sospecho que esa es la verdadera razón por la que a los holandeses les gusta tanto la identidad y la individualidad. Porque les permite ordenar todo lo extraño y diferente en categorías controlables y comparables, lo mismo que hacen con las mujeres públicas y sus caballos para su entretenimiento.

Me costó mucho situarme en la nueva ciudad. Todo el mundo iba a la suya. Eso es algo que atribuyo a la gran libertad. La gente se siente más unida cuando vive sometida a reglas muy estrictas. Los amsterdameses son de naturaleza reservada. Ni siquiera las personas con las que trababa una conversación cordial durante

mis paseos diarios me invitaban nunca a sus casas. Todo lo fácil que me había resultado vivir a salto de mata en otras partes de Europa, me resultaba aquí difícil abrirme camino. Los tiempos dorados de la ciudad habían pasado. Había más manos que puestos de trabajo. Tenía la esperanza de colocarme como maestra dando clases, pero no conseguí trabajo con ninguna de las familias pudientes, ni siquiera con aquellas en las que mi francés era bastante mejor que el del señor de la casa. Solía explicar que me había criado en una gran finca y que había aprendido de mi madre a hacerme cargo de su cuidado. Me contestaban que las casas junto a los canales eran de proporciones más modestas y que todos los puestos estaban cubiertos. Ni siquiera como dama de compañía o doncella logré entrar en las casas distinguidas. Al principio atribuí sus negativas a mi físico, pero cada vez que lo sugería me encontraba con la misma respuesta airada que me hacía saber que en ese país la gente no se dejaba llevar por ese tipo de prejuicios. A juzgar por sus reacciones de asombro, parecía más bien como si mi aspecto jugase a mi favor pero por desgracia siempre resultaba que el empleo acababa de ser ocupado por otro.

Pronto tuve que dejar mi confortable alojamiento en el Oude Zijds y trasladarme al Oude Waal, en casa de una viuda que alquilaba una habitación en la parte trasera de la casa. Después intente en vano conseguir un puesto de trabajo en alguna de las numerosas tiendas de los alrededores. Me dijeron que fuese a preguntar a un taller donde se hacían imitaciones baratas de los bordados ganteses. Estuve un día y medio trabajando pero no llegué a concluir la segunda jornada. Tenía los dedos llenos de pinchazos y la tela que me habían encargado coser estaba manchada de sangre. En Pasiano, no me enseñaron muchas de las cualidades que suelen pedirse a una muchacha y en los años sucesivos menos aún. En una de las cocheras de la Kerkstraat encontré trabajo cepillando caballos, pero sólo me duró tres días porque después de pensárselo mejor, el propietario decidió que aquella no era tarea para una mujer. El trabajo físico me había gustado y le pregunte si no había por los alrededores más haciendas donde pudiera ayudar cortando leña o en la caza, como había aprendido a hacer con mi padre, pero Ámsterdam está rodeada de agua y pantanos. Seguidamente, me ofrecí como doncella o sirvienta en las posadas. Allí al menos me dijeron sin rodeos que mi fealdad espantaría a los clientes que estuviesen tentados de entrar y les quitaría el apetito a los que ya estuvieran sentados. Aquello fue un consuelo. La honestidad es siempre mucho me-

nos dura que la compasión. Al fin, conseguí que alguien apuntase mi nombre en una lista en la lonja de pescado, de manera que me harían llamar cuando llegase una gran flota y necesitasen mujeres para destripar los arenques. Pero la carga no llegaba y la vida era cara. Vendí el *DomBougre* del conde Antonio muy por debajo de su precio real. A las siete semanas había agotado los beneficios que obtuve por él y me fui a la casa de empeño. Dejé el colgante que mi abuelo había hecho para mí, el espejito con los ojos de la santa. La suma que me dieron por él era demasiado baja y el plazo para desempeñarlo demasiado corto. Intente no perder los ánimos, volví a besar mi querido recuerdo y jure que no permitiría que se me escapara.

A la salida, alguien me abordó. Aquello era algo inusual en una ciudad holandesa, de modo que me puse en guardia, pero se trataba de un hombre cortés. Me dijo que era cirujano y que estaba interesado en mi fisonomía, y añadió que le interesaba presentarme como ejemplo a sus alumnos, que estaban estudiando el tema de los pacientes de viruela. Se ofreció a pagarme por ello.

El teatro anatómico estaba a oscuras cuando entré. Flotaba en el aire un olor penetrante a alcohol y alcanfor. En la habitación adyacente, donde tuve que desnudarme de la cintura para arriba, vi las sombras inquietantes de animales disecados y esqueletos pero me controlé y pensé en la recompensa. Cuando abrieron las contraventanas superiores del edificio, que antaño había servido como casa del peso público, vi que me hallaba en medio de un anfiteatro. A mi alrededor había una veintena de espectadores. Me aseguraron que todos ellos eran estudiantes de cirugía, miembros del gremio y buenos conocedores del cuerpo humano. El profesor me presentó con cordialidad, me pidió que me sintiese cómoda y no hizo nada sin pedir previamente mi consentimiento. Al principio resumía expresamente para mí lo que acababa de decir en latín. Pero una vez que me acostumbre a su pronunciación, le dije para sorpresa de todos que entendía lo suficiente de su discurso para poder prescindir de la traducción. Al parecer estaban estudiando las lesiones cutáneas y la diferencia entre las zonas de piel descamadas por la viruela y aquellas en las que la vesícula se había curado sin llegar a erupcionar. También me examinaron el cuello y los hombros y el profesor señaló los lugares donde las pústulas habían estallado por dentro y el veneno se había quedado debajo de la piel. Me pidió que hiciera algunos movimientos.

Que, en efecto, me resultaban dificultosos, algo que él atribuyó al endurecimiento de las cicatrices en el tejido muscular y prometió mostrar esa particularidad más tarde en la mesa de disección con un cadáver. Me santigüé por el pobre infeliz que ocuparía mi lugar poco después de distraer mis pensamientos mirando lo que había a mi alrededor, pero todas las paredes estaban llenas de esqueletos, miembros y fetos en formol. Todo cuanto allí había recordaba la mortalidad.

La clase duró una hora, después de la cual me pagaron mi dinero y me dejaron marchar. Me fui a vestir a la habitación contigua y en eso estaba cuando entró el profesor. Tomé la falda y cubrí con ella mi desnudez, pero él me aseguró que no tenía que avergonzarme delante de un cirujano. Me traía una tintura que creía que podía reducir la tensión de mis heridas y hacer que la piel descamada de alrededor se flexibilizase. Sus intenciones eran buenas y se lo agradecí. Entonces, vertió un poco del líquido en la mano y lo mezcló con aceite.

Yo ya no era ninguna niña y sabía lo que él quería de mí. Me gustaría poder decir que me sumí en un estado de confusión y dudas, pero no creo que fuese así. Lo complací y dejé que me masajeara. Cuando sus manos se desviaron no las detuve. Me tomó de pie. Agradecido como un niño, se apretó contra mí. Un hilillo de saliva le cayó de la comisura de los labios, fruncidos en una mueca de satisfacción. Sin querer, aquello me trajo recuerdos del pasado, de la cara sanguínea del conde Antonio, aquel hombre peligroso, tan inocente y feliz en su instante de placer. Le dejé hacer al profesor. Una leona, un cisne, un cocodrilo y una serpiente, todo ellos disecados, se convirtieron en nuestros testigos, hasta la piel diseccionada de un criminal. La pieza estelar de la sala era un esqueleto de elefante cuyas costillas se movían al ritmo de nuestros cuerpos.

Así empezó mi nueva vida en Ámsterdam. Abandone el teatro de anatomía sintiéndome una mujer independiente y sin remordimientos. Una hora después había empeñado el colgante de mi abuelo y aún me quedaba suficiente dinero para pasar la semana. Decidí no volver a ponerme la joya sino que la escondí bien entre mis posesiones. No podía emprender el camino que me esperaba ante los ojos de Lucia.

No diré que no derrame lágrimas por la pérdida de mi honor. Sí, a veces lloré con amargura cuando comprendía la magnitud de la realidad. En esos momentos era plenamente consciente del

tesoro del que me había desprendido. Sabía que no había vuelta atrás en mi decisión, pero en mi dolor buscaba alternativas para escapar a mi destino. En esos días tenía sueños febriles en los que se me aparecían mis padres, me resultaban tan reales que alargaba los brazos como si pudiera tocarlos. A veces les hablaba en voz alta, como si estuviesen conmigo en la habitación. Les preguntaba cómo estaban, si aún me querían después de que los hubiese decepcionado tanto. También los consolaba y les decía que no debían preocuparse por mí aunque no recibiesen noticias mías. Aquellos arrebatos no duraban mucho y de pronto cobraba conciencia de dónde estaba y lo lejos que se hallaban ellos, si es que aún seguían con vida. El resto del tiempo me sentía en paz y pensaba que el trabajo podría cambiarme por fuera pero no por dentro.

Tuve una vez a un marinero enrolado en la marina mercante. En cuanto el barco atracaba en el puerto, venía corriendo a verme para saborear de nuevo las mieles de la vida. Un día me contó que estando frente a las costas de Guinea durante un temporal se había caído al agua desde el foque de tormenta. Se puso a chapotear como un poseso, pidiendo auxilio, aterrado, pero nadie venía en su ayuda. Sólo los tiburones. Veía sus aletas acercarse a él y estrechar el círculo a su alrededor. Y sin embargo, al ver que notaban su presencia e iban a por él, su miedo desapareció. La idea de que ya no había salvación posible y de que había llegado al final de su viaje lo sumió súbitamente en un estado de paz y satisfacción que jamás hasta entonces había experimentado.

Dejó de luchar y quedó a merced de las olas como, dijo, un hombre sólo se entrega en el regazo de una mujer. En un estado de puro gozo. En aquel instante apareció un bote que lo alteró todo. Sus camaradas impidieron el ataque de los tiburones. Cuando le arrojaron la cuerda al náufrago, casi se sintió decepcionado. Había alcanzado un punto del que ya no quería retroceder. Sólo cuando perdió la conciencia, pudieron arrastrarlo de nuevo a bordo.

Yo también conozco esa paz. Es un estado de gracia, oculto tras la desesperación más profunda. Es inalcanzable para los que no la han experimentado. En tanto la vida nos ofrece soluciones, nuestro cerebro funciona a toda máquina. Nos sentimos responsables de nuestro propio destino y queremos la mejor posibilidad, pero tememos elegir mal. Más que el resultado, nos angustia la elección. Es la duda la que nos desespera. Sólo en las circuns-

tancias más extremas, cuando sentimos que no podemos cambiar nada de nuestro destino, nuestra mente se queda en blanco y por fin podemos confiar en nuestra intuición. Ella no deja lugar a las dudas. Nos entregamos a nuestro primer impulso. Así hallamos la paz. Así sobrevivimos.

Entre tanto yo había llegado a la humillación más absoluta. Llevaba la ignominia clavada en la carne como un arpón. Mientras no lo tocara, no me dolía, pero si intentaba sacarlo me traspasaba por dentro. Muchas de las decisiones que he tomado a lo largo de estos últimos años han sido teniendo presente este conocimiento. A fin de cuentas, no era la primera vez que tenía que resignarme a que mi vida no fuese como yo la había soñado.

También de eso he aprendido de mi marinero. En otro tiempo, quiso llegar a capitán para decidir su propio rumbo, pero sabía de sobras que eso no llegaría nunca. Su trabajo era duro, le rompía el espinazo y le despellejaba las manos. Le hacía sentir enfermo, sucio y lleno de añoranza, lo que no significaba que la aventura no le diera satisfacciones. Siempre volvía a verme después de cada viaje.

Estuve algunas veces más en el teatro de anatomía, pero el profesor perdió su interés. Las últimas ocasiones me dejé convencer para hacer de modelo junto a la mesa de disección por la misma retribución. Si la signora Morandi podía soportarlo, pensé, yo también podría. Durante la lección, me tocaba demostrar el funcionamiento de los músculos que el profesor iba seccionando a un cadáver y enseñando a la audiencia. En mi vientre, indicaba la posición de los órganos que extirpaba. Una vez puso tejido muerto contra mi espalda desnuda para mostrar lo corto que era un músculo en realidad cuando estaba en reposo y lo mucho que podía llegar a estirarse. No reaccioné, pero decidí que aquella sería la última vez que iba a aquel lugar.

Mientras tanto, tomaba muchas precauciones para poder seguir manteniendo mi habitación. Pero los rumores llegaron a oídos de la viuda que me hospedaba. Tenía prohibido el trato con hombres en su casa y me echó pese a que aún le debía dinero. Después todo fue muy rápido. Pase de la cama a la paja y de la paja al suelo.

No cuento todo esto porque diga muchas cosas de mí. Muchachas mejores han seguido este mismo camino, y peores también. Ofrece más un retrato de la época y las circunstancias en las que me hallaba que de mí misma. Eran años duros. La prosperidad de

Holanda había llegado a su fin y su supremacía en el mar había quedado en manos de Inglaterra. En Ámsterdam había miles de mujeres como yo.

Hice poco la calle y nunca en la Kalverstraat, con las putas más arrastradas. Hacia el final de la tarde me iba de los jardines de los carpinteros hasta la plantación y allí campaba a mis anchas. Las insinuaciones se hacían con la mirada y el asunto se zanjaba entre las plantas, y en el invierno, también al amparo de la naranjería. El intercambio de palabras sobraba. El silencio era de gran importancia, pues contribuía a mantener la ilusión y el cliente podía imaginar que se trataba de un verdadero amor. Otra posibilidad era acudir a una de las posadas, pero tenían mala reputación. Muchos hombres temían ser vistos en uno de esos locales y yo prefería el aire libre. Aquel lugar siempre me proporcionaba un cierto consuelo, incluso con los clientes que me disgustaban.

Las hojas reclamaban suavemente mi atención y los tallos se me clavaban en la piel. Oía el rumor de las ramas moviéndose al ritmo de nuestro juego. La presión de las raíces sobre las que yacía. El tacto de la corteza. El aroma del musgo, la madera y la resina que flotaban en el aire en esas noches de verano en las que el rocío estaba esperando salir del suelo con el frescor de la alborada. Ah, me brindaba muchas posibilidades de distraerme de lo que en realidad estaba sucediendo. Sobre todo recuerdo mis pies que iban hundiéndose lentamente en la tierra por el peso, cada vez más adentro.

Me extrañaba que estas cosas no me repugnasen lo debido. Me resultaría tentador decir que todo aquel verdor me hacía retroceder a mis años felices en Pasiano, donde me sentía como en casa en plena naturaleza, elegía a mis camaradas de juego entre los animales y montaba los caballos que pacían libremente en la pradera. Mi juventud sin temores ni prejuicios. No había nada que limitase mi felicidad porque en Pasiano no había peligros. Las plantaciones holandesas eran otra cosa. En el poco tiempo que estuve trabajando ahí, hallaron entre las plantas de semillero a tres mujeres que habían sido degolladas después de usadas. Como se ve, aquel lugar no se prestaba a ser comparado con Pasiano. Es solo que el encanto de la plantación me ayudaba a soportar lo más duro. A pesar de las incomodidades, nunca he logrado ausentarme tanto de la realidad como cuando trabajaba al aire libre. Durante el trajín en las casas de baile o en las habitaciones traseras, no había forma de escapar de la sordidez. La

naturaleza divina siempre ofrecía un sentimiento de libertad y una posibilidad de escapismo. En medio de las ortigas y con el aroma de los rosales a mi alrededor mi situación era tan irreal que parecía casi abstracta, de suerte que en realidad no me sentía yo misma. La única coincidencia con Pasiano es que tampoco conocía límites.

Pronto fui reclutada por uno de los rufianes. Eran tipos siniestros que a cambio de dinero ofrecían protección, básicamente de sí mismos. Me encontró un lugar en una de las casas de putas que había cerca de la torre de los vendedores de arenques, en el puerto. Era uno de los antros más inmundos y solía estar frecuentado por marineros de las Indias Orientales. Cada día atracaban nuevos barcos cuya tripulación llevaba meses enteros sin ver a una mujer. Entraban a la ciudad por millares con los bolsillos llenos de la paga recién cobrada y locos de lujuria. Parecía una tribu de salvajes, muy capaces de violar a cuantas madres e hijas se les hubieran puesto por delante si no hubiésemos estado nosotras para que se desfogaran. Era un trabajo duro y repulsivo. Por lo general, llegaban sucios y sin afeitar, y lo que es peor, enloquecidos con las fantasías más delirantes a las que su mente solitaria se había entregado sin coto durante el largo viaje y que a la sazón querían ver cumplidas. Así me hallaba a menudo en medio de un remolino de cuerpos y en posturas más propias de un condenado al que un alguacil ha hecho amarrar a la rueda. También aquellos clientes exigentes tenían la cartera llena y tanto la regenta como los rufianes se encargaban de que nosotras hiciésemos ver el fondo cuanto antes. Negarse era imposible. Pero engañar no lo era. Y yo aprendí pronto. Primero emborrachaba a mi cliente y si después todavía estaba en condiciones de hacer algo casi siempre me las arreglaba para simular los actos que me exigían. Por lo general, aquellos mastuerzos estaban demasiado pasados de rosca para darse cuenta y tenían poca experiencia salvo en los trabajos manuales. (Fue precisamente ahí donde reconocí un día al «marqués de Saint Germain». El antiguo compañero de Jesucristo había tenido que huir de París y aspiraba a abrir una fábrica de porcelana en Weesp, un plan que tuvo que reconsiderar seriamente después de que yo lo dejara bien desplumado.)

Estuve en aquel puesto el tiempo suficiente para acabar pagando mi libertad a mi rufián. Después de aquello, las casas de baile en las que trabajé por mi cuenta supusieron un gran alivio. Allí al menos podía elegir libremente y nadie me obligaba a hacer lo

que no quisiera. Debido a mi aspecto, era evidente que no podía aspirar a la mejor clientela, pero incluso los hombres menos elegibles eran por lo general ciudadanos respetables. La mayoría no compraba su amor por necesidad sino por lujo, un refinamiento que hacía que nos valorasen más. Y cuanto más la valoran a una, más valor se concede a sí misma. Empecé a vestir mejor y a cuidarme más. También comía mejor, lo que hizo que mis formas se llenaran y redondearan, de suerte que atraje a clientes cada vez más caros. Entre tanto perfeccioné mis habilidades. Algunos de mis trucos se los debo a la *Histoire de DomBougre, portier des Chartreux*, que me había acompañado durante tanto tiempo que aún podía ver en sueños las ilustraciones.

Cada vez aumentaba mi capacidad de complacer a los hombres sin necesidad de consumar el acto mismo, de manera que ellos se iban satisfechos y yo permanecía intacta.

En aquellas casas más selectas era posible comprar condones. Se trataba de un descubrimiento médico, conocido principalmente entre los cirujanos y que hasta aquel momento sólo se los había visto utilizar al profesor del teatro de anatomía. Estaban hechos de algodón o de tripa de animales y protegían de enfermedades contagiosas. La madama nos obligaba a utilizarlos. Aquello garantizaba que sus chicas permaneciesen sanas y evitaba sobre todo que quedasen embarazadas y sin trabajo. Muchos hombres estaban en contra de su uso. No entendían por qué una mujer que emplease ese método de protección tenía que ser más higiénica que otra, y argüían que si insistía tanto en ponérselo era porque ya estaba contagiada. La típica lógica masculina. De ahí que primero hubiera que llevar al caballero hasta cierto punto y ponerle el condón en ese preciso instante en que darían lo que fuese para poder llegar hasta el final sin interrupciones, aunque para ello tuviesen que consentir en ponerse un capuchón.

Un día, cuando salía de una de esas casas me abordó un caballero. No lo había visto antes. No era ningún cliente. Me mostré desconfiada, pero él sólo me invito a tomar algo. Fuimos al café que hay junto a la casa de huéspedes de caballeros, un lugar respetable y nada sospechoso. Allí estuvimos más de dos horas charlando agradablemente. Era un erudito y estuvimos hablando de libros, de filosofía y de un montón de asuntos que no había podido compartir con nadie en Ámsterdam hasta entonces, sencillamente porque la gente con la que estaba no sabía nada de aquello. En mitad de la conversación se puso de pie, se disculpó y me preguntó si podíamos vernos otro día. Me pagó por mi

tiempo pero desapareció sin querer decirme su nombre o darme su dirección, algo que me decepcionó más de lo que hubiese cabido esperar.

Dos semanas después lo vi de nuevo. Sucedió a primera hora de la tarde, justo cuando me disponía entrar a trabajar. Me preguntó si podía invitarme a cenar pero rechacé su oferta porque tenía que ir a ganarme el sustento. No obstante, él me aseguró que no perdería nada con el cambio. Al final de nuestra velada me alcanzó un paquetito casi con vergüenza. Lo abrí. Contenía el encantador tratado del que me había hablado en nuestra conversación anterior. Trataba de los jardines de la imaginación y estaba ilustrado con láminas que mostraban un jardín en plena floración. Lo había comprado especialmente para mí. Aquello me emocionó. No sabría decir por qué, pero me eché a llorar. Era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo. Resultaba absurdo que hubiera aguantado los mayores horrores en aquella ciudad con los ojos secos mientras que una pequeña gentileza hacía que me derrumbase. Temía que él fuese a tomárselo a mal, pero no conseguía serenarme.

—Cuando alguien nos toca —dijo—, nos damos cuenta de lo solos que estamos. —Me dejó con la suma prometida y una tarjeta con su nombre, Texeira, y el número de una casa en el NieuweHerengracht—. Si va usted allí será siempre bien recibida.

Obras públicas
Capítulo II

Thomas Rosenboom[4]

Violines Vedder

De mucho tiempo atrás, Vedder vivía en Texelschekaai, uno de los muelles donde Ámsterdam se abría espléndidamente a la bahía del Y. Desde su casa siempre había tenido una vista despejada del puerto, los múltiples barcos pesqueros entrando y saliendo, las plataformas sobre pilotes donde se levantaban la nueva posada municipal y el tribunal marítimo, el sinnúmero de mástiles, molinos y grúas que se alzaban hacia el cielo como una sola jarcia inextricable. Era una vivienda estrecha y alta, el taller de luthier daba directamente a la calle, y en los pisos superiores se encontraban las habitaciones restantes, cada una apenas del ancho de una ventana. Ferviente amante del pescado –uno de esos hombres que todavía tenían a mucha honra examinar y seleccionar con criterio, en persona, la carne fresca del mar–, observaba la llegada del producto fresco de preferencia desde su cocina en el último piso, instalada justamente allí para que el olor a aceite de ballena pudiera evacuarse con facilidad por la claraboya de la azotea.

Apoyado en el alféizar de la ventana, disfrutaba del magnífico panorama incluso por la noche, cuando, en la época de mayor trajín, el Y se llenaba a todo lo ancho de *kwakken* –los barcos pesqueros de Volendam–, *botters* de la isla de Marken e incluso camaroneros de Harderwijk. Entre ellos pululaban las chalanas de los revendedores del Jordaan anunciando sus ofertas a viva

[4] Thomas Rosenboom (Doetinchen, 1956) es autor de novelas y cuentos cortos. Con su novela *Carne lavada* (traducido al español por Julio Grande, Mondadori, 1998) y con *Publiekewerken* (Obras públicas) fue galardonado con el Libris Literatuur Prijs en 1995 y 2000. Es el único autor que ha recibido este premio en dos oportunidades.

voz bajo la luz amarillenta de los faroles. Una vez acordado un precio, retiraban el tapón del fondo de la chalana y dejaban que se llenara hasta la mitad con el agua salada del Y, en la que el camarón vertido se mantenía vivo siempre que permaneciera en movimiento. De eso se encargaban los «movedores», muchachos jóvenes que, subidos a una tabla transversal con las piernas abiertas, hacían bambolear las barcas mientras retornaban al Jordaan. En ocasiones, Vedder captaba retazos de sus cantos desde la ventana abierta.

Pero todo eso ya no existía. Si primero dejaron de venir los de Harderwijk a causa de las esclusas de Orange y del agua que se tornó salobre y luego dulce, más tarde debió desaparecer el propio frente portuario, ya que, tras interminables deliberaciones de las altas autoridades, precisamente en ese sitio se había proyectado construir la nueva estación de ferrocarril. Bajo una ola de protestas se demolió todo ese tambaleante mundo de madera sobre pilotes; en las aguas poco profundas de la curva del Y se crearon tres islas artificiales, tras lo cual se inició la construcción. Ahora, mirando desde su ventana, Vedder ya no divisaba el agua, los barcos ni los embarcaderos, sino únicamente la Estación Central: el edificio principal a la derecha, al fondo de la amplia explanada; a su izquierda la inmensa bóveda del techo y, un poco más allá, el terraplén elevado, por encima del cual ya apenas sobresalían los mástiles y chimeneas de los grandes buques mercantes atracados en el muelle nuevo. El edificio central ya se había completado hacía cuatro años –en 1884–, aunque todavía continuaban las obras en su interior, mientras, por otra parte, había sido necesario efectuar una nueva contratación de obras para la bóveda, que se hundía. Tras este y otros retrasos anteriores, ya nadie sabía cuándo se inauguraría la nueva estación. Mientras tanto, el consejo municipal había aprovechado la oportunidad para cambiar el nombre de Texelschekaai por el de PrinsHendrikkade, en honor al hombre que tanto había hecho por la navegación, en beneficio de la ciudad.

Por cierto, el negocio que Vedder explotaba en ese lugar no había sido siempre un taller de construcción de instrumentos musicales. Previamente, aún casado, el artesano se había dedicado a la fabricación de armarios, pero cuando el matrimonio quedó sin hijos y su esposa lo abandonó –descalificándolo para un segundo enlace al quedar embarazada de otro hombre–, Vedder se vio despojado de su vida privada y se sintió tan ingrávido ante su manifiesta infertilidad que la presión ascendente lo elevó de

forma natural, haciéndolo virar hacia la vida pública. Anhelando un objetivo más alto, orientó su trabajo manual hacia el noble oficio de luthier y, tras largos años de aprendizaje, avanzó lo suficiente como para poder pintar *Violines Vedder* en los cristales del escaparate. Al mismo tiempo, emulando a «seudonimistas» como Vitruvius y E. Nigma, comenzó a criticar la cosa pública en todo tipo de cartas al director, firmando en un principio como «un vecino bienintencionado», luego bajo un seudónimo propio, Veritas.

Escogía sus temas como una lógica extensión de su inclinación por lo público. Con el mismo placer con el que caminaba por la ciudad junto a los nuevos hoteles de lujo –donde la vida de máxima privacidad de la gente acomodada se hacía en cierto modo pública–, junto a una pared interior que había quedado expuesta por la demolición del inmueble adyacente, dejando al descubierto toda clase de superficies empapelados varios, los azulejos de un desaparecido fregadero y el zigzag de una escalera que él contemplaba meditativo; o con el mismo placer con el que se perdía entre la muchedumbre, así le gustaría escribir en contra de la planificación urbana y los hoteles. Pero, ¿qué podría desaprobar en un hotel? Carecía de los conocimientos arquitectónicos de un hombre como E. Nigma, así como era consciente, dentro de su especialidad, de que Smolenaars –formado en Cremona– estaba por encima de él. Aunque en realidad, ¿por qué razón habría de escribir en contra de los edificios en cuanto diseños? Importaba más su emplazamiento; después de todo, una ciudad no era un conjunto estático de construcciones, sino más bien un organismo dinámico, una máquina en funcionamiento, cuya comprensión y evaluación fallaban sustancialmente si seguían basándose en el aspecto externo de sus partes sueltas. ¡Sus críticas no apuntarían a la arquitectura de los edificios, sino a su ubicación y, en su caso, a la circulación del tráfico y el desarrollo urbanístico en general!

Reflexionando sobre su especialidad, Vedder de pronto también comprendió el surgimiento del hotel de lujo en relación con el del ferrocarril, que al fin y al cabo había originado un público antes inexistente de acomodados viajeros por placer: ¡por eso estaba el hotel *Amstel* tan alejado del centro, y tan cerca de la estación del Ferrocarril del Rin! Por la misma razón de vialidad, el hotel *American* se había erigido en Leidseplein, ¡porque en ese entonces todavía se esperaba que allí se construiría la Estación Central! Las invectivas empezaron a sucederse a un ritmo cada

vez más frenético: Veritas fustigaba la construcción de la Estación Central a lo largo del frente portuario; vaticinaba un difícil futuro para el *American*, que había apostado por la ubicación equivocada; el emplazamiento del *Amstel* todavía era favorable, pero cuando se inaugurara la Estación Central eso cambiaría completamente, amenazaba Veritas. Con respecto al transporte de pasajeros entre la expansión urbanística al oeste de la ciudad y los lugares de trabajo en el centro —una distancia demasiado extensa para seguir cubriendo a pie—, Veritas abogaba por una arteria urbana completamente nueva que siguiera el trazado del canal Rozengracht, previamente rellenado al efecto. Lamentablemente, para enlazar este radial occidental con la plaza del Dam deberían sacrificarse algunos edificios existentes, si bien también en lo referente a las inevitables demoliciones y los costos correspondientes, Veritas señalaba el camino: *podrá otorgarse una concesión a la Compañía de Ómnibus Amsterdamesa para el tendido de las vías de tranvía en el radial occidental, con cuyo beneficio se cubrirá a su vez la financiación de las inevitables expropiaciones, impuestas por ley si fuera necesario*. Fue su escrito más exitoso; unos años más tarde, el radial occidental efectivamente llegó a tratarse en el consejo municipal; sin embargo, para entonces ya nadie sabía que Veritas había sido el primero en escribir sobre el tema.

Mientras tanto, su desarrollo en el campo musical marchaba al mismo ritmo que en el de «seudonimista». Se había iniciado como un pequeño artesano, apenas perceptible desde la altura de Smolenaars, pero se abocó a estudiar en los catálogos, se suscribió a la revista musical *Caecilia* y aprendió a esbozar una mueca sarcástica al oír el nombre de Wagner. Una vez que fue capaz de reconocer un violín según su origen y antigüedad, incursionó también en el comercio de instrumentos, merced al cual supo adquirir por cien florines en una subasta un violín Syde del siglo XVII. El instrumento carecía de etiqueta, pero poseía todos los rasgos distintivos. Sin embargo, ahora se hizo evidente cuán atascado estaba en el nivel inferior de principiante que, en esencia, había superado hacía tiempo: su clientela, que por lo general seguía estando formada por profesores de danza y meros ejecutantes que tocaban en salas como *Tivoli* y *Geelvinck*, nunca pagaban más de cien florines por un violín, mientras que el antiguo instrumento tal vez valiera tres mil florines o más. Finalmente, la única opción fue ofrecérselo a Smolenaars, pero este negó entre risas que se tratara de un Syde, por lo que no tuvo más remedio

que volver a venderlo por cien florines. Por otra parte, al igual que en el comercio, también sus progresos en la construcción de instrumentos nuevos se vieron frustrados, pese a todo lo aprendido sobre mensura e inclinación: un buen instrumentista podrá fabricar un buen instrumento, pero sus violines eran ejecutados de manera deficiente y, en manos de sus clientes, nunca llegaban a emitir el sonido del que estaban dotados.

Así, Vedder siguió siendo el autodidacta con una clientela análoga, mientras que Smolenaars satisfacía la demanda de los músicos de formación, sin considerarlo a él en absoluto un competidor, y puede que ni siquiera un colega. En sentido más amplio, la brecha fue profundizándose a medida que el arte musical ganaba en profesionalidad. De momento, el punto culminante de esta evolución reciente fue la erección, en un solar situado aun más allá del Rijksmuseum –ya fuera de la ciudad, entre los prados–, del flamante Concertgebouw, así como la creación de la orquesta homónima. Vedder aún no lo había visitado por dentro, pero lo que llegaba a sus oídos sobre la nueva orquesta lo carcomía: se decía que estaba compuesta exclusivamente por músicos profesionales capacitados, que ensayaban a diario, y resultaba inevitable que este nuevo parámetro terminara partiendo el mundo musical en dos, siguiendo la grieta ya provocada por la fundación de la Asociación Wagner y del conservatorio. Con profundo pesar, Vedder veía cómo la mejor parte, enaltecida, se alejaba cada vez más, mientras él se quedaba atrás en el sobrante, que justamente se había esforzado por superar en todos esos años; parecía una acción cotizada en Bolsa cuyo valor, después de un lento y dificultoso aumento, acababa por desmoronarse a causa de una inflación mucho más elevada. Amargado, no había asistido a la festiva inauguración del Concertgebouw en la pasada primavera. Al otro día, el 12 de abril de 1888, E. Nigma criticó el diseño neoclásico del edificio; Veritas condenó la ubicación excéntrica como causante a priori de un seguro fracaso.

Y así, escribiendo, luchando y empeñándose, su vida estaba marcada por el signo de exclamación, coincidiendo exactamente con su fogoso temperamento y figura. Era propenso a sudar, velludo hasta en las manos y de porte fornido y achaparrado. A pesar de sus sesenta años, tenía la barba negra como la tinta china, sus labios le brillaban húmedos debajo del bigote y sus ojos chispeaban con un brillo intenso en su rostro encarnado.

Por otra parte, pese a todo llegó un niño a su existencia. Un día, un cliente suyo, del Orfanato de la Caridad, le habló acerca

de un bebé expósito; Vedder conocía a una familia sustituta y así fue cómo la criatura llegó al hogar del buen camarero Rossaert y su esposa, un matrimonio sin hijos que vivía en el cercano callejón Hasselaerssteeg. El orfanato cubriría la pensión hasta que el joven cumpliera los dieciséis años; durante ese tiempo le harían creer a Theo que los Rossaert eran sus verdaderos progenitores. No obstante, fue Vedder quien se ocupó de la educación del niño hasta en los más mínimos detalles, llevándolo consigo a todas partes durante la crianza y sintiéndose al final como un padre para él. Ahora, el muchacho ya casi había cumplido los dieciséis. Esta noche vendría a cenar.

El vividor

Nescio[5]

I

Aparte del hombre que decía que la calle Sarfati era el lugar más lindo de Europa, nunca conocí un tipo más extraordinario que el vividor.

El vividor: te lo encontrabas en la cama con los zapatos embarrados cuando llegabas a la noche tarde. El vividor: el que te fumaba hasta el último cigarro, y cargaba su pipa con tu tabaco, y te quemaba todos los carbones de la estufa y te revisaba la alacena y los roperos y te pedía plata y te gastaba los zapatos y se ponía un saco tuyo cuando tenía que volver a su casa en la lluvia. El vividor: el que siempre encargaba cosas a cuenta de otro, que sentado en la confitería «Hollandais» tomaba ginebra como un duque a expensas de los demás; el que se llevaba prestados los paraguas y nunca los devolvía; el que reventó la estufa vieja de Bavink de tanto que la caldeó; el que usaba los cuellos altos de su hermano, y prestaba los libros de Appi, y hacía viajes al extranjero cuando otra vez lo había esquilmado al viejo, y vestía trajes que nunca pagaba.

Su nombre era Iapi. Nunca supe su apellido. Bavink se apareció con él al volver de Veere.

Bavink había estado pintando en Zelanda todo un verano. Había visto a Iapi por primera vez en Veere. Iapi se la pasaba senta-

[5] Nescio (pseudónimo de J. H. F. Gröhloh, Amsterdam, 1882 – Hilversum, 1961). Su reputación literaria, tardíamente reconocida, se basa principalmente en sus tres relatos o novelas breves *De uitvreter* (*El vividor*, 1911), *Titaantjes* (*Pequeños titanes*, 1915) y *Dichtertje* (*El pequeño poeta*, 1918). Hacia el final de su vida apareció una selección de otros de sus textos breves, con el título de *Bovenhetdal en Andereverhalen* (*Por sobre el valle y otros relatos*). Su pseudónimo significa en latín «No sé» y debe pronunciarse Nesquio.

do por ahí. Bavink había pensado más de una vez: «¿Qué clase de tipo será ese?» Nadie lo sabía, siempre te lo encontrabas en algún sitio a la orilla del agua. Allí pasaba horas y horas sentado, inmóvil. A las doce y a las seis entraba una horita para comer; el resto del día estaba sentado. Así pasaron unas tres semanas; después, Bavink no lo vio más.

Unos días después, Bavink volvió de Róterdam. De vez en cuando necesitaba rodearse de mucha gente. Había trajinado unos días por los muelles de Róterdam y estaba harto. Y a bordo del barco entre Numansdorp y el canal de Zijpe, lo vio otra vez sentado. Soplaba bastante viento esa mañana; una buena ventisca. Y el agua se encrespaba blanca. Cada tanto salpicaba la cubierta de proa por encima de la borda. Las puertas de vidrio de adelante estaban cerradas; no había nadie en la cubierta de proa. Solamente Iapi, que miraba por encima de la borda empapándose. «Mira,» pensó Bavink, «otra vez el mismo sujeto». Se acercó. El barco rolaba y se encabritaba. Iapi estaba sentado en su banquito, agarrándose la gorra, y se dejaba empapar. Pasó algún tiempo antes de que notara que había alguien parado junto a él. «Qué tiempito, caballero», dijo Bavink. Iapi lo miró con ojos grandes y azules sin soltar la gorra. En ese mismo momento, una ola se precipitó por la borda: le regó la cara de gotas.

«Cierto», dijo Iapi. La proa embistió el agua con un cimbronazo. Un señor intentaba en vano abrir la puerta de vidrio del salón, empujando contra el viento. «Vamos a horario», dijo Bavink, por decir algo. «¿Ah, sí?», dijo Iapi, «yo no sé nada de horarios».

La conversación se trabó un poco. Iapi miró las olas. Bavink miró la gorra gris de Iapi, preguntándose qué clase de individuo sería ese. Y de pronto dijo Iapi: «Mire, un arco iris en el agua». Se podía ver en el agua un pedacito de arco iris, en el cielo no había nada. Nuevamente Iapi lo miró a Bavink con sus ojos grandes y azules y de pronto se puso comunicativo.

«Esto aquí me encanta», dijo, «lástima que no esté siempre así». «En una horita llegamos», dijo Bavink.

«¿Va para Zierikzee?», preguntó Iapi.

«Sí, es decir», dijo Bavink, «sigo viaje hasta Veere esta tarde». «¿Sí?», dijo Iapi, «¿está usted alojado allí?»

«Sí, estoy alojado allí, ¿y no es usted ese caballero de Ámsterdam que siempre está sentado a la orilla del agua?» Entonces Iapi se rió y dijo: «Paso algún tiempo a la orilla del agua, decir 'siempre' es un poco exagerado. De noche estoy en la cama; vestirme y tomar el desayuno me lleva una hora, me tomo media hora para el almuerzo, y a las seis vuelvo a comer. Pero es cierto que paso algún tiempo a la orilla del agua. Para eso vengo a Zelanda. Así y todo, todavía me preocupo demasiado. Esta semana tuve que ir a Ámsterdam, no pude evitarlo, se me había acabado la plata».

«¿Usted es de Ámsterdam?», preguntó Bavink. «Sí, gracias a Dios», dijo Iapi. «Yo también», dijo Bavink. «¿Usted no pinta?» preguntó Bavink. Era una pregunta tonta, burguesa, pero Bavink no dejaba de pensar: ¿qué clase de tipo será este? «No, gracias a Dios», dijo Iapi, «y tampoco soy poeta, ni soy amante de la naturaleza ni tampoco anarquista. Gracias a Dios no soy nada de nada».

Eso a Bavink le encantó.

El barco se encabritó y roló dando bandazos y bamboleándose; el agua saltó y cayó sobre la borda; no se veía a nadie más en la cubierta. Hacia adelante, el agua era inconmensurable, toda de crespones blancos, la sombra de una nube grande era una isla flotante; muy a lo lejos los precedía un carguero negro, cabeceando. «Mire», dijo Iapi, «el 'Ciudad de Gante'». A lo lejos se veía volar el agua hacia lo alto, a ambos lados de la proa; en torno a la hélice se la veía arremolinarse, burbujear y espumar. Las olas avanzaban huecas y con crestas cortantes, verdes y azules y amarillas y grises y blancas, según la profundidad y el reflejo de las nubes, nunca iguales en ninguna parte. Un pequeño remolcador arrastraba una chalana y dos chatas.

«No», dijo Iapi, «no soy nada y no hago nada. En realidad todavía hago demasiado. Estoy intentando volverme impasible. Lo mejor es quedarme sentado: moverse y pensar es para los tontos. O sea que tampoco pienso. Es una pena que tenga que comer y dormir. Preferiría quedarme sentado día y noche».

A Bavink le empezó a interesar el caso. Asentía todo el tiempo con la cabeza. Iapi seguía sosteniendo la gorra con la mano derecha, el brazo derecho apoyado sobre la borda. El viento soplaba tan fuerte que Bavink tenía que resguardarse la nariz con la mano

para poder respirar. Iapi seguía ahí sentado, como si estuviera en su casa. Entonces Iapi le contó que pensaba quedarse sentado en Veere un par de semanas más hasta que se le terminara la plata.

Pintar no le parecía mal, siempre que uno supiera hacerlo bien. Él no sabía hacer nada, y por eso no hacía nada. De todos modos, uno no podía representar las cosas tal como las experimentaba. Él tenía un solo deseo: hacerse impasible, volverse insensible al hambre y al sueño, al frío y al agua. Esos son los grandes enemigos. Eternamente hay que volver a comer y a dormir, huir del frío. Uno se moja y se siente mal, o cansado. Este charco de agua no tiene de qué quejarse: ondea y refleja las nubes, es siempre distinto pero sigue igual. Nada lo afecta.

Todo ese tiempo Bavink se plantaba contra el viento, apoyado en el bastón y siempre asintiendo con la cabeza. Eso no está tan mal, pensaba. Y como de pasada le preguntó si Iapi también seguía viaje para Veere. Así terminaron hablando de Zierikzee, de Middelburg, de Arnemuiden y de todos esos lugares donde uno y otro habían pasado tanto tiempo vagando, o parados o sentados. Porque en su vida Iapi sí había hecho unas cuantas otras cosas aparte de quedarse sentado al lado del agua en Veere. Y pronto Bavink se dio cuenta de que Iapi no solamente sabía caminar y quedarse sentado o parado, sino que también sabía mirar. Y hablar hasta por los codos. Y cuando juntos desembarcaron en el muelle del Zijpe, Iapi señaló, hacia el sudoeste, el grueso campanario de Zierikzee que vagamente se veía en el horizonte y dijo: «Dikke Jan, el viejo y paciente Dikke Jan, todavía está. Me lo suponía. Sí señor, todavía está». Y entonces Bavink le preguntó si siempre se divertía tanto, y Iapi le dijo: «Sí», nada más. Y cuando llegaron a Zierikzee y bajaron del tranvía, Iapi se puso a zapatear sobre los adoquines calientes de un callejón sin sombra que se recocinaba al sol, y se desperezó y dijo que no estaba tan mal la vida, ¿verdad? Y entonces con el bastón apuntó al sol y dijo: «¡Qué sol este!, siempre brillando. Ahora desciende, ya no sube, ya son más de las doce, tiene que empezar a bajar: la noche va a ser fresca. La gente se extrañaría si el sol no descendiera. ¡Qué calorcito!, ¿no?, la ropa se me pega al cuerpo. El olor a mar me sale por el cuello de la camisa, como vapor».

Y entonces resultó que no había que tomarse tan al pie de la letra aquello de volverse impasible.

A la mesa Iapi se puso más que hablador. Hablaba por tres, comía por seis. «El aire de mar te hace un hueco en el estómago», dicen en Veere. Bebió por seis más y cantó toda la canción de la Nancy Brick. En síntesis, metió barullo sin parar, y Bavink pensó que un sujeto así vale oro.

Y por cierto que lo valía. A la tarde Iapi lo llevó a los canales perimetrales y lo hizo dar tres veces la vuelta a la ciudad de Zierikzee. No paraba de hablar y señalaba todo el tiempo con el bastón y cuando la gente del lugar se detenía a mirar, él se aproximaba a ellos y los trataba de señoritos y les preguntaba si estaban bien de salud y les palmeaba la espalda y Bavink se descostillaba de risa. Eso era algo que Iapi sabía hacer: poner en su lugar al bonachón y civilizado público holandés, que no tolera a nadie que no parezca por lo menos tan ignorante e insípido como ellos mismos, que se burla y habla de ti en voz alta como si no hubiese habido desde hace siglos pastores y curas hasta en la aldea más pequeña educando al pueblo. Iapi era un hombre como un caballo de tiro y, de ser necesario, arremetía con una fuerza y una destreza capaces de someter al campesino más bruto. A tanto no llegó en Zierikzee. Los zelandeses no son de los peores. Iapi solía decir: «Lo único que lamento es que en la isla de Walcheren no haya una buena bronca cada tanto».

II

Durante dos días Iapi y Bavink anduvieron para arriba y para abajo por Veere y a esas alturas ya se tuteaban. Largas horas pasaron sentados juntos en la azotea del Hospital oteando la isla de Walcheren, el Kreek y el Estrecho de Veere y la entrada del Escalda Oriental y los médanos de la isla de Schouwen. Y allí estaba otra vez el Dikke Jan, el campanario de Zierikzee, ahora al norte. Y por allá estaba Goes, y el Lange Jan, el campanario de Middelburg, el eje de Walcheren, el corazón de ese mundo. Y la marea entraba y la marea salía; el agua subía y bajaba. Y cada noche aparecía el rengo capitán de puerto y encendía primero la lucecita verde en el tablestacado del muelle norte, y luego bajaba, daba toda la vuelta al puerto y entonces se lo veía junto a la torre, y abría el portón de madera y subía la escalera de madera y encendía la luz de la torre también. Y entonces Iapi decía: «Otro

día que se acaba, capitán», y el rengo capitán de puerto decía: «Sí señor, otro día». Y si mirabas para el lado de Schouwen, veías la luz giratoria encendiéndose y apagándose. Y a una hora de distancia mar adentro flotaba la boya luminosa que se prendía y se apagaba. Y el agua golpeaba y subía y bajaba, y a través de la noche el sol se escurría invisible por el norte. Y la última luz del día se arrastraba con él por el norte y se transformaba en la primera luz de la nueva mañana. Así un día iba tocando al otro, como siempre sucede en junio.

Para el planeta tierra el asunto era sencillo. Simplemente giraba sobre su eje, y seguía su curso alrededor del sol y no se daba por enterado de nada. Pero sus habitantes se hacían mala sangre todos los días, entre penurias y preocupaciones, y tanta tristeza, como si sin esas penurias, esas preocupaciones, esa tristeza, no fuese a llegar la noche.

Iapi, en cambio, no se creía todo eso. El sol iría a ponerse en el mar de todos modos, frente a los médanos de Walcheren. A Bavink en cambio, a veces le atacaba fuerte.

Bavink era un tipo que trabajaba muy duro. La gente pensaba que era bastante capaz, pero él se reía y si no hacía falta, no vendía nada; guardaba sus mejores obras, y no las miraba más, siempre insatisfecho. Mientras trabajaba, todo andaba bien, una vez que terminaba, sufría; a veces se sentía agobiado. Si la gente supiera cómo él veía las cosas, de qué manera lo afectaban, se reiría de sus esfuerzos lamentables, de sus pobres y chapuceras reproducciones de aquel esplendor percibido. Bavink tenía épocas enteras en las que no hacía nada, se dejaba llevar, miraba las cosas con distancia, las transitaba como podía, épocas en que le gustaba que todo fuese tan «terriblemente hermoso», como solía decir, que le dolía el cráneo cuando pensaba en todos sus intentos vanos, en su «obra meritoria». ¡Obra meritoria! Tan solo pensarlo le daba arcadas. «Obra meritoria», decían. ¡Qué sabrían! Se notaba que Dios a ellos nunca los había atrapado ni sacudido como a él.

Ojalá pudiera dejar de pintar, pero eso tampoco es tan fácil: lo que está adentro, quiere salir. Y entonces la tortura recomenzaba, trabajar, trabajar de día y de noche, pintar de día, rumiarlo de noche, no abandonar, persistir, no permitir que esta vez las cosas se le escaparan. Entonces casi no dormía ni comía; al prin-

cipio fumaba enormes cantidades de cigarros uno atrás del otro pero después del primer día también eso se terminaba. Entonces vivía instantes de suma felicidad, como ni siquiera el hundirse en toda esa «tremenda hermosura» le podía brindar. Y venían a mirar Fulano y Zutano, y se quedaban ahí parados de a dos, de a tres, de a cuatro detrás de él y miraban y asentían y señalaban. Y entonces de pronto se terminaba. Y él decía: «Mierda» y se tiraba en el catre y mandaba traer un tanto de ginebra y no hacía más nada. Entonces, al cabo de un par de días, esa tela iba a parar con el resto. Los días siguientes andaba mal, cansado, abatido, intratable, enfermo, y volvía a «arrastrarse» como él lo llamaba, a no hacer nada, a haraganear, a dar vueltas. Cuando necesitaba plata, buscaba alguna cosa en el «basurero», elegía un «cuadrito» por el cual «podrían llegar a darle algo», y lo vendía. Nadie le podía quitar esas costumbres. Él era así. Su fuerza y su debilidad estaban inextricablemente unidas. Y cuando había vendido algo, guardaba la plata en el bolsillo, suelta, y hacía sonar las monedas grandes, y caminaba por Kalverstraat, silbando una melodía. Saludaba con mano jovial y entusiasta cuando te cruzabas con él.

Entonces se te acercaba como para compartir un secreto, te mostraba «el botín», se reía y decía: «Los pobrecitos». Nunca aceptaba billetes: no los podía hacer sonar. Oro quería, y plata, y si resultaba demasiado, «volvería más adelante por el resto».

Así era Bavink; y se comprenderá que a él le interesaba sobremanera un señor que se entrenaba en volverse impasible. De él podía aprender algo. Un sujeto al que le gustaba exponerse a la intemperie, dejarse empapar la ropa y el cuerpo de viento salado, que se relamía de tanto que le fascinaba el sabor a mar; que a la noche se olía las manos para aspirar el mar. Un sujeto que estaba satisfecho de estar vivo y sano y que se movía complacido entre el cielo de Dios y la tierra de Dios, y al que le parecía absurdo que la gente se hiciera tantos problemas. Se reía de ellos sin disimulo y eternamente con una sonrisa beatífica celebraba para sí el agua y el cielo y las nubes y el campo y se dejaba empapar por la lluvia sin darse cuenta y luego decía: «creo que estoy mojado», y se reía. Un tipo que sabía disfrutar de una cena cara y sabía beber ginebra cara con muchísimo agrado, como el que más en Holanda, y que en otras épocas, andando por los caminos (porque no siempre estaba sentado, a veces pasaba días en pie), comía pan duro día tras día, y se emocionaba hasta las lágrimas por lo sabroso que resultaba en el campo ese pedacito de pan.

Y cuando Bavink trabajaba, Iapi lo acompañaba, sentado en el pasto o, adentro, a horcajadas de una silla, fumando. Y cuando estaban adentro había una segunda silla al lado de Iapi, para apoyar el vaso de ginebra del que bebía cada tanto. Y lograba que Bavink no dejara de trabajar. A ningún otro le había dicho Bavink jamás una sola palabra mientras trabajaba; con Iapi conversaba.

«Qué carajo», dijo Iapi, «qué importa si no es bueno, haces lo que puedes, a fin de cuentas eres un pobre diablo. Necesitas pintar. No puedes evitarlo. De hecho, a las cosas no les importa si tú no las puedes hacer del todo como son. Y la gente igual no entiende nada. Ni de las cosas, ni de tu obra, ni de ti. Yo también podría aprovechar mucho mejor mi tiempo y no estar sentado aquí bebiendo y mirando estos manchones. ¿Pero acaso pierdo algo con esto?» «No, eso no sirve», decía de pronto, «muy azul; ¿olvidaste lo que acordamos ayer? Muy azul, hombre. ¿A ti te parece que te hubiese impactado tanto si tuviera ese color azul tan raro?»

Para Bavink Iapi valía oro. Bavink se lo llevaba a todos lados. Él convirtió a Iapi en lo que era cuando Bavink apareció con él Ámsterdam.

Muy pronto Iapi se quedó peor que sin dinero. Pero Bavink no lo hubiera dejado irse por nada del mundo. Que Iapi buscara algo en el «basurero» por su cuenta. Y ese era un oficio que Iapi aprendió muy pronto. Nunca el basural había rendido tanto. Y desde entonces Bavink pagaba todo o casi todo. De vez en cuando le mandaban a Iapi un poco de plata de su casa. Pero no era gran cosa. Cada tanto los señores vivían como capitalistas: cuando se les antojaba, iban por unos días a Ámsterdam, a Bruselas, a París, a Luxemburgo; quince días estuvieron en Normandía. Iapi solía llevarse a cuestas un basuralito: un «crío del basural grande», como él lo llamaba. En Francia y en Bélgica abordaba a la gente en la calle, tocaba los timbres de las casas. De ninguna otra persona Bavink hubiera tolerado nada parecido. Pero ninguna otra persona entendía el arte de mantener a Bavink en vida, como decía Bavink. Su conversación era inagotable. Y tenía una memoria para los paisajes que rayaba en lo milagroso. A lo largo de la vía del tren de Middelburg a Ámsterdam conocía todo, cada campo, cada zanjón, cada casa, cada camino, cada arboleda, cada brezal de Brabante, cada empalme de las vías. Después de

viajar durante horas en la oscuridad y habiendo Iapi dormido atravesado en los asientos todo ese tiempo, lo despertabas y le preguntabas: «¿Iapi, dónde estamos?», había que esperar un momento a que estuviera bien despierto, él escuchaba el traqueteo y decía: «Creo que estamos cerca de Etten–Leur». Y así era. Te podía decir con precisión cómo en tal y tal día la sombra de tal y tal árbol cerca de Zaltbommel caía sobre tal y tal camino, y qué barcos pasaban frente a Kuilenburg por el río Lek a tal o cual hora, cuando el tren cruzaba el puente. Y siempre estaba sentado junto a la ventanilla, esperando: «ahora viene esto, ahora viene aquello». Horas y horas. Y cuando veía algo que conocía especialmente bien, asentía y se reía. O decía: «Mira, aquel árbol no está más», o: «Eh, ahora tiene manzanitas, la vez pasada no las vi». O: «Hace quince días el sol estaba justo detrás de la copa de ese árbol, ahora está un poco a la izquierda y algo más abajo. Claro, es porque pasaron quince días y además llevamos diez minutos de demora».

Diario

Anna Frank[6]

Lunes, 22 de mayo de 1944

Querida Kitty:

El 20 de mayo, papá perdió cinco tarros de yogur en una apuesta con la señora Van Daan. En efecto, la invasión no se ha producido aún, y creo poder decir que en todo Ámsterdam, en toda Holanda y en toda la costa occidental europea hasta España, se habla, se discute y se hacen apuestas noche y día sobre la invasión, sin perder las esperanzas.

La tensión sigue aumentando. No todos los holandeses de los que pensamos que pertenecen al bando «bueno» siguen confiando en los ingleses. No todos consideran que el *bluff* inglés es una muestra de maestría, nada de eso, la gente por fin quiere ver actos, actos de grandeza y heroísmo.

Nadie ve más allá de sus narices, nadie piensa en que los ingleses luchan por sí mismos y por su país; todo el mundo opina que los ingleses tienen la obligación de salvar a Holanda lo antes posible y de la mejor manera posible. ¿Por qué habrían de tener esa obligación? ¿Qué han hecho los holandeses para merecer la generosa ayuda que tanto esperan que se les dé? No, los holandeses están bastante equivocados; los ingleses, pese a todo su *bluff*, no han perdido más honor que todos los otros países, grandes

[6] Ana (Annelies Marie) Frank (Fráncfort del Meno, 1929 –Bergen–Belsen, 1945) nació en el seno de una familia judía alemana. A la edad de cuatro años se mudó a Ámsterdam, donde se escolarizó en holandés. Escribió su famoso *Diario* entre los trece y los quince años, mientras permanecía escondida en la «casa de atrás» a orillas del canal Prinsengracht. Su escritura se vio interrumpida por su deportación a un campo de concentración nazi, donde murió poco después.

y pequeños, que ahora están ocupados. Los ingleses no van a presentar sus disculpas por haber dormido mientras Alemania se armaba, porque los demás países, los que limitan con Alemania, también dormían. Con la política del avestruz no se llega a ninguna parte, eso lo ha podido ver Inglaterra y lo ha visto el mundo entero, y ahora tienen que pagarlo caro, uno a uno, y la propia Inglaterra tampoco se salvará.

Ningún país va a sacrificar a sus hombres en vano, sobre todo si lo que está en juego son los intereses de otro país, y tampoco Inglaterra lo hará. La invasión, la liberación y la libertad llegarán algún día; pero la que puede elegir el momento es Inglaterra, y no algún territorio ocupado, ni todos ellos juntos.

Con gran pena e indignación por nuestra parte nos hemos enterado de que la actitud de mucha gente frente a los judíos ha dado un vuelco. Nos han dicho que hay brotes de antisemitismo en círculos en los que antes eso era impensable. Este hecho nos ha afectado muchísimo a todos. La causa del odio hacia los judíos es comprensible, a veces hasta humana, pero no es buena. Los cristianos les echan en cara a los judíos que se van de la lengua con los alemanes, que delatan a quienes los protegieron, que por culpa de los judíos muchos cristianos corren la misma suerte y sufren los mismos horribles castigos que tantos otros. Todo esto es cierto. Pero como pasa con todo, tienen que mirar también la otra cara de la moneda: ¿actuarían los cristianos de otro modo si estuvieran en nuestro lugar? ¿Puede una persona sin importar si es cristiano o judío, mantener su silencio ante los métodos alemanes? Todos saben que es casi imposible. Entonces, ¿por qué les piden lo imposible a los judíos?

En círculos de la resistencia se murmura que los judíos alemanes emigrados en su momento a Holanda y que ahora se encuentran en Polonia, no podrán volver a Holanda; aquí tenían derecho de asilo, pero cuando ya no esté Hitler, deberán volver a Alemania.

Oyendo estas cosas, ¿no es lógico que uno se pregunte por qué se está librando esta guerra tan larga y difícil? ¿Acaso no oímos siempre que todos juntos luchamos por la libertad, la verdad y la justicia? Y si en plena lucha ya empieza a haber discordia, ¿otra vez el judío vale menos que otro? ¡Ay, es triste, muy triste, que por enésima vez se confirme la vieja sentencia de que lo que hace un cristiano, es responsabilidad suya, pero lo que hace un judío, es responsabilidad de todos los judíos!

Sinceramente no me cabe en la cabeza que los holandeses, un pueblo tan bondadoso, honrado y recto, opinen así sobre nosotros, opinen así sobre el pueblo más oprimido, desdichado y lastimero de todos los pueblos, tal vez del mundo entero.

Sólo espero una cosa: que ese odio a los judíos sea pasajero, que los holandeses en algún momento demuestren ser lo que son en realidad, que no vacilen en su sentimiento de justicia, ni ahora ni nunca, ¡porque esto de ahora es injusto!

Y si estas cosas horribles de verdad se hicieran realidad, el pobre resto de judíos que queda deberá abandonar Holanda. También nosotros deberemos liar nuestros bártulos y seguir nuestro camino, dejar atrás este hermoso país que nos ofreció cobijo tan cordialmente y que ahora nos vuelve la espalda.

¡Amo a Holanda, en algún momento he tenido la esperanza de que a mí, desterrada, pudiera servirme de patria, y aún conservo esa esperanza!

Tu Ana M. Frank

Una novia joven y bonita

Remco Campert[7]

1

Fue allá por los años cincuenta. Hacía poco que por estos lados existía la televisión, y mi propia existencia tampoco databa de hacía mucho. Era poeta, y por eso no tenía dinero ni jamás lo tendría, porque nadie podía vivir de la poesía; apenas se podía morir de ella, y sólo si se era bueno. Pero uno sabía que eso era favorable para su obra y sobrellevaba el destino con optimismo. Vivía en un cuchitril por el que pagaba monedas. Ducha no había. Uno se lavaba –si lo hacía– con el agua helada que salía de la canilla de la cocina, siempre que esta no estuviera congelada. Disponía de una cama de una plaza. A veces volvía a casa con un levante del café de artistas y ahí se evidenciaba la ventaja de la cama de una plaza: no había más remedio que acostarse uno encima del otro. El colchón era finito y debajo se sentía la malla de metal sobre la que descansaba. Después de un tiempo, los quehaceres amorosos te dejaban los codos pelados y las rótulas ensangrentadas. Incluso las tiernas nalgas de tu chica acababan llenas de raspones. Cada tanto cambiabas de posición para repartir equitativamente el sufrimiento. Cuando el deseo se había extinguido, lo que quedaba eran dos pedazos pegajosos de carne viva que clamaban por curitas y ungüentos. Concluida la faena, exhaustos y satisfechos, el limitado espacio de la cama imposibilitaba quedarse dormidos en los brazos del otro. Uno de los dos tenía que pasar el resto de la noche en una silla o en el suelo. Desde luego ese era yo, porque en aquellos años era natural ser educado con las mujeres. Más tarde eso ya no se podía, porque

[7] (La Haya, 28 de julio de 1929). Poeta holandés, columnista y escritor de cuentos y novelas. Formó parte de la corriente literaria de los *Vijftigers* (cincuentistas), un grupo de jóvenes poetas flamencos y holandeses que a fines de la década de 1940 se opuso a los conceptos literarios de sus predecesores.

imperaba el feminismo de segunda generación y las cortesías se interpretaban como una ofensa. Una vez, una tipa me pateó las pelotas cuando le sostuve la puerta. Actualmente, la caballerosidad vuelve a estar permitida. En un restaurant incluso podés pagar la cuenta sin demasiadas objeciones. Regalar un ramo de flores ya tampoco se considera un acto hostil.

En los años cincuenta, la televisión era en negro y gris y blanco nieve. En mi entorno, nadie disponía de un televisor. De vez en cuando mirabas alguna transmisión en una vidriera, por ejemplo, cuando Holanda y Bélgica se enfrentaban en el fútbol. Apretado entre un montón de otros hombres exaltados, intentabas ver algo a través del ventanal de la tienda donde vendían la última novedad en el campo de las comunicaciones. La imagen a menudo se iba. Para cuando se restablecía la conexión entre el estadio de Amberes y el estudio central de la televisión holandesa, ya te habías perdido un gol. Pero probablemente tampoco lo hubieses podido ver, porque la pantalla tenía el tamaño de una estampilla de dimensiones generosas, emitida por un país subdesarrollado cuyo ministro de Correos, pensando en el mercado filatélico, esperaba reunir algo de dinero para depositarlo en un banco suizo. Los gnomos de Zúrich –como los llamó alguna vez Winston Churchill– trabajaban por entonces, como lo habían hecho antes y como todavía lo siguen haciendo, a toda máquina.

El gol tampoco lo habrías visto porque durante esos partidos, que en la prensa eran objeto de encarnizadas disputas, como si ambos países revivieran la Campaña de los Diez Días, siempre nevaba y llovía y había niebla. Incluso periodistas radiales con muchas horas de vuelo sólo eran capaces de informar minutos después, y tras varias averiguaciones, que se había metido un gol. Los arqueros buscaban en vano, a tientas, pelotas invisibles (por entonces todavía llamadas «el cuero»); los laterales izquierdos daban pases que iban a parar a los nubarrones más bajos, mientras los centro delanteros, desconcertados, se quedaban esperando dónde caería la pelota desde el manto de nubes. Mientras tanto, por si las moscas, el arquero del lado contrario realizaba una volada tras otra, ignorando que la pelota se encontraba en la otra mitad de la cancha.

Pero eso nadie lo sabía. Ni el público en la tribuna, que aun así se desgañitaba, ni tampoco los jueces de línea, que corrían por los laterales y levantaban de tanto en tanto los banderines que nadie veía, sólo para demostrarse a sí mismos que todavía estaban allí y que no por nada habían dejado en casa a la patrona,

que últimamente se entendía tan bien con el vecino, y al bebé haciendo globitos de baba en la cuna.

Lejos, cada vez más lejos, se oía el pitido del árbitro que se había extraviado en la oscuridad gris y se encontraba fuera del estadio, mordido en las pantorrillas por los perros vagabundos, y se oían viudas de guerra alcohólicas y poetas fracasados que todavía habían vivido los tiempos de gloria de WiesMoens[8], todo eso en una plazoleta pelada y pisoteada, apenas mantenida por la municipalidad, otrora parte de un amplio parque propiedad de una familia que después de 1945, por obra y gracia del Vaticano, había podido asegurar la continuidad de su bienestar en Sudamérica.

2

Debido a que sentía que era un joven poeta (mi condición de tal se limitaba por aquel entonces a sentir que lo era), sentía asimismo que era imperativo tener una novia también joven que, de preferencia, fuera bonita. También eso de que fuera bonita lo sentía. Un joven poeta tenía que tener una novia bonita. Eso le daba esplendor a su poesía y tornaba un poco más aceptables sus poemas de amor. Yo a veces leía poemas de amor de poetas pertenecientes a la generación anterior. Los versos cantaban loas a una chica de cuerpo delgado que tenía un par de pechos pícaros y ojos como estanques del bosque y que en la profunda espesura ocultaba una fuente eternamente húmeda a la que el poeta acercaba los labios para calmar su sed. El cabello de la amada era como el trigo dorado que resplandece en los campos en verano, y solía ser peinado a la luz de la luna, cuando ella estaba ensimismada y todo su ser era un misterio maravilloso. A veces te encontrabas con alguno de esos viejos poetas, acompañado por su mujer en contadas ocasiones. Por lo general la dejaba en casa fregando los trastos, lo cual era entendible, porque lo que tenía a su lado no se parecía en nada a la desenfadaba y sensual ninfa del bosque que evocaba en sus sonetos, sino más bien a una cubretetera con los puntos estirados, tejida durante una reunión de comadres. Eso te reforzaba en la convicción de que la poesía de la generación anterior era pura mentira y engaño. Poesía que

[8] Escritor y activista del Movimiento Flamenco, nacido en 1898 (N. del T.).

trataba tan sólo de dos temas: de la amada que poseían o que acababan de perder, o bien de lo efímero de la existencia. Lo efímero les resultaba un tema inagotable. Sobre todo el otoño los atormentaba. En esa estación producían ciclos interminables en los que se regodeaban al comprobar que todo había terminado, terminado, ¡oh, sí!, terminado de una vez y para siempre. Y si aún no se había terminado, pronto se terminaría. Nada se salvaba de esa lluvia que emanaba de las líneas de aquellos poemas.

Y así, casi sin pensarlo, un buen día di con mi novia joven y bonita. Me enamoré de ella en el acto. O al menos me asaltó un sentimiento que aún no conocía y del que supuse que era enamoramiento. Por su parte, ella me dio a entender que yo tampoco le era totalmente indiferente. Yo era un poeta joven, pero no apuesto. Una novia joven y bonita con un poeta joven y apuesto probablemente habría sido demasiado. Mucho más convincente resultaba la combinación de un poeta joven y feo con una novia joven y bonita. En tal caso, es imposible que la poesía del poeta joven y feo no sea buena, porque si no ¿cómo habría conseguido una novia así, joven y bonita? De este modo, incluso la novia tiene un mérito adicional, porque una belleza que prefería a un tipo feo que escribe poesía obviamente no podía ser una rubia tonta. Por otra parte, no era rubia, sino cobriza (me refiero a su cabellera). En todo caso: ambas partes salían beneficiadas.

Mi conquista de la novia joven y bonita se produjo en los incipientes años cincuenta. Aunque la Segunda Guerra Mundial había quedado atrás desde hacía ya bastante tiempo, eran años de gran escasez. La familia real se veía obligada a alimentarse a base de rebanadas de pan apenas cubiertas con una feta de queso transparente, y pastelitos de nabo de postre. Las visitas extranjeras de alto rango debían traerse sus propios bifes. A nuestras princesitas se les hacía agua la boca; a veces les dejaban probar un bocado, y el palacio de Soestdijk era una fiesta. Se corre la bola de que era tan grande la desesperación, que sacrificaron y se embucharon a un príncipe recién nacido. Fue así como llegó a ser reina Beatriz. En cualquier caso, fueron años difíciles para nuestro pueblo, y la familia real compartió nuestro sufrimiento.

Algunas veces se oían historias de aventureros que se habían abierto camino a tiros a través de la frontera con Bélgica, que en esos días estaba casi herméticamente cerrada. En Bruselas y en Amberes las luces estaban encendidas noche y día. En las vidrieras había enormes pilas de jamones, salchichas y quesos, rodeados por unos buenos cachos de manteca de verdad. Entre

nuestros vecinos meridionales abundaban las novias jóvenes y bonitas, que, por desgracia, ya estaban provistas de poetas jóvenes y feos belgas. En las librerías se vendían todos los libros de los surrealistas y dadaístas que entre nosotros habían sido proscritos ya bastante tiempo antes de la guerra por los estilistas literarios holandeses, pálidos descendientes de los iconoclastas que tenían el monopolio de la palabra y para quienes un adjetivo ya era una imagen pecaminosa. De su absolutismo la escritura holandesa jamás lograría recuperarse del todo.

Pero en esos años lo que más escaseaba en Ámsterdam eran las novias jóvenes y bonitas, lo cual empujaba a muchos hombres a emprender el largo viaje a Limburgo o Frisia, porque por esos pagos parecía que si tenías suerte podías enganchar alguna. Tal empresa podía costarte un dineral, porque el viaje ya te tomaba dos o tres días y estando fuera de casa tenías que contemplar los gastos de alojamiento, el manducamiento y algún pucho cada tanto. Además, había que llevarle un regalo a la desconocida futura prometida. A un joven poeta eso no le planteaba mayor inconveniente. Escribías un poema sobre una hoja de papel higiénico y ponías abajo: Tirada: 1 ejemplar. Después, sólo tenías que acordarte de no usarlo en el camino.

De regreso en la ciudad con tu nueva joven novia, a menudo resultaba que se trataba de una de segunda mano, remendada, hecho del que en la oscuridad del café donde por lo general se realizaban las transacciones, más de uno no se percataba. Así, muchos jóvenes poetas terminaban cargando con novias jóvenes y feas, lo que no hacía ningún bien a su poesía. Una desventaja adicional era la dificultad para sacártela de encima. A veces, si la fortuna te sonreía, se iba con un escultor borracho o con un timbalista venido a menos.

3

Afuera llovía a cántaros, adentro el techo tenía goteras y el sótano se había inundado. Las sábanas estaban pegajosas, las hebras de las colchas estaban cubiertas por una especie de rocío y en las paredes de la habitación las manchas de humedad representaban los continentes. Ese era el contexto en el que mi novia joven y bonita y yo, su feo y joven poeta, convivíamos. Todo estaba empapado: nuestros cuerpos, de amor; nuestras ropas por

la lluvia, también llamada agua del cielo. Por esos años grises, los hombres evitábamos que nos vieran bajo un paraguas. En Italia los hombres llevaban paraguas, eso se veía en las películas. Ni por todo el oro del mundo querías que te confundieran con un italiano. Eran todos unos presumidos perfumados y blandengues, temerosos de que a sus trajecitos a la moda les cayera una gotita de lluvia. En Holanda soportábamos una pesada carga de prejuicios, que afrontábamos con alegría por considerarlos una ventaja: por suerte, no éramos como ellos. A menudo nos referíamos y seguimos refiriéndonos a nuestra patria como «nuestro paisito», pero siempre con un tono de autosuficiencia campechana, y no de enorme repugnancia. No queremos los quilombos de Italia, los quilombos de Bélgica ni los quilombos de Estados Unidos. Resumiendo, no queremos quilombos. Dios, no te fijes en nosotros, empantanados en nuestro pólder, que con gran humildad vemos como un modelo para el mundo.

Pero volvamos a los años cincuenta, a la lluvia y al horror por los paraguas. Por entonces sólo la reina los usaba. En las noticias que se proyectaban en el cine antes de la función, de vez en cuando se la veía asistiendo a los eventos más trascendentes de «nuestro paisito»: la botadura de un barco, un desfile floral o la llegada de San Nicolás[9] desde España (que en esa época todavía sufría bajo el yugo de Franco, aunque al santo eso no parecía afectarlo demasiado). Como siempre llovía, durante las botaduras también llovía. Alguien de la corte sostenía un paraguas cubriéndole la cabeza a la reina. No se le acercaba demasiado, porque naturalmente estaba excluido que alguien se pusiera al abrigo del mismo paraguas que la reina. Sin querer, podía llegar a rozarle una nalga real o un trozo de pecho que se le hubiera deslizado por debajo el hombro. El resto de la comitiva carecía de paraguas, en parte por respeto a Su Majestad (un paraguas para cada uno habría sido demasiado democrático) y en parte por la ya mencionada aversión holandesa a la ampulosidad italiana. Y siempre había algún niño empapado ofreciéndole un ramito de flores, que la reina enseguida le pasaba a alguien de la retaguardia, donde desaparecía de la vista para siempre. Aunque bueno, eso todavía sigue siendo así.

Mi novia joven y bonita sí que tenía un paraguas, un modelito elegante heredado de su madre, que era francesa. O sea, que mi

[9] Fiesta que guarda cierta similitud con la de los Reyes Magos y está dirigida principalmente a los niños. Tiene como protagonista a San Nicolás de Myra y sus ayudantes moros (N.del T.).

novia joven y bonita era mitad francesa, y habría sido mejor que no lo fuese. Lo francés significaba *oh–là–là* y las piernitas para arriba como en el baile del cancán y eso atraía a muchas visitas a nuestra morada con goteras. La mayoría de los pintores eran madrugadores por naturaleza, por lo que ya se presentaban en casa antes del amanecer y no dejaban de tocar el timbre hasta que les abriéramos. Mi bonita y joven novia que–además–era–mitad–francesa, se volvía a deslizar bajo las sábanas y yo preparaba café en la cocinita, mientras los pintores conversaban con ella sobre París. A veces le traían unas florcitas o una revista francesa, que hojeaban con ella sentados en el borde de la cama. Mi novia joven y bonita dejaba un hombro descubierto y las charlas adquirían cada vez mayor brillo, en la medida en que los pintores disponían de él. Mientras yo estaba ocupado con el café, le pedían que posase para ellos en sus atelieres. Más tarde llegaban los poetas, todavía con lagañas en los ojos. Mientras que los pintores eran ávidos conversadores, los poetas creían que callar causaba mejor impresión. Además, necesitaban ginebra para encenderse. Pero después ya nada los paraba. Bailaban a morir y recitaban versos en todos los rincones de la habitación. Algunas veces tenía que rescatar a mi novia de la cocinita, donde algún colega poeta la había arrinconado con sus poemas. Una vez, un poeta enamorado se durmió en nuestra cama para luego poder ser el primero. Tarde en la noche lo empujamos al piso. Todavía hizo esfuerzos por meterse de nuevo en la cama con nosotros, pero supe resistir el asedio. «*Bonnenuit, chéri*», le dijo mi novia joven y bonita, y por fin reinó el silencio. Había concluido otro día en el que me había pasado casi todo el tiempo salvando nuestro amor de las codiciosas garras de mis hermanos artistas.

Patrimonio cultural

Rudy Kousbroek[10]



Esta foto la encontré en un librito titulado *De Amsterdamsepaardetrams* (*Los tranvías a caballo de Ámsterdam*), de H. J. A. Duparc, publicado en 1973. La intención de la foto, tomada en la plaza Dam en el año 1903, era mostrar los dos tranvías –de tracción animal, para ser precisos– que se ven a izquierda y derecha.

[10] Herman Rudolf (Rudy) Kousbroek (1929–2010) fue escritor poeta, periodista, traductor y ensayista. Nació en la isla de Sumatra, por entonces parte de las antiguas Indias Neerlandesas. En 1946 emigró a Ámsterdam. Cultivó el género literario conocido como «literatura del exilio». En 1975 su obra ensayística se vio galardonada con el premio P.C. Hooft, la distinción literaria más prestigiosa de los Países Bajos. En 2005, obtuvo el premio Jan Hanlo por su «fotosíntesis», un formato en el que combinaba una fotografía en blanco y negro con un ensayo corto –como es el caso del texto que aparece en este libro–. Su amor por los animales está presente en muchos de sus relatos. Kousbroek abordó la historia tanto desde el ángulo político como histórico y autobriográfico. *El síndrome del campo de concentración en las Indias Orientales* (*HetOostindischKampsyndroom*) de 1992 es considerada su obra magna.

Lo curioso es que de ninguno de los dos tranvías llegan a distinguirse los caballos; pero tampoco es eso lo que me importa. Lo que me llamó la atención de esta foto fue la demolición en plena marcha de un edificio clásico. Es difícil describir el espanto y la incredulidad que eso me provoca: un delito, una atrocidad, la destrucción de parte del patrimonio cultural, un edificio clásico en proceso de convertirse en escombros. Los templos griegos son la morada de los dioses griegos. Son edificios que solemos conocer destruidos, pero no como algo que el hombre esté empeñándose en reducir a ruinas. Fíjense en esas columnas: se trata de valiosas columnas jónicas. ¡Cuidado, que no se dañen! Se vislumbra la profundidad que hay detrás, la visión es desgarradora, esbelta y noble.

Me invade un sentimiento de respeto con el que me crié –en cierto modo, un reflejo condicionado, lo sé muy bien, pero es más fuerte que yo–: la arquitectura con columnas equivale a arquitectura clásica, lo más bello que haya producido el mundo.

Mientras tanto, por supuesto que reconozco enseguida el edificio: es la bolsa de Zocher, construida en 1845 por el arquitecto Jan David Zocher (1790–1870), autor del diseño paisajístico del *Vondelpark amsterdamés*. Tal vez no sea una obra maestra en términos absolutos, pero en todas las fotos que conozco de ella, me parece hermosa –en las profundidades de mi alma, incluso más que la de Berlage, que ocupó su lugar–.

No el lugar geográfico, claro: la bolsa de Berlage ya se había construido con anterioridad, se la reconoce vagamente al fondo. Donde estaba la bolsa de Zocher, ahora se encuentran los grandes almacenes *De Bijenkorf*. En realidad, es una pena que en ambos casos los caballos hayan quedado justo fuera de la imagen, de modo que no pueda constatarse si los tranvías eran tirados por uno o dos animales. Por lo general, a juzgar por las otras fotos contenidas en el librito, hacía el trabajo uno solo; cicatería holandesa –pienso–, porque un tranvía de esos debe de haber pesado lo suyo. Los coches tenían capacidad para dieciséis pasajeros sentados y otros cinco de pie en las plataformas, más el cochero y el cobrador. Circulaban por la izquierda, un viaje costaba diez centavos de florín y la gente se bajaba donde le fuera posible: todavía no había paradas.

Cuando pienso en todos esos caballos, vuelve a asaltarme en toda su magnitud un amor inmenso, impotente y vano. El mundo todavía estaba lleno de caballos que no eran lo suficientemente amados, pero el mundo entonces era así. El 1 de enero de 1885,

la Compañía de Ómnibus Amsterdamesa (AOM por su sigla en neerlandés) contaba con no menos de 574 caballos en servicio; esa fecha correspondía al vigésimoquinto aniversario de la compañía, celebrado con varias ceremonias, entre ella el suministro de una ración de heno extra a la tordilla Jans, «cuya caballeriza fue decorada y provista de la inscripción 'AJans, por sus 12 1/2 años de fiel servicio'».

El 1 de enero de 1900, la AOM fue absorbida por la Municipalidad de Ámsterdam, que «tomó posesión de 242 vagones y 758 caballos, mientras que la totalidad del personal de la AOM, a saber: 777 empleados fijos y 45 en servicio temporal, fueron transferidos al municipio». Un cochero ganaba 14 florines por semana, con un domingo franco cada quince días.

Por otra parte, el traspaso de la compañía a la municipalidad se vio signado por la característica nobleza de la empresa privada: «En primer lugar, la AOM –digamos que por razones económicas– se había encargado de que cerca de fin de año las provisiones de heno se agotaran».

La ausencia de caballos en la foto del edificio clásico de Zocher se ve compensada por otra instantánea del Dam, sin edificio pero con un caballo, un tordillo, con el siguiente pie de foto: «No es impensable que haya sido este el animal que en el Dam se libró del personal de servicio cuando lo estaban enganchando y salió disparado por la calle del Palacio, dejando completamente atónitos a los transeúntes, que contemplaban la escena boquiabiertos». El detalle que más me conmueve es que ese caballo siguió las vías del tranvía y «poco después golpeaba a la puerta de la cochera en la terminal». Extrañaba su hogar.

Una página que hace de este librito un objeto inolvidable es la que contiene los nombres de casi todos los caballos que prestaron servicio en la AOM. Me encantaría transcribirlos todos, pero son casi quinientos; entre ellos, algunos muy llamativos, como Truitje (Pequeña Gertrudis), Vrouwtje (Mujercita), Egidius (Egidio), Dapper (Valiente), Meyerbeer[11], Roosje (Rosita), Rozijn (Pasa de uva), Thorbecke[12] y Locomotief (Locomotora).

[11] Pianista y compositor alemán (N. de la T.).
[12] Político holandés del siglo XIX (N. de la T.).

Delicias turcas

Jan Wolkers[13]

Peel me a grape

Por supuesto que era presumida. Cómo podía ser de otra manera, si la gente casi se dejaba arrollar por el tranvía por verla pasar, le profería un concierto de bocinazos cuando salía a hacer las compras, y a las mujeres del barrio les habría gustado mandarla a la hoguera por bruja, porque sus maridos se quedaban asomados a las ventanas con las manos en los bolsillos hasta que la veían volver de la carnicería. Cuando se iba al centro a comprar zapatos en *Bata International*, elegía un número que le quedaba chico, aunque decía que tenía los pies hinchados de tanto entrar y salir de los negocios. Por las almohaditas de carne que se le formaban en el empeine –las tetas inferiores– yo ya me daba cuenta de que era mal asunto. Después, cuando le dolían los pies al caminar, terminaba dándome la razón, admitiendo que parecía una hermanastra de la Cenicienta. Yo abría el torno diciendo que podía cortarle el talón o el dedo gordo del pie con la sierra para metales. O la perseguía con unos alicates bien afilados. Y una vez que volvíamos a casa después de un concierto de jazz de trasnoche –JayJay Johnson y Lee Konitz– un domingo a las cuatro de la madrugada, efectivamente se le llenaron los zapatos de sangre. Las palomas arrullaban como locas en los árboles de la avenida Van Baerlestraat, aunque sin decirle –como en el cuento– que no

[13] Jan Wolkers (Oegstgeest, 1925 – Texel, 2007) es considerado uno de los escritores holandeses más importantes de la posguerra. Sus obras cobraron notoriedad en la década de 1960, en parte por sus descripciones realistas de escenas sexuales. Una de sus novelas más conocidas, *Delicias turcas* (1969), se tradujo a varios idiomas, entre ellos el español. El cineasta Paul Verhoeven la llevó con mucho éxito a la gran pantalla en 1972. La película fue nominada al Óscar a la mejor película extranjera en 1973 y en 1999 obtuvo el premio a la mejor película holandesa del siglo XX en el Festival de Cine de los Países Bajos.

sería la verdadera novia. Caminó un rato descalza, retorciéndose del dolor, pero era imposible que lo aguantara por mucho tiempo. Además, tenía miedo de pisar con sus ampollas reventadas algún gargajo verde amarillento de un viejo. Le dije que podía cargar con ella hasta que llegáramos a casa. Pretendió que levantara su cuerpo rellenito en mis brazos, lo que, naturalmente, era imposible: ni yo no era Johnny Weissmuller, ni ella Jane, para el caso. Ahí se levantó la falda ajustada y se trepó a mi espalda. Cada vez que pasaba algún parrandero trasnochador en su auto, medio borracho, frenaba y esperaba a que lo adelantáramos. Porque esa cosa diminuta de seda se le había metido enterita en el Gran Cañón, con lo que parecía que estuviera con el culo al aire, lo que constituía un espectáculo irresistible incluso para alguien que volvía a su casa muerto de cansancio y medio mareado por la bebida en los albores rosados del domingo que nacía. Algo como para no dar crédito a los ojos. Por aquella época íbamos a todos los recitales de jazz, aunque tuviéramos que renunciar a comer carne una semana entera. *Art Blakey and the Jazz Messengers*, con Lee Morgan en trompeta. El quinteto de Miles Davis. *Jazz from Carnegie Hall*: Dizzy Gillespie, Roy Eldridge, Stan Getz, el trío de Sonny Rollins. Max Roach y sus *AllStars*. Decenas de comidas compuestas únicamente por papas y verduras. Cuando volvíamos a casa –a una hora en que los únicos que salían a faenar eran los pescadores– y Olga no llevaba puestos zapatos demasiado chicos y podía valerse por sí misma, y para que no tuviésemos que mirar a las malditas baldosas deslizándose lentamente bajo nuestras pisadas, jugábamos a Qué Auto Te Compraré Cuando Sea Rico. En la larga avenida Churchill·laan, al pasar junto a un mísero Volkswagen, por ejemplo, Olga me decía: «Me regalarás el décimo auto después de éste cuando seas famoso y rico». (Porque seguro que pensaba que en pocos años lo sería.) Si el décimo auto resultaba ser un Citroën DS o un Jaguar, se ponía eufórica como un niño con zapatos nuevos y me besaba en ambas mejillas, como si acabara de regalárselo de verdad. Y si era un pobre angelito con la carrocería oxidada, listo para llevar al desarmadero, o estaba hecho un acordeón, decía que seguro que nos habíamos equivocado al contar. Y que empezáramos de nuevo. Porque era imposible pensar que ella, con sus guantes de Charles Jourdan de fabricación artesanal, que costaban ciento veinticinco florines, fuera a tomar asiento en una catramina cuyo valor en chatarra no llegaba ni a los cincuenta florines. Jugamos el mismo juego en varios barrios de Ámsterdam, porque íbamos

a muchas fiestas. Y a todas las funciones de trasnoche que la Liga del cine organizaba en Kriterion. En su pequeño cine de provincia de Alkmaar, Olga no había visto mucho más que a Romy Schneider en *Sissi emperatriz* o *Alta sociedad* con Louis Armstrong. (Solía cantar canciones de esa película cuando se ponía a enjuagar acelga o a pelar papas: «¿Me querrías si te diera cien mil? ¡Yo no! ¿Y comprarías algo para mí? ¡Yo no!».) Todo ese mundo del cine la asombraba mucho. No entendía que algo así pudiera existir. Y para ella yo era el mago que lo hacía aparecer. Los inmensos decorados de *Intolerancia*, de Griffith. Las cabezas de los asirios que por poco nos poníamos a buscar entre los asientos, del realismo con que echaban a rodar en dirección de la sala. Se aferraba a mí cuando nos hacían estremecer ConradVeidt o Boris Karloff. O cuando la hoja de afeitar se acercaba peligrosamente al ojo saltón y la cámara giraba apuntando a la luna, tapada por el fino estrato de una nube, en *Un perro andaluz*. Para luego soltar un alarido desgarrador. El soplido del mongol enfundado en la maravillosa piel de zorro en *Tempestad sobre Asia* le recordaba la chaqueta de piel que le había regalado cuando nos conocimos. Cuando yo hacía dedo y ella me llevó. Según Olga, yo había tenido la misma mirada ávida. No al mirar la piel, sino al mirarla a ella. Durante varios meses, en determinadas situaciones soltábamos un «Por una cucharada de sopa» después de haber visto *El Acorazado Potemkin*. Pero lo que más le gustó de todo fue *El ciudadano Kane*, de y con Orson Welles. Sobre todo cuando el viejo que está acostado en su lecho de muerte deja caer de sus manos moribundas la bola de vidrio con nieve revoloteando y murmura *ROSEBUD*. Y cada vez que en casa me acostaba en el sofá con una pelotita de tenis en la mano y la dejaba caer balbuceando rosebud, fiel al original, ella por poco se echa a llorar. (Seguramente porque le recordaba el lecho de muerte de su padre. Nunca le dije que lo último que él me contó fue aquel chiste de los dos chicos que se iban a París. Si me hubiese dicho algo tan bonito como *rosebud* –como por ejemplo pimpollito de botón de oro– tal vez sí se lo habría dicho. Pero la vida no es una película ni mucho menos. Los chicos al final no fueron.) Lo que más gracia le causó fue aquella película en la que actuaba Mae West, en la que una ricachona presuntuosa la trata con mucho desprecio en la puerta de su casa y le pide que deje tranquilo a su marido; entonces ella, de rebote, cuando entra de nuevo en su habitación, le ordena a su sirvienta, alzando la voz: «*Peel me a grape*». Y cuando en lugar de hacerme rico y famoso seguí siendo pobre

e indigente y terminé entregando mis obras al Estado a cambio de una subvención –todo porque en La Haya la misma banda de inútiles de siempre había vuelto a aplicar una política desastrosa, queriendo compensar mediante una reducción de gastos el déficit presupuestario causado por la histeria armamentista– Olga, cada vez que le entregaba los exiguos billetes que me daban en los servicios sociales para los gastos de la casa, repetía con un elegante gesto de la mano: «*Peel me a grape*». Y salió a ganarse un dinero extra con la mejor de las voluntades. Se puso a coser calzoncillitos para bebés en un pequeño taller cerca de casa a razón de un florín por hora. Y cuando volvía a casa –después de haber trabajado de ocho a doce, el pelo lleno de polvo de plástico y los dedos acalambrados a causa del trabajo mecánico, aunque con cuatro florines en el bolsillo– estaba orgullosa de haber ganado en persona el dinero para comprar la comida del día. Y las veces en que no tocaba ese dinero y trabajaba el sábado por la mañana incluido, muchas veces volvía a casa con una botellita de un cuarto litro de ginebra, una botella grande de cocacola y un cuarto kilo de maní salado. Mientras avanzaba la tarde, nos sentábamos frente a las puertas abiertas del taller y nos tomábamos un aperitivo escuchando discos de Parker, Miles Davis y Sonny Rollins adquiridos con el dinero que me daban cada tres meses para comprar material. *Slow boat to China*. *How are things in Glocca Morra, Slipping at Bells, Chasing the Bird*. Cuando Olga entró a trabajar en la caja de seguros sociales y empezó a ganar mucho más, cuando se acercaba el fin de semana solía traer plantitas. Principalmente cactus. Les fabricó una estructura especial –una especie de pequeña tribuna– que instaló en el alféizar. Como si esos gordos y acuosos especímenes tuviesen que tener una buena visión de lo que pasaba en la calle. Pepinos erectos llenos de espinas, sabrosas berenjenas recostadas cubiertas de cabello plateado. Y sobre todo piedras vivas. Que no eran otra cosa que unos trocitos de algo (de algo asqueroso) con raíces. A Olga le encantaban y era capaz de pasarse horas contemplándolas, como si estuvieran representando un ballet especialmente para ella. Pero para mí tenían pinta de pezones podridos o de concha de perra vieja. (Cuando me dejó, una vez que quise regar esos cactos de mierda después de no haberles prestado la más mínima atención durante semanas, ya era demasiado tarde. Estaban secos y encogidos: parecían croquetas que hubiesen pasado un mes entero tiradas en el Sahara.) En la oficina se mostraron muy contentos con ella al principio, pero a la larga no fue posible

que se quedara. Su hacendoso trabajo de oficina no compensaba la caída de las utilidades que provocaba su presencia. Su jefe de sección la hacía recorrer continuamente todo el edificio para llevar supuestos expedientes a los jefes de otras secciones. Un día en que se le ocurrió abrir uno de los legajos en el pasillo, lo único que contenía era una hoja de bloc que decía: «Estimado Ari, aquí te mando la delicia de la que te hablé. Está como para estudiarla detenidamente. ¿Qué te parece esa carita? Y hay que ver cómo camina: ¡hop, hop, hop! No hace falta que te diga más. Willem». Y luego se pasaban un cuarto de hora en el baño. Fue así como la despidieron, para evitar que se fuera al garete todo el engranaje de pensiones asignadas a los disminuidos psíquicos y otros inválidos con arreglo a la Ley, como se dice. Y por un tiempo se acabaron la ginebra y el jazz. Pero a mí me encantaba tenerla otra vez todo el día a mi alrededor y ella soportaba muy bien la pobreza. Y según me dijo en una ocasión, se sentía cómoda y disfrutaba de mi compañía. Y de paso aprovechaba para demostrar lo que era capaz de hacer con un arenque ahumado y unos tomates, perejil y un huevo duro. Aunque a veces, cuando ya no aguantaba más y le entraban ganas de comer algo rico, me preguntaba como una niña «¿Puedo hacer tortitas?» y salía a comprar pan fresco y 100 gramos de manteca. Con una expresión de gula infinita, se sentaba a la mesa, untaba voluptuosamente una espesa capa de manteca sobre una rebanada de pan y le ponía encima un centímetro de lluvia de chocolate rematada con azúcar impalpable. A eso le decía «invierno en el país de las golosinas». O vaciaba medio frasco de dulce de frutilla sobre dos rebanadas de pan, las rociaba con chocolate rayado y luego las cubría con una feta de fiambre de coco. La enorme boca embadurnada de dulce y chocolate, se la veía disfrutar traviesamente y con un aire de conspiración. Porque eso de hacer tortitas era algo que le dejaba hacer su padre cuando volvía del colegio al mediodía y la madre no estaba porque había salido otra vez con las amigas. Él primero se comía su ración compuesta de dos rebanadas finitas de pan y dos fetas de queso que su mujer le había dejado preparadas en la mesada de la cocina, pero cuando veía a Olga saboreando su tortita, no podía contenerse y le decía entre susurros, como si su genio maléfico lo estuviese escuchando detrás de la puerta: «Hazme una tortita a mí también». Y después de zamparse tres o cuatro, quitaba los restitos de su plato y se los pasaba a Olga, implorándole: «No se lo digas a mamá». El asunto es que en casa yo le dejaba comer todas las tortitas que

quisiera y después, en lugar de ir a conciertos de jazz o al cine, salíamos a disfrutar de la naturaleza, que no cobraba entrada. En lugares que luego desaparecieron, casi al mismo tiempo que Olga. Rellenados con arena y nivelados para construir torres y monoblocs. El Paseo del Sur, con sus canchas de tenis anaranjadas medio escondidas detrás de los altos saúcos, sus tinglados derruidos y sus galpones ambiguos. Las huertas escolares con los alumnos escarbando en la tierra de turba negra entre canteros de verduras. Los invernaderos encalados con descuido, como si en los árboles que los cubrían anidara una colonia de garzas. Las flores que uno podía cortar por cincuenta centavos. Todas las que pudiera cargar. (Aquí me vino la idea de hacer aquella gran Perséfone usando a Olga como modelo.) El campito donde en otoño crecían varas de oro entre los juncos y que los chicos cortaban en grandes cantidades para llevarles a sus madres cuando volvían a sus casas todos embarrados. Y donde nunca faltaban los adolescentes que al vernos pasar abrazados nos gritaban desde alguna cabaña construida por ellos mismos: «¡A ver un piquito!». Y una vez, entre risas –lo que nos hizo pensar que se trataba de una broma–: «¡Señor, señora! Acá hay un hombre que nos quiere tocar el pito. ¿Eso no está mal?». Y luego vimos a un tipo esmirriado escabulléndose entre los juncos y agarrando la bicicleta para salir volando. El Paseo de Buitenveldert, que atravesaba una seguidilla de prados bajos pantanosos con acequias de agua clara por los que –aun en pleno verano– uno se imaginaba que salían de la ciudad oscuras figuras encorvadas a patinar por los pólderes. El sauzal en la curva del río, donde había unos bancos y donde Olga se tendió muchas veces al sol, descalza, la cabeza apoyada en mi regazo, a escuchar los sonidos que llegaban amortiguados por los arbustos desde las huertas populares. Eso siempre y cuando no hubiera algún tipo sentado esperando a que pasara en bicicleta la solitaria enfermera para mostrarle la pija. Y por fin el Dique, casi siempre atestado de mirones que venían a deleitarse con las parejitas que se echaban a franelear, lo que a veces daba la impresión como si un equipo de exteriores estuviera filmando una escena de amor al aire libre. La curva del río desde lo alto, por donde se deslizaban en diagonal las barcazas con sus cubiertas abarrotadas de cajas rojas o barriles color naranja, donde planeaban las garzas mucho más bajo que nosotros, del mismo color que el agua, sobrevolando las pequeñas olas, y donde resonaban las voces de los remeros como si estuvieran mucho más cerca. Los árboles del cementerio Am-

stelrust a un costado, a lo lejos, desde donde a veces remontaba el vuelo toda una colonia de cuervos, como si de pronto se extendiese vaporosamente la copa de un árbol. Allí, en ese lugar junto al río, Olga una vez deglutió ocho helados de agua seguidos, que yo le había comprado al heladero que paraba frente al oxidado estacionamiento de bicicletas de la piscina pública de Miranda. Naturalmente, le dio dolor de estómago y tuvo que volver a casa toda doblada, cubriéndose el vientre con las manos. Olga seguía recordando todos estos pequeños acontecimientos cotidianos años después, cuando entre nosotros ya todo había pasado y estaba irremediablemente perdido. Una vez que pasó un momento por mi casa sin previo aviso, me la llevé sin más ni más al Dique a caminar en plena oscuridad. Hacía años que yo tampoco iba. Los terrenos lindantes, rellenados con arena, tenían prácticamente la misma altura. Los altos ligustros habían desaparecido y las niveladoras habían trazado surcos profundos en la tierra. Había una fogata hecha con valijas viejas y sillones rotos y toda clase de objetos que quedan desperdigados por los campos con el paso del tiempo. Olga se acercó tanto que el calor le tensó la piel, y ella dijo: «El fuego es lo más hermoso que existe». Nos quedamos contemplando las marquesinas levantadas de las ventanas iluminadas y yo intenté señalarle dónde estaba todo antes, aunque tampoco lo recordaba. En el camino de vuelta me dijo que el primero de enero de hacía seis años habíamos comido cordero con chauchas y damascos de postre. Y yo pensé en una frase que me escribió un amigo cuando hacía poco que Olga me había dejado: «Vivían felices a lo bestia y eso simplemente se acabó».

Amor ambiguo

Adriaan van Dis[14]

En Ámsterdam, ciudad de la libertad... y eso era lo que buscaba: no un amigo o una mujer, sino libertad. Él era un hombre sin familia. Prefería reproducirse en el arte. Apenas un par de líneas esbozadas rápidamente y allí aparecían vestidos bailando sobre el papel. Las boutiques se disputaban sus diseños. Arte, decían sus admiradores. Pero él no consideraba ningún arte saber lo que quería ponerse una mujer –las había estado observando durante mucho tiempo–, aunque en otra época confundiera las palabras vestido y falda; pero eso no hacía falta que lo supiera nadie. Ya no existía ningún antes, sólo un pasado que debías inventar y un futuro que debías interpretar. Él era un hombre realmente libre. Alfileres en la boca, ¡venga!

•

Era posible interpretar cualquier papel. Cómo había sorprendido al público durante el concurso interescolar anual en el Gooi. Declamé una historia sobre un norteamericano negro, un parado, discriminado y condenado a una vida en el gueto. Aparecía en *Maestros de la narrativa negra*. Me convertí en ese negro sobre el escenario: un hombre en el autobús que se avergüenza de su pobreza y mira asombrado la riqueza que ve a su alrededor. Sube un blanco al autobús, bien vestido, arrastra consigo una bolsa grande, de las que se usan para llevar la compra. En la parada

[14] Adriaan van Dis (Bergen aanZee, 1946), hijo de una familia marcada por la Guerra de Independencia de la antigua colonia holandesa en Indonesia. En 1983 su novela *Nathan Sid* es galardonada con el premio al debut literario. Entre 1983 y 1992 obtuvo fama nacional con un programa literario en la televisión. En 1994 se publicó su consagrada novela autobiográfica *Indischeduinen* (*Las dunas de Indonesia*, traducción de J. Grande, Maeva, 1999).

siguiente vuelve a bajarse, sin bolsa. Es una bolsa cara, de apariencia lujosa. ¿Qué habría dentro? Ropa bonita para mi mujer, regalos para mis hijos... ¿comida? El bien y el mal pugnan en mi cabeza. La honradez triunfa: decido llevar la bolsa a la comisaría más próxima. Cuando quiero bajarme, un pasajero da la voz de alarma. Llega la policía, abren la bolsa. Dentro aparece el cadáver de un bebé. La sala se estremece.

Primer premio en declamación... por lo menos. Hasta que uno de los miembros del jurado descubrió que no me había aprendido toda la historia de memoria; no había dicho ni una palabra de forma literal. ¡Esto no era declamar, era mentir! Fui descalificado públicamente.

¿No comprendían esas personas que una historia podía convertirte en otro? ¿No iban al cine? Ni siquiera hacía falta mucho texto, siempre y cuando pudiera creer uno en los actores. Miles de vidas estaban al alcance de la mano. ¿Existía una libertad mayor? Ya no había límites... el mundo estaba abierto a tus pies. Te leías un libro y te convertías en un diseñador de moda. Sólo durante poco tiempo. Pero ¿un libro también te hacía homosexual? ¿Y eso era para siempre?

Debía averiguar algo más. En la biblioteca pude encontrar pocas cosas sobre los homosexuales y no me atrevía a pedirlas abiertamente. La estantería de educación sexual era muy pobre. *Los chicos preguntan* y la concienzuda *Escuela de matrimonio* no se ocupaban mucho de «esa clase de personas». La enciclopedia no mostraba más que úlceras y miseria. Busqué el consuelo de *Fenomenal* y llamé por teléfono a Mart para ver si podía ofrecerme otro libro como ése. Me indicó los epistolarios de Van het Reves: *De camino hacia el fin* y *Acercándose a Vos*, *El cuarto de Giovanni* de Baldwin y el *Diario del ladrón* de Genet. ¿Por qué yo no sabía nada de la existencia de esos libros?

En el instituto nos habíamos quedado atascados con «la materia» justo después de la guerra. Lo que no era decoroso nos lo saltábamos. No era necesario que estudiáramos a Kloos, porque un especialista en literatura había descubierto que este poeta también escribía sonetos de amor dedicados a hombres. Desde que lo desenmascararon, nuestro profesor de literatura ya no podía leerlos, no digamos discutirlos. A tacharlos. Otro cerdo menos.

Así pues, había escritores que no se avergonzaban. No importaba lo que hicieran o pensaran, podíamos saberlo, podíamos verlo. Se inscribían en el mundo. Y qué fabulosamente lo hacían. El

estilo era su arma. Yo devoraba sus palabras, me daban fuerza. Me aprendía de memoria páginas enteras de sus libros. Las páginas perversas. Estos escritores no perdían el tiempo hablando de moda –por divertido que fuera leerlo–, sino que se burlaban precisamente de la afectación, de *mi* afectación. No era necesario que un homosexual fuera afeminado, podía ser incluso grosero, o un granuja inmoral. Estos escritores no se hacían más bellos de lo que eran. A uno le gustaba comer arenques ahumados sobre un periódico viejo, el otro vendía su culo lleno de vaselina en la oscuridad del puerto y Giovanni –un trabajador emigrante italiano y, al igual que el negro Baldwin, un paria en París– podía amar sinceramente, aunque fuera un asesino y engañara a su mujer.

A mí no me importaba la homosexualidad o la heterosexualidad, sino la audacia de mostrar tu verdadera naturaleza, fuera eso lo que fuese. Los homosexuales de los libros me parecían más fuertes, más valerosos que todos los heterosexuales que me rodeaban. Podían ser hipersensibles y la gente los podía poner verdes, pero un homosexual que confesaba sus inclinaciones tenía más coraje que todos los gamberros con motocicleta juntos. Era aún más libre. Los homosexuales no se ataban, no formaban familias. Alto o bajo, no pertenecían a nada. A lo sumo buscaban apoyo entre sí. Yo podía aprender mucho de ellos. Más que de las chicas con sortija de sello del Gooi.

En seguida conseguí un trabajo para las vacaciones: limpiar jardines y rastrillar la grava; tan pronto como hubiera ganado el dinero suficiente, me iría a Amsterdam una noche para descubrir personalmente el mundo de esos escritores. Ahora sabía dónde se reunían: Van het Reve llamaba a los tugurios por sus nombres. Eran lugares de esparcimiento, y con ello no estaba pensando en coger. Incluso me repelía la idea de besar a un hombre. Ser libre, ésa era la cuestión, y sin temor. Mi entorno me sofocaba, allí yo no contaba. Estaba a punto de entrar en un mundo donde se me escucharía, donde se me apreciaría por lo que valía. ¡Como poeta! Animado por las voces de los escritores en mi cabeza, había encontrado un nuevo tono: rimas insolentes en las que alababa sin vergüenza el amor masculino, la pluma y el pene fluían juntos... las personas me tendrían miedo, yo era despiadado, la tinta salpicaba el papel. Pero, al cabo de un par de páginas, ya no salía nada más. Y, lo que había sido escrito con la ilusión de la eternidad, acababa en la papelera. Espera, una vez aceptado en los círculos

de las almas refinadas, encontraría a un poeta que me sostendría la pluma.

Todo recato desapareció de mí. Rodeado por la belleza, me sabía seguro de nueva fuerza y valor. El actor que había en mí estaba absorbiendo el amor para luego representarlo. Aún debía llevar a cabo mi papel más grandioso: romper todos los corazones. Con Amsterdam como decorado, los focos a su máxima potencia.

No podía aspirar a una guerra, nada de japoneses, ni martirios, ninguna heroicidad como mi padre, pero demostraría que yo sabía luchar. La resistencia llamaba. Un poco más y rompería en mil pedazos la campana de cristal bajo la cual había sido criado. Mediavilla se pegaría un susto tremendo. Y nunca, nunca más dejaría que me echaran del sendero de grava.

Puse a remojar en el lavabo mis manos de jardinero, el más caro jabón debía suavizarme. Me lavé lleno de expectativas. Me sequé de manera distinta; mi cuerpo sería explorado de nuevo...

La toalla se desliza entre mis nalgas y siento un aliento cálido en el cuello. Mi padre aparece en el espejo empañado, huele a caballo y me almohaza. Así lo hacemos en los trópicos. Restregar fuerte. La sangre debe correr, bajo tu piel hay una piel más limpia, sin prurito ni bultos.

—¿Agradable?

Me estremezco. La toalla abrasa. La toalla sangra. Mi padre va doblando las rodillas hasta que estamos a la misma altura y nuestras cabezas se encuadran en el espejo la una al lado de la otra. Clic. Juntos en la foto. Tenemos la mirada fija ante nosotros. Nuestros ojos no ven nuestras manos. Le arden los puños. Yo aprieto mi dolor contra el borde del lavabo. Sólo la foto llora...

Limpié el espejo y miré durante mucho tiempo al muchacho nuevo que estaba allí, liberado de la mano dura. El pasado era un trapo sucio.

•

Mis calzoncillos eran de repente demasiado grandes, el cepillo de mi madre y el eterno goteo sobre el lavabo los habían dado de sí. Robé una bonita braga de seda blanca del armario donde mis hermanas guardaban sus cosas para el fin de semana. No para ser mujer, sino para ser un hombre seductoramente bello. Un punto blanco oculto bajo franela gris, la americana de cachemir

encima, una camisa almidonada, nada de corbatas, el cuello tenía que quedar abierto, puesto que yo tenía otros planes... había ganado dinero suficiente para comprarme una cadena de oro. Una joyería que no se encontraba lejos del barrio de las putas, una tienda destartalada donde podían verse colgando de un hilo en el escaparate los anillos de compromiso, empeñados por padres de familia borrachos. Sartas de oro pasaron por mis manos, los pelos del brazo se me pusieron de punta. «Es para mi madre», dije al vendedor, temeroso de que advirtiera mi excitación. Elegimos una larga y gruesa, de la que colgaba un ojo con tres dijes: una pequeña cruz, un corazoncito y un ancla. Mi madre tenía un ancla en su escudo de armas. Éste sería a partir de ahora mi sello: *mi talismán*. Me propuse llevar la cadena con orgullo.

Afuera, en una callejuela oscura, me la puse. Sólo un botón de la camisa desabrochado, otro más... un amigo me iba dando golpecitos entre los pezones. Acariciado por el oro: rico, insolente, un *playboy*. El talismán me llevaría hasta el amor. Hacia el corazón del barrio portuario, entre las iglesias, donde se encontraban las putas. Pero las pasé de largo, estaba buscando un café en el que los hombres iban en busca de hombres. La propietaria era una mujer: Bet van Beeren, querida por escritores y artistas, conducía una Harley–Davidson por los Muelles, vestida con un traje de cuero, y luchaba por sus derechos. En su local, las mujeres lesbianas y los hombres homosexuales se sentían como en casa. Allí no te servían vergüenza. Todo eso lo había leído.

El barrio rosa era terreno conocido. Aunque no me imaginaba que un día de verano pudiera estar tan tranquilo. El carillón de la vieja torre dio las cuatro y en las callejuelas ardía alguna lámpara roja por aquí y por allá. Junto al canal, dos putas despatarradas estaban sentadas en la acera tomando el sol. Las oí hablar de sus clientes, que a su vez estaban tomando el sol en la playa de Zandvoort, pero miré recatado hacia otro lado, hacia un hombre que estaba bostezando ante una ventana abierta. Seguro que acababa de despertarse, quien vivía aquí lo hacía de noche. El hombre tiró el contenido de una papelera por la ventana, el papel empezó a volar por las fachadas... los condones y las botellas se quedaron flotando en el canal. El hombre los siguió distraído con la mirada. Llevaba una gruesa cadena de oro. Un chulo. Volví a abrocharme un botón.

Un par de minutos después iba caminando por el Zeedijk. En algún lugar de por aquí debía de vivir Bet van Beeren. Pero ¿cómo podría reconocer su café? Todas las casas tenían un café,

de todas las puertas salía música. Vi mujeres sentadas a la barra y hombres que entraban y salían. ¿Qué había que pedir cuando se entraba allí y quién empezaba? Leí los nombres en las ventanas... no se veía ningún Bet van Beeren. Recorrí la calle dos veces de arriba abajo, no pude encontrar nada. ¿A quién debía preguntar? ¿A ese hombre alto surinamés que estaba bailando ante la puerta abierta? ¿A los propietarios del restaurante chino que estaban tras las ventanas plagadas de pollos rojos goteando? El sol me mostró el camino. En mitad de una esquina, donde la última luz de la tarde hacía centellear de repente las fachadas, vi escrito su nombre, con letras muy pequeñas pero su nombre al fin y al cabo. Licencia: Bet van Beeren. Luego existía realmente. Aunque en la ventana aparecía pintado otro nombre: Café Het Mandje.

Los visillos estaban corridos. Arrimé la cara a la ventana y vi un vago resplandor a través del tejido del visillo: un reloj blanco y rojo, una bomba de cerveza reluciente y un gran ramo de rosas... más no pude ver. Espera, allí se movía algo... dos espaldas se estaban susurrando. Respirar hondo. Talismán, abre esa puerta. Me recibió el olor a ropa blanca y cerveza. Las espaldas se giraron: dos hombres sentados junto a una mesa pequeña. Saludé y, mientras observaba el interior, dejé que me observaran. Sobre el suelo de madera había arena limpia esparcida, el billar estaba cubierto por una funda verde de plástico y, pegada a la pared, había una máquina de discos desenchufada. Tras la barra, una mujer estaba lavando vasos. Me hizo un gesto amable con la cabeza y de inmediato deslizó a un lado el jarrón con las rosas para dejarme más espacio en el mostrador. Estaba claro que tenía que ir a sentarme junto a ella, a la luz del reloj de Amstelbier. Así pues, ésa era Bet, la primera lesbiana de mi vida. Falda negra, blusa blanca, voz de fumadora... Cuando me arrimé, me empezó a latir el corazón. Levantó un vaso vacío goteante, la mano en la bomba de cerveza.

—No, gracias, prefiero vino —dije yo; tinto, como lo bebían los escritores.

Se puso a escarbar entre las botellas, mirando al contraluz los restos de algunas.

—Con este calor se bebe poco vino tinto. —Abrió una botella nueva.

Me había imaginado un café más bonito: parqué, sillas doradas. Pero los taburetes estaban tapizados con skai y los dos hombres de la mesa llevaban ropa descuidada. Hasta que mis ojos no se acostumbraron a la escasa luz, no vi que me encontraba

sentado bajo una jungla de corbatas cortadas, incluso un corsé y un sujetador pendían sobre mi cabeza. Visitantes de todas partes habían dejado algo aquí: una pared llena de tarjetas de visita, fotos, banderines, posavasos, abonos de tren, billetes de banco. Griegos, suecos, árabes... aquí habían venido de todas partes. Los homosexuales se lo pasaban bien aquí.

Tomé un sorbo, apoyé el codo en la barra y me desabroché más la camisa. Talismán me daba golpecitos en el pecho, al compás del segundero. Tiraron de la cadena de una cisterna, el suelo de madera tembló. Un hombre mayor con una gabardina llegó a la barra desde atrás arrastrando los pies. No llevaba camisa debajo, ni camiseta tampoco; el pelo gris del pecho le asomaba entre los botones. El hombre se sentó en un rincón junto a las rosas.

–Greet, ponme una cerveza...

¿Greet?

–¿No ha venido todavía Bet? –hice el papel de cliente habitual.

–Eso será difícil.

–¡Ah!

–Seguro que hace mucho que no vienes por aquí.

El hombre de la gabardina echó a un lado el jarrón de las rosas. Miró mi cadena. Me giré para apartarme de él. Los dos de la mesa se quedaron callados.

Pedí otro vino. Podía pagar después, Greet apuntaba todo en un pequeño cupón. Con el tercer vaso, ella me rozó con el dedo la parte interior del cuello de la camisa. El hombre de la gabardina se acercó.

–Bonita cadena –dijo Greet. Me ruboricé, intenté desabrochar un botón, pero ella sacó la cadena de la camisa y sostuvo el colgante en su mano–: Fe, esperanza y amor. –Lo llevaban los marineros. Yo no era ningún marinero, eso lo podía ver ella muy bien.

–No, me dedico al teatro.

–¿En dónde estás?

–Represento poesía

–¿Represento?

–Soy un artista de la declamación.

Llevaba mucho tiempo lavando el mismo vaso:

–Ojalá no sea demasiado pesado.

Todo está tranquilo arriba

Gerbrand Bakker[15]

El 19 de abril de 1967 me encontraba en mitad del tercer trimestre del curso propedéutico de lengua y literatura neerlandesas. Creo que yo era el estudiante más apasionado del curso, y no porque fuera un adicto al trabajo o un ambicioso, sino porque quería demostrarle mi valía a padre. Al ser su patrimonio demasiado elevado, no me concedieron ninguna beca. «Patrimonio», así aparecía en la carta de desestimación del Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección de Becas de Estudio, y tanto él como yo sabíamos en qué consistía ese patrimonio: tierra, edificios, vacas y máquinas. «¿Tengo que vender las vacas para que tú puedas ir a la universidad?», me preguntó padre cuando le mostré la carta. No aguardó a mi respuesta, no dijo nada más, estrujó la carta y, como no estaba cerca de una papelera, la tiró al fregadero. Si hubiera tenido un mechero o fósforos a mano, la habría quemado. Henk también estaba en la cocina y no sabía muy bien cómo mirarme desde debajo de sus oscuras cejas. Madre sacó la carta del fregadero e intentó alisarla, antes de tirarla al cubo de la basura.

Así pues, seguí viviendo en la granja; iba a Ámsterdam en bicicleta, asistía a las clases y me busqué todo tipo de trabajos para poder pagarme los estudios. Cuando de madrugada me encontraba sentado a la mesa de la cocina, con los ojos hinchados debido a que la noche anterior había llegado tarde después de estar descargando un camión que venía a abastecer a unos grandes almacenes, madre me preguntaba alguna que otra vez por mis quehaceres en Ámsterdam. Ámsterdam, la ciudad a la que era

[15] Gerbrand Bakker(1962) estudió lingüística y es jardinero profesional. Ha escrito obras de teatro, poemas y libros para adolescentes y adultos. Ganó el Premio Literario Internacional IMPAC de Dublín en 2010 por su novela *Bovenishetstil*, traducida al inglés como *The Twin* (*Todo está tranquilo arriba*, traducido por Julio Grande). Ha sido el primer escritor holandés en ganar este premio, el más lucrativo en lengua inglesa.

mejor no ir. En realidad, no sabía muy bien qué preguntarme, pero al menos lo intentaba. Padre me preguntó quizá tres veces hasta ese 19 de abril cuántas palabritas más me había aprendido ya (sin esperar respuesta), antes de retomar la conversación con Henk. Conversaciones acerca de vacas que habían dejado de beber, acerca del traslado a otro prado de los chotos o acerca de los granjeros de la vecindad. Acerca de cosas importantes de verdad. Para él y para Henk.

Henk era el granjero, Henk era el hijo predilecto de padre, quien no se rompía mucho la cabeza con su relación para conmigo ni con la relación que tenía yo conmigo mismo.

Y Henk tenía a Riet. Hasta que la encontró el mes de diciembre de 1965 en una taberna de Monnickendam, Henk había sido mío, y yo de Henk. Yo también estaba en la taberna y eso turbó bastante a Riet. Fue en Nochebuena, la noche que aprovechaban las personas que no iban a la misa del gallo para salir de marcha. Henk se puso a hablar con ella y, a medida que avanzaba la noche, fueron alejándose cada vez más del grupo con el que había empezado la velada, el grupo de muchachos granjeros en el que me quedé rezagado. Henk estaba sentado dándome la espalda y su cogote me revelaba que hablaba animadamente, mientras que Riet no cesaba de mirarme por encima del hombro de Henk, con un poco de desenfreno de vez en cuando. Nunca en mi vida había visto una chica tan guapa. Él hablaba y yo callaba; era una típica noche de Henk y Helmer, y no viceversa. Teníamos dieciocho años y seguíamos pareciéndonos como dos corderos, pero de dos ovejas diferentes; y, tras esa Nochebuena, me quedé solo.

Riet se sacó el carné de conducir a principios de abril. El 19 de abril quiso demostrar a Henk que no se lo habían dado por su cara bonita y su sonrisa, como él creía, como muchos hombres creían. Esa tarde yo había tenido una clase de lingüística histórica y volvía a casa en bicicleta. El viento soplaba del sudoeste y lo tenía de espaldas; iba con el abrigo desabrochado.

Madre estaba sentada en la cocina, sola. «Henk ha muerto», me dijo.

Junto al Moordenaarsbraak, entre Edam y Warder, Riet se salió de la carretera porque un coche que venía en sentido contrario no se echó a un lado. El coche cayó del dique, dio una vuelta de campana y fue a dar con sus ruedas en el lago IJssel. Henk perdió el sentido, la puerta de su lado quedó retorcida y el techo se abolló. Justo en ese lugar, las aguas eran más profundas que en

cualquier otra parte, quizá por la rotura del dique en el que en su día se había formado el Moordenaarsbraak en la vertiente del dique que daba a tierra firme. Riet no pudo sacarle del coche, ni siquiera con la ayuda de la conductora que no se había apartado. El coche, que se quedó en el lago IJssel hasta el día siguiente, era el Simca azul oscuro de padre.

Durante el tiempo en que Henk estuvo de cuerpo presente en el cuarto de estar, Riet vino todos los días. Llegaba por la mañana temprano y se iba a su casa ya por la noche. Como Henk se había ahogado, hubo que cerrar pronto el féretro. La noche del 19 al 20 de abril bajó la temperatura y las dos ventanas correderas estaban entornadas. Madre y Riet estuvieron sentadas en la cocina todo el santo día sin hacer nada. De vez en cuando se pasaba alguien, sobre todo los abuelos, los tres que aún quedaban vivos en 1967. Padre y yo nos evitábamos y procurábamos entrar lo menos posible. Era insoportable estar dentro de casa. Las dos mujeres pasaban la mayor parte del tiempo en silencio, sentadas en la cocina; Henk yacía en el frío cuarto de estar y, por las noches, yo no podía dormir porque tenía miedo de empezar a olerle. Dos días después del accidente me fui a Ámsterdam en bicicleta para asistir a un par de clases. En el viaje de ida estuve mucho tiempo en el punto más alto del puente Schellingwouder, con la mirada clavada en las esclusas Oranje. Recuerdo muy bien que el día 19 tenía una clase de lingüística histórica porque, cuando llegué a casa, madre me dijo que Henk había muerto. He olvidado por completo qué clases tuve antes y después de esa fecha. En el trayecto de regreso volví a quedarme mucho tiempo en el punto más elevado del puente Schellingwouder, pero ahora mirando hacia el Buiten–IJ, la zona abierta del río, aplazando el momento en que debía retomar el pedaleo. El puente celebraba ese año su segundo lustro de existencia. Presentí que me aguardaba el olvido: padre y madre eran los progenitores, Riet la futura esposa y yo sólo era el hermano.

Desde aquel día, casi todas mis excursiones se dirigen al Norte; lo más al Sur que me aventuro es al pueblo.

Tras el entierro, Riet seguía tiritando, aterida durante días por el agua helada del lago IJssel y el sentimiento de culpa. Los asistentes al sepelio ya se habían ido y estábamos los cuatro sentados en la cocina; Riet, en el lugar de Henk, con la luz de la ventana lateral a su espalda. Padre levantaba la taza de café vacía y agitaba la cucharilla a un lado y a otro, con la mirada clavada en el

tablero de la mesa. Madre se levantó y le sirvió café en silencio. Henk también solía hacerlo, daba golpecitos con la cucharilla en la taza, pero él lo hacía mientras me miraba sonriendo y le daba las gracias a madre cuando ésta le servía. Vi cómo Riet miraba a padre, que removía la nata de la leche en su café. Después me miró a mí. En sus ojos percibí algo del desenfreno con que me había mirado la noche en que conoció a Henk. No recuerdo si hablamos. Ella sólo hablaba con madre. Fue una semana de silencio.

Puede que trabajara en algo, pero lo he olvidado. Al cabo de tres días seguía viniendo a casa, era como si no supiera cuál debía ser su comportamiento en lo sucesivo. Llegó a contagiar a madre. Iban juntas a pasear, a menudo al molino Bosman, como si supieran que ése había sido un lugar importante para Henk. Comía con nosotros, que era lo más lógico. En cualquier caso, para madre y para mí. No para padre. Esa noche, si no recuerdo mal debió de ser el 26 de abril, estaba comiendo adusto y en silencio, como era habitual en él, y poco después de meterse un tenedor lleno de patatas en la boca se dirigió a Riet; fue casi lo único que había hablado con ella durante esa semana de silencio.

—Quiero que te vayas y que no vuelvas a aparecer nunca más por aquí.

Ella dejó el cuchillo y el tenedor —era la única que comía con cuchillo y tenedor— bien colocados junto al plato medio vacío, echó la silla hacia atrás y se levantó. «De acuerdo», dijo tranquila, como si ya se lo hubiera estado esperando. Se dirigió al pasillo, se puso el abrigo y salió por la puerta principal. Madre empezó a llorar. Yo me levanté y me acerqué a la ventana delantera. La vi girar por la carretera en su bicicleta. Así conservo a Riet en la memoria: la espalda ligeramente inclinada (tenía el viento en contra), el cabello rubio ondulándose al viento y recorriendo la estrecha y vacía carretera que iba vaciándose cada vez más conforme se acercaba al dique. Desapareció, igual que en noviembre la luz roja trasera, tras el marco de la ventana.

Padre no había terminado todavía.

—Y tú ya puedes ir olvidándote de eso de Ámsterdam.

Me convertí en el hijo predilecto de padre. Madre seguía llorando.

Lunes azules

Arnon Grunberg[16]

Tina

Eran las cuatro y sabía que mi madre hacía un par de horas que no había comido nada y que, por lo tanto, yo tampoco podría comer nada, pero yo tenía hambre. Y sabía que iría a visitarla esta tarde y nos contaríamos otra vez lo esclavos que habíamos sido en Egipto, y las diez plagas saldrían a escena, y cantaríamos esa canción, por qué esta tarde era distinta que todas las otras tardes. Dios, no me sentía bien cuando pensaba en ello. Por eso me pedí otra cerveza. Estaba sentado junto al polaco y esta noche estaría de nuevo solo con mi madre, porque no vendrían invitados. Había invitado a un montón de personas, pero nadie quería ir, y por último me había llamado a mí.

–No me dejarás sola en la noche de *seider*, ¿eh?

–No –dije–, no te dejaré sola.

–¿Cuál es la sopa del día? –oí preguntar a una mujer.

–No tenemos sopa del día, sólo tenemos sopa del año.

Leo se dio la vuelta y dijo:

–En esta cafetería tienen la sopa del siglo.

–La sopa del siglo es sopa de máscara de gas –dije yo–, ¿tenéis también en esta cafetería sopa de máscara de gas?

Cuando no has estado haciendo nada en todo el día, se dicen tales cosas. Además nadie me escuchaba, por eso venía aquí cada día. Para estar entre personas con una boca y dos orejas. Según el polaco cada vez era más raro ver a personas con una boca y dos orejas. «Ya casi nunca se ven», decía, «sólo en las ferias».

---

[16] Arnon Grunberg(1971). Prolífico escritor de novelas, ensayos y otros géneros literarios. Además colabora como columnista con diversos periódicos. En 1994, con su novela *Lunes azules*, obtuvo el premio neerlandés al debut literario. En 2000 lo ganó nuevamente con una novela escrita bajo el heterónimo Marek van der Jagt. En 2009 ganó el premio Constantijn Huyghes por la totalidad de su obra literaria.

Finalmente tomé la bicicleta para ir a casa de mi madre. Estaba enferma. Encima eso. Tosía y carraspeaba. De vez en cuando gritaba: «¡Me quedo sin aire!». Eso lo gritaba desde que yo la conocía.

Fuimos a sentarnos a la mesa. Ella señaló la silla giratoria negra. «Hace dos años tu padre estaba todavía allí sentado», dijo. Me daba asco esa clase de sentimentalismo. Por eso dije: «No estaba sentado allí, estaba colgado, y toda la comida se le salía de la boca, todo su cuerpo se vaciaba por todos los agujeros que tenía».

«No seas tan cínico», dijo ella, «no me gusta».

No dije nada cínico, dije la verdad. Es una lástima que la verdad con frecuencia suene tan cínica, por eso es mejor mentir. Al menos si quieres que la gente te encuentre simpático.

Hicimos todo lo que se debía hacer esa noche. Mojamos rábanos en agua salada, mezclamos *maror* con *charosseth*, hablamos acerca del pan de la humillación que habían comido nuestros antepasados y cantamos la canción del mar que huía y de las montañas que se estremecían como carneritos y las colinas como corderitos. Temblaban ante Dios, que transformaba la roca en un lago y el guijarro en un manantial. Después cantamos que el año siguiente estaríamos en Jerusalén. También bebimos los cuatro vasos de vino de rigor, pero mi madre no podía beber. Estaba otra vez tomando pastillas para dormir. Por eso bebí yo en su lugar. Eso no fue ningún problema.

A eso de las doce me fui a casa. La besé y le dije que debía seguir sana y contenta. «¿Cómo podría hacerlo?», preguntó, pero yo tampoco supe darle una respuesta.

A la mañana siguiente tenía que madrugar porque iba a cargar otra vez libros por un par de billetes. También gano dinero alguna vez haciendo informes de lectura, pero al estar mi cabeza igual que una piedra sobre la que se bailaba, ya hacía algún tiempo que no había leído nada, así que tenía que cargar. Alguna vez también le pido limosna a mi madre, pero para ser sinceros prefiero cargar hasta caerme muerto.

Cuando todos los libros estaban de nuevo en el almacén, me comía un trozo de tarta y después compraba el periódico *De Telegraaf*. Tardaba una buena media hora en leer todos los anuncios. Había muchos. Al principio no sabía cuál debía elegir. Finalmente elegí a la mujer guapa y cariñosa que recibía en privado. Guapa, cariñosa y privada, me pareció lo mejor. Marqué el número. A veces digo cuando hablo por teléfono: «Perdón, ya no oigo tan

bien, ¿puede hablar más fuerte?». Eso lo hago para parecer mayor. Esta vez también lo hice. Dio resultado. Pregunté que cuáles eran sus tarifas. Cien florines por hora. No estaba nada mal. Me esperaba que fuera mucho más. Había sacado trescientos florines del banco, eso era todo lo que tenía. Pregunté si podía concertar una cita para esta tarde. Podía. A las cinco, porque a las seis termina la jornada laboral. Colgué, pero había olvidado preguntarle la dirección. Así que tuve que volver a llamar, me moría de vergüenza. Era en la Brederodestraat. Ni siquiera sabía dónde estaba la Brederodestraat. Entonces tuve que ir a mi vendedor de periódicos para comprar un plano de Ámsterdam. Afortunadamente la Brederodestraat no estaba muy lejos, al otro lado del parque Vondel. Me duché, me limpié los dientes a conciencia y me puse medias limpias y un calzoncillo nuevo. Tener un aspecto un poco decente y que no te huela el aliento. Eso era lo mínimo que podías hacer. Bebí todavía un par de vasos de vino pero entonces tenía que irme realmente ya.

Primero fui caminando por el parque Vondel. Eso resultó aún bastante bien. Salí al principio de la Brederodestraat. El número se acercaba cada vez más. Lo mejor hubiera sido seguir andando sin más, como todas esas personas que en ese momento andaban por la Brederodestraat. Me dije a mí mismo: «Sé un hombre». Eso no me lo había dicho nunca a mí mismo, así que también eso aprendí.

Llamé al timbre. Un lienzo negro colgaba ante las ventanas en lugar de cortinas, pero por lo demás parecía una casa normal. Ella abrió, y no supe si era cariñosa, todavía no podía decir nada al respecto, pero comprobé ciertamente que no era guapa. Todo excepto guapa. Mis padres tuvieron una asistenta que se llamaba señora Kanon. Con frecuencia me tiraba de los pelos y luego decía: «¡Qué rizos tan bonitos tienes, ay si yo tuviera esos rizos, boy!». Me llamaba siempre «boy», y era tan vieja que ahora está en una residencia de ancianos.

Llegamos a una especie de sala de espera de un veterinario. En cualquier caso, a eso se parecía. Era un pequeño vestíbulo con un teléfono e incluso un pequeño ordenador. Quise abrir la primera puerta que vi.

—¡Alto, alto! —dijo ella—, yo sé mejor adónde tenemos que ir.

—Sí, claro —dije yo—, perdón.

Entramos en una habitación, y allí todo era azul. Azul claro, una cama con sábanas azules, un lavabo azul, visillos azules, lo

único un sofá negro y una planta verde, pero quizá fuera de plástico.

–Soy Tina –dijo ella.

Me presenté y me preguntó qué quería beber. No tenía vino. Sólo agua con gas, Coca–Cola o té.

–Que sea un té –dije.

–Aquí trabajamos dos –dijo Tina–, ahora vendrá la otra chica a presentarse y así podrás elegir con quién quieres quedarte.

Me quedé solo en el sofá. En la pared colgaba una foto, pero la luz era demasiado azul para ver lo que había en esa foto. De una pequeña percha colgaban dos batas y además había un *cassette* del que salía música. Era la música que ponen en las cafeterías donde hay demasiadas pocas personas y las que hay son tan viejas que están demasiado sordas como para poder escucharla.

Entonces entró la otra chica. Era más fea aún que Tina, si cabía, y en mi opinión sólo le faltaba un par de meses para poderse comprar un abono de transportes para la tercera edad. Me levanté, le di la mano.

–Arnon Grunberg –dije–, ¿qué tal?

–Nunca digas tu apellido –me siseó como si le hubiera hecho una propuesta disparatada.

–No me lo tome a mal –dije. Entonces volvió a marcharse.

En la habitación reinaban temperaturas tropicales. No me quedó más remedio, tuve que quitarme el abrigo. Me senté encima de él. Pensé: Antes de que te des cuenta se lo llevan, la pela es la pela. Tina regresó.

–Me quedo con usted –dije, porque con ella al menos podía conservar mi apellido y eso era algo muy valioso para mí.

Se sentó a mi lado en el sofá. Los dos bebimos té. Empezó a hacerse agradable.

–¿Has estado ya alguna vez en una casa como ésta? –preguntó.

–Hace mucho tiempo –dije yo–, en el extranjero, hace tanto que ya no sé cuáles son las normas.

–No debemos hablar de normas, todo va saliendo por sí solo.

Se acercaba. Se me vino a la cabeza ese verso de Gottfried Benn: «*Ein schöner Gedanke, zwischen den Beinen, eines Mädchen zu liegen*»[17]. De repente ya no comprendía por qué me había parecido tan bonito ese verso.

[17] Alemán: *Un bello pensamiento, yacer entre las piernas de una muchacha*. (N. del T.)

–¿Hace usted esto todos los días? –pregunté por fin, cuando estaba sentada tan cerca de mí que su pierna tocaba la mía–. Si cree que hago preguntas molestas debe decírmelo.

–No, no –dijo ella–, lo hago todos los días, pero en realidad sólo soy telefonista y portera y vigilante, pero después de las cinco se va una chica, y entonces de vez en cuando la sustituyo una horita.

–¡Ajá! –dije yo.

–¿En qué trabajas tú?

–Soy corresponsal del periódico *Berliner Morgenpost* –dije.

–¡Vaya, ya entiendo!

–Es una lástima que no haya música de Jacques Brel, ¿no le parece?

–Jacques Brel me parece algo más para la vida íntima –dijo ella–, pero debes tutearme, cuando intimemos luego será más fácil si me tratas de «tú». Eres judío, ¿no?, si se puede preguntar.

–Por supuesto que se puede. Seguro que lo has notado por la nariz grande.

–No, más en tu manera de comportarte. Por lo demás, yo también soy judía, un octavo. Y ya puedes ver mi nariz.

Me mostró su nariz. Una nariz aguileña, en efecto. Tomé un último trago de té.

–Mi abuelo era judío –dijo ella.

–¡Vaya! –dije–, bueno, está muy bien.

–Es Pesach, ¿lo sabes?

–Sí –dije–, lo sé, es Pesach.

Miré a la foto de la pared y no podía ver lo que había en ella, después miré a la cama, sobre la que se encontraba esa toalla que era igual de azul que la sábana.

–Es costumbre que tramitemos ahora la parte financiera.

–Sí, naturalmente –dije. Busqué los cien florines en el bolsillo interior de mi abrigo.

–También tenemos que comer –dijo ella. Parecía como si se disculpara.

–Naturalmente, usted tiene que comer, yo tengo que comer, todos nosotros tenemos que comer.

–*Tú* –dijo ella–, debes tutearme. –Entonces salió para llevarse el dinero e intenté recordar el aspecto de Rosie cuando la vi desnuda por primera vez, pero no lo conseguí. Ella regresó.

–¿Has venido en coche? –preguntó.

–No tengo coche, he venido cruzando el parque Vondel.

Estábamos otra vez sentados juntos en el sofá. Ahora olía por primera vez su perfume, porque se había sentado muy cerca. Me acarició la pierna.

—¿Quieres que tome yo la iniciativa? —preguntó.

—Sí —dije yo—, toma la iniciativa.

—¿Qué es lo que más te gusta? —preguntó ella.

—Bueno —dije limpiándome la nariz con el reverso de la mano.

—¿Bueno?

—No quisiera desairarla, pero si fuera tan amable de chupármela me haría enormemente feliz.

—Di sin más lo que te gusta —dijo Tina—, ¿debo chupártela, no quieres que intimemos?

—No —dije—, hoy prefiero no intimar.

En realidad tampoco quería que me la chupara, no quería nada en absoluto, sólo quería seguir sentado en ese sofá y charlar un poco hasta que la hora se hubiera terminado, pero no me atrevía a decirlo.

—Vamos a denudarnos.

—Sí, hagámoslo.

Se desnudó muy rápido, pero yo también me desnudé bastante rápido. Estaba sorprendido porque no sentí el rubor que la mayoría de las veces siento cuando me desnudo mientras hay otras personas presentes. Allí estábamos, a los pies de la cama y hubo un momento de silencio y por fin pregunté:

—¿Tiene usted animales domésticos?

—Ahora vamos a lavarnos —dijo ella.

Miré su vientre arrugado y sus pechos que colgaban hacia abajo como flores marchitas y fui tras ella hacia el lavabo. Se lavó con la manopla azul. El sexo y las nalgas también. No prometía nada bueno. Quise coger la otra manopla para lavarme, pero ella dijo: «No, no, ya lo hago yo».

La dejé otra vez.

—Esto es agradable —dije—, no me lavaban desde que tenía siete años.

—Pero espero que en todo ese tiempo te habrás duchado alguna vez.

—Sí, claro, pero me refiero a que siempre me lavaba yo solo.

Me lavó muy concienzudamente, igual que mi madre antes.

—También te tienes que lavar las manos —dijo tomándome la mano izquierda y echando jabón líquido encima, y esa música desafinada seguía sonando.

—Acuéstate —dijo ella.

Me acosté en la cama, la cabeza sobre la almohada azul, y en seguida me pregunté cuántas cabezas habrían descansado sobre esa almohada.

–¿No quieres quitarte las gafas? –preguntó.

–Me las dejaré puestas.

–Quieres verlo todo, ¿eh?

–Sí –dije–, quiero verlo todo –pero en realidad pensaba: si me las quito las pierdo–. Lo único que te pediría es que no me las quites de un bofetón –propuse.

–¡Qué ideas más raras tienes de nosotras! –dijo Tina dijo mientras me frotaba el vientre. Me vino a la memoria mi médico de cabecera, que también me frotaba a menudo así el vientre y que tenía las manos igual de frías que Tina–. Hay un prejuicio general que dice que odiamos a los hombres, pero yo en realidad no los odio.

Sí que la creía, que no odiaba a los hombres, en cualquier caso no más que yo.

Ahora daba golpecitos con su índice sobre mi pija, como si quisiera quitarle el polvo. Yo estaba tumbado con las manos debajo de la cabeza y hablaba sin parar mientras miraba al techo, como si allí fuera a aparecer un ángel que gritaría: «¡Suelta el cuchillo, Abraham!»

–¿Te hace cosquillas? –preguntó.

–Sí –dije–, me hace un poco de cosquillas.

–Mi abuelo nunca regresó –contó ella.

Ahora estaba ocupada con mi pene. Lo amasaba, y también amasaba mis huevos. Yo dije:

–Lo siento, es un fastidio enorme –y pensé que todo era mucho más fácil de lo que había supuesto. Tumbarte sencillamente, charlar sencillamente como cuando charlas con cualquiera, mirar un poquito al techo, como miras en cualquier parte al techo.

–Ponte bocabajo –dijo ella, porque seguía sin tener una erección. No me avergonzaba, pero me parecía desconsolador.

–Voy a darte un buen masaje, ¿te parece bien?

–Sí, es buena idea.

Así que me puse bocabajo y ella se sentó sobre mí, parecía, y me dio un masaje con una loción para el cuerpo que olía un poco a Dreft. Cuando estaba concentrada en mis hombros me apretó con la cara en la almohada azul y percibí más olores indeterminados.

–¿Practicas mucho el judaísmo? –preguntó Tina.

–Bueno, bastante, ¿y tú?

—Antes sí, pero ahora ya nada en absoluto. Durante un tiempo fui muy activa.

Ahora estaba dándome masajes en el cuello y me preguntaba si estaba a gusto. No me parecía nada especial.

—Está bien —dije.

—¿Crees que los palestinos deberían tener un Estado propio?

—Por mí pueden darles treinta y cinco Estados —dije—, no lo sé, la política no me interesa mucho.

Pude ponerme de nuevo bocarriba. Me besó la cara. Eso no lo había esperado, que fueran a besarme en la cara. Luego empezó a chuparme los pezones. Yo seguía mirando al techo y a la foto, y notaba que la toalla había cambiado de lugar, de manera que ahora estaba tumbado sobre la sábana en la que, naturalmente, había estado todo el mundo tumbado, y me pregunté cada cuánto tiempo lavarían esa sábana. Aún estaba enfrascada con mis pezones.

—¿Te gusta? —preguntaba. Yo no me atrevía a decir que no, porque ya había dicho «no» un par de veces a este tipo de preguntas, y «mejor no».

—Fabuloso —dije y oí cantar a ese raro Jackson *Heal the World*, y me vino de repente a la cabeza ese hombre en esa cafetería, porque a él le parecía realmente una canción alucinante.

—Randy Newman, es bueno —dije.

Sí —dijo ella—, Randy Newman es bueno. Pero no debes hablar tanto, no tienes que intentar razonar todo.

—No soy nada si no hablo.

—Relájate —dijo ella—, relájate.

Era una orden, pero uno no se puede relajar por una orden. Yo al menos no.

Entonces se puso a jugar con mi pija hasta que estuvo dura. Lo hacía de manera muy profesional, porque yo no hubiera pensado que conseguiría sacarme una erección en este siglo, y entonces lo hizo, ¡hala!, el condón encima. Después hizo como si me la chupara, pero tenía puestas la gafas, así que pude verlo todo. Lo único que hacía era masturbarme un poco.

Por suerte había también una buena canción en esa cinta de ella, y también lo dije, pero ella dijo: «Tranquilo, tranquilo, ya hablas mucho menos».

Sentía el olor de mis propios sobacos, porque estaba así tumbado, con las manos debajo de la cabeza sobre la almohada azul.

Tina no era fea, en cualquier caso no sería fea si trabajara en un salón de té. Entonces habría sido diferente. Ahora lo que le pasaba simplemente es que no era nada apetitosa, y probablemente

yo tampoco sería nada apetitoso para ella. Ya llevaba un cuarto de hora masturbándome. No había ocurrido nada. Ya no pensaba en nada, quizá entre tanto un poco en Randy Newman, porque tenía una canción suya metida en la cabeza.

Al final me miró.

–¿Has estado alguna vez con una mujer?

–Sí –dije.

–¿Qué número hago yo? –preguntó riendo. Yo dije:

–Exactamente la vigésimo segunda.

Era la segunda, intenté pensar en la otra, pero tampoco lo logré. Pensé que Tina tenía que haber sido, en efecto, la vigésimo segunda, o la última, o la noventa y ocho, pero no la segunda. Preguntó si quizá no sería mejor poder intimar. Se podía.

–¡Qué bien! –dijo ella.

¿Por qué tenía ella que decir ese tipo de cosas, si nadie se lo había pedido?

–Debes hacer lo que quieras –dije.

–Tú –dijo ella–, se trata de lo que tú quieras.

–Yo no sé muy bien lo que quiero.

Se sentó encima de mí. Me llevó hacia dentro, pero había poca diferencia entre dentro y fuera.

–¿Perdiste tú también a muchas personas en la guerra? –preguntó.

–A nadie –dije yo–, yo soy de después de la guerra.

–Yo sólo a mi abuelo.

Entonces empezó a moverse arriba y abajo y vi saltar esos pechos suyos por todos lados como flores en una tormenta otoñal, y su vientre con las doce papadas, que rozaba con mi vientre, como la carne en la carnicería.

Volvió a pararse muy rápido y luego se quedó sentada sobre mí sin más.

–Ahora tienes que tumbarte tú encima de mí.

Lo hice. Pero si hubiera dicho que tenía que colgarme en el armario también lo habría hecho. Porque ahora tenía claro que no debía tomarme el asunto a la tremenda.

Me agarró la pija y la empujó de nuevo en su interior. Sólo se sentía calor y un poco de humedad. De hecho como en toda la habitación.

Observé su cara, y ahora olía su perfume mejor que hacía un momento.

–¡Sigue! –gritó de repente–, ¡ay sigue, ay sigue, ay sigue!

Yo hubiera querido decir: «Cállese, por favor, no necesito sonido», pero no me atreví, porque para ella seguro que tampoco era agradable gritar todo el rato: «Sigue, sigue», y menos aún si te pones a pensar que debía gritarlo desde las diez de la mañana. En el reloj que estaba junto al sofá vi que ya eran las seis y cinco, y de pronto me invadió la sensación de que no me dejaría marchar hasta que no me hubiese acabado. Probablemente le tocaba demasiado el honor. Aunque tuviera que continuar hasta las siete. Por eso miré a la pared, y le tomé la cabeza, los rizos, una permanente de esas que ya estaba medio enjuagada, y le clavé las uñas en la cabeza y la apreté contra mi pecho y olí veinticinco peluquerías a la vez. Miraba a la pared, pero tampoco allí apareció ningún ángel. Pensaba en Rosie, en Rosie estaba pensando y entonces cerré los ojos y seguí pensando en Rosie. Después acabé. Entonces dejó finalmente de gritar: «¡Sigue, ay sigue!».

–¿Sabes cuál es la canción que más me gusta de Randy Newman? –dije–, *every body knows my name, but it's just a crazy game, it's lonely at the top*.

–Ahora tienes que quitarte de encima –dijo ella–, pesas demasiado.

Me tumbé a su lado.

–Podrás decir muchas cosas de mí, que tengo pelos de chucho o que tengo la nariz grande, pero no que peso demasiado.

Ella se rió, yo quería vestirme de nuevo, pero ella dijo:

–No, no, espera un poco, tengo que lavarte todavía, no dejaré que te vayas sucio.

–¡Vaya servicio!

Me quitó el condón y me lavó por segunda vez. Confiaba en que hubiera agarrado la manopla correcta. Vi que la toalla se había caído de la cama, pero afortunadamente la luz era tan azul que la sábana era casi invisible.

Me vestí.

–¿Te parece bien que no me vista, que me quede en bata? –me preguntó.

Yo asentí con la cabeza. Estaba sentada a mi lado con la bata azul y me puse el jersey.

–A mí no me gusta nada en absoluto Randy Newman –dijo ella.

–¿No? Pero acabas de decir que te gustaba mucho.

–Eso fue hace un momento.

Le miré otra vez la cara que ahora me desagradaba mucho menos que nada más entrar aquí.

–¿Puedo ponerme los zapatos aquí o me los pongo mejor afuera en la escalerilla?

–¿Qué imagen tienes de nosotras?

–Esa imagen no la tengo sólo de ustedes, esa imagen la tengo de todo el mundo. Por otro lado, aquí hace un calor horrible, ¿sabes?

–Seguro que es por mí.

Creí que estaba haciendo un chiste, pero en su cara vi que lo decía en serio. O que quería que yo pensara que lo decía en serio. Por eso dije: «Sí, Tina, es por ti».

Y le puse la mano en la pierna, pero noté que ahora ya no le gustaba que le pusiera la mano en la pierna. Por eso la retiré rápidamente.

–¿Tienes un pañuelo para las gafas? –sí que lo tenía–. ¡Vaya servicio! –dije otra vez–, el Hilton no puede emularlo.

Prometí traerle un ramo de flores esta semana. Entonces nos levantamos. Miré la planta, la cama, la pared.

–¿Qué vas a cenar esta noche? –pregunté.

–En casa de mi madre. Endivias. ¿Y tú?

–Voy a celebrar el seideravond. También en casa de mi madre. Y luego tengo que ir a casa de una familia con cuatro hijas.

Tina dijo:

–Bueno, ahora celebrarás mucho más tranquilo el seideravond.

–Sí –dije–, mucho más tranquilo.

Le di un beso en la mano. Fuimos a la puerta y miré si podía ver en algún sitio a la otra chica, pero probablemente ya se habría ido a casa.

–¡Adiós! –dije, y me llevé la mano a la cabeza, como hacen los soldados.

–Realmente estás un poco loco –dijo ella.

Le di otro beso en la mano, y ahora que no llevaba tacones era más baja que yo, y dije:

–Adiós, Tina, fue un encuentro especial.

–Has nacido en el tiempo equivocado –dijo ella–, deberías ir por la calle con un sombrero cilíndrico.

–Todos hemos nacido en el tiempo equivocado –dije yo.

–¿Volverás otra vez? –preguntó.

–Sí –dije–, con mucho gusto, *bleibgesund, bis hundertzwanzig, Gut Jom Tov*[18], y un Pesach limpio.

---

[18] Alemán: *Conserva la salud hasta los ciento veinte años, Buen Jom Tov*. (N. del T.)

Entonces volví a caminar por la calle con un regusto a jabón en la boca. A todas las mujeres que me encontraba me hubiera gustado preguntarles: «¿Cuánto cuestas?». Ése era otro tópico, pero era cierto. No fui a casa, aunque tenía ganas de ducharme. Fui a la cafetería donde pedí tres cervezas blancas. Naturalmente, el polaco estaba de nuevo allí y junto a él había un hombre con una barriga cervecera echando un discurso, pero el polaco hacía como si no oyera nada, y por eso yo le odiaba. Esa chica estaba también allí, la que siempre decía el polaco que se parecía a Renée Soutendijk, pero en mi opinión no se parecía a nadie.

—¿Has metido la cabeza en el aerosol del ambientador para inodoros? —preguntó el polaco.

—No —dije yo.

—¿Entonces qué has hecho?

También a esa chica me hubiera gustado preguntarle cuáles eran sus tarifas. Las ganas de hacer ese tipo de preguntas eran menores que hacía diez minutos y dentro de diez minutos serían aún menores. Me hubiera gustado decirle que Tina era bastante más barata que la comida en Zelanda del Sur, pero igual de cara que el caviar. Y que era Pesach. Y que en Pesach no se puede beber nada de cerveza. No me atreví a decirlo, aunque no podía recordar que antes en mi vida hubiera tenido tantas ganas de hablar como ahora. Sabía que ese tipo de cosas a quien mejor podía decírselas era a Tina, porque le importaban un pimiento, y porque no saldría huyendo antes de que se hubiera terminado la hora.

—No hablas mucho, ¿eh? —dijo el borracho que estaba frente al polaco.

—Usted.

—Usted no habla mucho, ¿eh?, ¿quieres que me vaya, queréis que me vaya?

—Escucha —dije—, cuando estaba en la escuela primaria había una canción que tocaban muy a menudo en aquella época. He olvidado la melodía, sólo me sé la letra. Es así. *Qué vamos a beber durante siete días seguidos, qué vamos a beber qué sed, hay suficiente para todos, así que bebamos juntos durante siete días seguidos, sí bebamos juntos no solos.* ¿Podrías cantarme esa canción?

—No —dijo el polaco—, la conozco, pero no sé cantar, no tengo voz.

—Aquí nadie sabe cantar —dijo el borracho.

El regusto a jabón disminuía ahora en mi boca, y aumentaba el regusto a limón y cerveza vieja. Dentro de un poco más de hora y media empezaría la segunda seideravond. Aún quería ducharme.

Se me ocurrió que probablemente Tina no habría tenido ningún abuelo judío. Sencillamente era muy buena persona. Eso era todo. Si hubiera ido a visitarla un americano, habría dicho naturalmente que su marido había muerto en combate en Vietnam, y a un neerlandés le habría explicado que su abuelo había caído en la Grebbeberg, y para un alemán habría sido Estalingrado. Probablemente tampoco era del todo verdad su opinión de que yo tendría que haber nacido en otro tiempo. Simplemente decía lo que yo quería oír, porque así eran todas las Tinas en este mundo. Pedí otra cerveza blanca para eliminar de mi boca los últimos restos de sabor a jabón.

El hecho de que hubiera pensado en Rosie era exactamente algo así. Todos los hombres que se habían tumbado en esa almohada azul había pensado naturalmente en sus Rosies. Todos pensaban como yo, que eran distintos a todos los demás. Después de todo ellos eran mucho más corteses, no trataban a Tina como a una puta, le prometían flores incluso y le besaban la mano, y Tina no hablaba a ninguno de sus clientes como a ellos. Igual que yo, todos iban naturalmente a mear en el parque Vondel y después a sentarse en una cafetería y creían que eran los únicos, justo igual que yo lo creía, el único que era diferente, diferente a todos los demás puteros. Ahora, en esta cafetería, me preguntaba cómo se podía ser en realidad cortés con alguien con quien te lo podías hacer por cien florines.

Ahora que había estado con Tina me parecía menos difícil. Te tomabas un par de copas y te decías a ti mismo: «Sé un hombre». Eso era todo. Entonces probablemente tampoco sería difícil matar a alguien de un disparo, porque era naturalmente lo mismo. O cortar a alguien en pedacitos, o saltar desde el Okura. Era sencillamente una cuestión de un par de copas y decirte a ti mismo: «Sé un hombre».

Compré flores para mi madre, y volvimos a hacer todo lo que habíamos hecho ayer por la noche. Después de cenar tuve que ir a casa de la familia con cuatro hijas. con la mayor, Deborah, había estado en la misma clase en el Vossius, hacía mucho tiempo. Entonces aún estaba enamorado de ella, y sus padres me ponían el disco de Randy Newman. Esta noche pregunté si podía oír ese disco, pero no lo encontraron.

Ya habían acabado de cenar cuando llegué. Apenas tenían invitados. Tuve que sentarme al lado de una hermana de Deborah. Tenía dos hermanas: Zotka y Nitka. En realidad no se llamaban así. Así las llamaba yo en secreto. Yo estaba sentado junto a Zotka. Me miraba todo el tiempo, pero yo no le respondía la mirada.

Después de un rato pregunté si podía ir a tumbarme en el sofá, porque estaba muy cansado. Dije. Hice como si durmiera, y les oí susurrar bajito si me parecía bonito, el seideravond. Me parecía muy bonito, me parecía terriblemente bonito.

Pensé en Rosie. Que estaba bien. También que no me había vuelto a escribir nunca, y que ya no la vería más. Todo estaba bien, y ahora sabía también que ya no la llamaría porque no tenía nada que decirle.

Dondequiera que nos citáramos la vería sólo con una bata azul. Y fuera lo que fuera lo que me dijera sólo le oiría decir: «¿Quieres que tome la iniciativa?». Y yo respondería: «Sí, toma la iniciativa».

Tonio

A. F. Th. van der Heijden[19]
Capítulo VII, El pantonionismo
(Apartados 1–5–6–8–9–10)

1

Su amor por las piedras surgió en Bruselas. A mediados de los años noventa, Myriam fue con Tonio a visitar a su amiga Lot, que vivía en esa ciudad. Allí el chico se enfrascó en la lectura de un libro del dueño de casa sobre minerales y piedras semipreciosas. Ya de regreso, pidió con insistencia que lo suscribiéramos a una revista para coleccionistas. En cada ciudad que visitábamos lograba sonsacarnos un puñado de piedras especiales. Pronto ya no tuvieron secretos para él. Desarrolló una memoria infalible para clases, colores y nombres.

Una vez me oyó hablando con Myriam sobre el diseño de la tapa de un libro, para la cual yo había imaginado un fondo azul

[19] Adrianus F. Th. van der Heijden (Geldrop, Países Bajos, 1951) es un representante de la generación literaria holandesa de posguerra. Tras su primer libro de cuentos *Una góndola en el Herengracht* (1978), publicó numerosas novelas , muchas de las cuales pertenecen a sus dos grandes ciclos: «El tiempo desdentado» y «Homo duplex». También ha escrito requiems. En mayo del 2010 Tonio, único hijo del escritor, muere a los 21 años en Ámsterdam, tras ser atropellado en su bicicleta. Esta *novela–requiem* es un logrado intento de mantener al joven con vida, al menos por un tiempo y ante cada lector. En poco más de 600 páginas el padre va en busca de los últimos días de su hijo, sus amigos, la chica que le interesó, utilizando también los apuntes tomados para completar el libro sobre su vida, prometido para sus 18 años y nunca redactado. El contraste entre el ambiente festivo de la final del Mundial de Fútbol de ese año– que finalmente Holanda pierde ante España– y el duelo de los padres es sólo uno de los motivos de este libro, que recibió los premios Libris y NS del público en 2012. Este laureado editor también recibió los premios Constantijn Huygens (2011) y P.C. Hooft (2013) por el conjunto de su obra.

noche que no podía encontrar en ningún muestrario de pinturería ni en ninguna otra parte. Tonio desapareció rumbo a su cuarto, regresó poco después con el puño cerrado y lo abrió delante de mí.

–¿Estabas pensando en esto?

Brillaba ante mis ojos una piedra del más lindo color azul. Quizás no fuera exactamente un azul noche, pero era más apropiado que el azul que yo buscaba. Tomé la piedra en mi mano.

–¿Qué es esto?

–¡Lapislázuli! –exclamó riendo–. Lapislázuli, por supuesto. Sólo lapislázuli.

Cada vez que repetía el nombre de la piedra, daba unos pasitos de baile triunfales. Lo dejé que me acompañara a la editorial, donde lo desenvolvió de una franela y lo mostró. Estaba con la cara radiante, muy atento a ver qué efecto causaba su piedra mágica en el editor y su personal.

–¡Lapislázuli! –exclamaba, riéndose a carcajadas–. Para el libro de Adri.

Por desgracia, no logramos imprimir ese color tan especial como tapa del libro. A cada prueba de imprenta que yo recibía, Tonio se presentaba con la piedra. Ni una se le parecía ni por asomo.

–¿Sabés qué? –terminó diciendo–. Muy fácil: le sacás un montón de fotos en color al lapislázuli, las recortás y después pegás todos los lapislázulis en el libro, uno al lado del otro.

Cuando reformamos el living, en el '97, hicimos empotrar dos vitrinas a ambos lados de la chimenea: una para la colección de máscaras venecianas de Myriam y otra para las piedras de Tonio. Conservaba las muestras más pequeñas sobre esponjitas de gomaespuma, colocadas a su vez en cajitas redondas de plástico transparente. Intercaladas entre ellas estaban los trozos de minerales más grandes, sobre estantes de vidrio. Tonio arrastraba a todas las visitas hasta *su* armario.

–Esa piedra azulada, Tonio, ¿cómo se llama?

–Sólo *parece* azul. Por la luz. Es gris. Una labradorita.

Y después nos miraba a Myriam o a mí moviendo la cabeza. Cómo podía la gente ser tan ignorante…

En una pequeña ciudad de Sicilia, Tonio –que parecía tener un radar para detectar piedras– encontró un negocito olvidado y polvoriento donde una viejita de negro, arrugada como una pasa, regentaba una vitrina con minerales y caballitos de mar petrificados. Mientras nosotros, instalados en la terraza de un

bar cercano, a la sombra, nos tomábamos un vino rosado casi tinto bien helado, Tonio curioseaba en el negocito. Cuando se acercaba a nuestra mesa con una nueva compra, ponía su carita más compungida: «También tienen un ágata. Una solita. No tan, tan cara».

Si entonces yo le daba algo más de plata, pegaba un grito de triunfo burlón. Consideraba cada regalo como una conquista sobre la reticencia pedagógica de sus padres. Los otros clientes de la terraza miraban divertidos cómo nos encargaba que le cuidáramos bien el botín que ya había conseguido juntar, para después volver a salir corriendo con un nuevo puñado de plata hábilmente embolsado, como si tuviera miedo de que otros compradores –que, naturalmente, no tenían la menor idea de piedras– le ganaran de mano.

A los diez minutos ya estaba otra vez con nosotros. La viejita había envuelto el ágata y le había puesto una cinta azul y todo, como hacían en las confiterías sicilianas con las masitas. Con dedos rápidos, Tonio rasgó el papel.

–¡Miren qué linda esta impresión en el manganeso…!

Hablaba como un artículo de su revista favorita, con voz grave.

–Esas nervaduras… y esto que ven acá es la impresión de una dendrita. Parece un arbolito de Navidad, ¿no, mamá?

Y tras una breve pausa, mirándome con desesperación culpable:

–La señora también me mostró un par de jaspes. Son los últimos. Tiene rojos y verdes. Me parece que no son muy, muy baratos…

–La plata se terminó.

–Sí, claro, lo entiendo, pero…

Hoy iremos con Myriam a comprarle una piedra a Tonio. La última de su colección, con inscripción incluida.

5

El camino de vuelta por Osdorp, con monoblocks desparramados como si a alguien se le hubiera caído una pila de cajas de zapatos. Por la Avenida Plesman, en dirección al mundo animado. Myriam me señala de nuevo la torre del hospital de Slotervaart.

–¿Vamos?

Y como yo aparento tomármelo en broma:

–Lo digo en serio. Para tu libro.

–Otro día; para el libro ya tengo bastante con la marmolería.

Mientras pasamos en coche por delante del hospital, no aparto mi vista de la torre. Allí, en alguno de los pisos altos, lo vi nacer. Dominar toda Ámsterdam desde esa altura mientras me convertía en padre: ¡qué sensación majestuosa me provocaba! La tentación de asomarme a la ventana con la criatura aún sin lavar para mostrarla al mundo, y viceversa… No me animé.

Acabo de ver la lápida. Justo debajo de la parte superior, redondeada, va a ir su retrato. Así, desde algo menos de un metro de altura, va a tener vista a un canterito de grava, apenas más largo que lo que él mismo medía.

–No sé cómo explicarlo –dice Myriam–, pero me da cada vez más la sensación de que Tonio... en fin… de que vive en mí. De forma permanente.

–En ambos –le digo–. Y nosotros, con Tonio dentro, desde Pentecostés vivimos de forma permanente en otro mundo. ¿Todavía no notificamos el cambio de domicilio? Es un mundo cuya existencia nunca habíamos sospechado. Mirá la marmolería por ejemplo… Estacionar en la puerta como si nada, entrar… no podríamos haberlo imaginado dos meses atrás. Otro mundo, otras puertas, otros interiores. Lo curioso es que nos comportamos como si fuera la cosa más natural del mundo… andar por ahí con una canasta colgada del brazo… eligiendo accesorios fúnebres para la tumba de Tonio… como en un supermercado de barrio. El camino de vuelta al mundo anterior a Pentecostés está bloqueado para siempre. Así es como se conocen lugares nuevos…

Ya dejamos atrás el hospital de Slotervaart. Echo una última mirada a la fea torre. Uno o dos días después del nacimiento de Tonio: estoy allí con mi madre, y Myriam aparece detrás del vidrio con el bebé en brazos, en camisón y con cara cansada, pero con una gran sonrisa.

–¡Ah, mirá qué bien lo hiciste! –dice mi madre, y luego, tapándose la boca con la mano–: ¡Uy, pero qué estoy diciendo!

6

La semana pasada la llamaron a Myriam los Hermanos Lieftink para avisar que la piedra había sido colocada. Solo les faltaba un

poco de grava para terminar de rellenar el cantero. Lo arreglarían lo antes posible.

Myriam empezó a llamar enseguida a toda la familia intentando fijar una fecha que les viniera bien a todos para visitar la tumba juntos, ya que no habría acto de colocación de la lápida. Al abuelo Natan le pareció extraño que no la hubieran colocado en presencia de los deudos, al tratarse –según él– de una tradición generalmente aceptada. Pero por supuesto que nos acompañaría con gusto a la tumba, también para ver cincelado en piedra su apellido, en peligro de extinción.

Mi suegro, mi hermana, mi hermano con su mujer e hijo: todos podían el lunes doce de julio, al día siguiente de la final de fútbol. Mi suegra, que el día del entierro había indicado con tanta vehemencia que no estaba dispuesta ni siquiera a estrecharle la mano a su ex marido, ya nos acompañaría al cementerio de Buitenveldert en otra ocasión. Aun así, habría que ver si no condenaría de todas las formas posibles la presencia del apellido ROTENSTREICH en la lápida. El trato con ella requería una incesante diplomacia, que la mayoría de las veces fallaba.

8

Podía seguir tratando de convencerme de que el resultado de la final me era indiferente, pero no podía dejar de ser sensible a la atmósfera de desánimo que quedó flotando en el living en respuesta a la desilusión. Pensé que la muchedumbre congregada en la plaza de los Museos se desconcentraría con un fuerte clamor de protesta, como preludio a múltiples desórdenes que se propagarían por la ciudad, por ejemplo cerca del consulado de España o en diversas agencias de viaje ibéricas. Agucé los oídos, pero abajo, en la calle, no resonaban los rezongos de oleadas de transeúntes. Las vuvuzelas callaban.

Me vino la imagen de una multitud inmóvil, silenciosa y estupefacta que permanecía en masa en la plaza de los Museos.

–Me voy a dar una vuelta.

Por las tranquilas calles del barrio Sur, sin embargo, manadas enteras de ganado naranja se apresuraban para llegar a sus casas: mudas, abatidas, arrastrando sus suelas susurrantes y ceceosas. En esa penumbra anónima, que había borrado nuestra identidad nacional, sí me animaba a deambular por las calles despreocupa-

damente. Fui avanzando en forma lenta contra la corriente hasta la esquina. El interior del café Welling, donde ya habían desconectado la televisión, tenía un aspecto tan apagado que semejaba la vuelta del entierro de uno de sus parroquianos. Afuera había un grupito fumando en silencio.

La plaza de los Museos presentaba todo el aspecto de un basural del Tercer Mundo, donde los indigentes hacen escarbar a su prole en busca de desperdicios aprovechables. Sólo que en general esos montones de mugre no se iluminan en la noche con focos de luz y pantallas gigantes (ya sin imagen). La gran plaza estaba casi totalmente abandonada. Una alfombra irregular y centelleante de basura –latas de cerveza, botellas de agua, abundante plástico celeste, cajas de bebidas, prendas de ropa anaranjada– sustraía a la vista el césped pisoteado. Sin darme cuenta, alcé la mirada rastreando el cielo en busca de buitres. Vi únicamente gaviotas tirándose en picada.

Dos cartoneros aficionados, de unos diez años, estaban recolectando vuvuzelas desechadas, quizás con la esperanza de ganarse unos pesos vendiéndolas durante el homenaje a los jugadores, dos días más tarde. Atreviéndose con la saliva ajena, eran lo suficientemente vivos como para probarlas antes, intentando extraerles ese sonido lúgubre y sordo.

El ruido de latas aplastadas y plásticos astillados por plantas de pies no había desaparecido por completo: grupitos dispersos de hinchas abandonaban el terreno con la cabeza gacha. Les pesaba mucho haber perdido, pese a que cuatro años más tarde tendrían la oportunidad de tomarse la revancha. A mí no me afectaba. Lo que sí me perturbaba era el decorado de la derrota: eso, y los niños recolectores, evocaban mi propia pérdida. Por lo visto, la falta de Tonio se dejaba intensificar de varias maneras, mediante una variedad de elementos.

9

Hoy, doce de julio, íbamos a agregar el nuevo ejemplar a la colección de piedras de Tonio. No en su vitrina del living; para eso era demasiado voluminosa. Este ejemplar de piedra azul belga se expondría a la intemperie, en el cementerio de Buitenveldert. Me habría gustado incorporarle un pequeño fragmento de lapislázu-

li, la favorita de Tonio, pero como eso le planteaba un problema a la marmolería, lo dejamos.

El servicio de limpieza municipal ya había empezado durante la noche a remover la basura de la plaza. Cuando a primera hora de la mañana bajé con cautela para dar mi caminata matinal, todavía estaban limpiando: todo para proveer de una base limpia al homenaje del día siguiente, para poder extender una nueva alfombra de basura. Derrotados o no: el vocerío debía continuar. La municipalidad ya había decidido incluso que también se hiciera el paseo triunfal en barco por los canales. Se esperaba trocar así la derrota en victoria por medio de algún tipo de transmutación alquímica: Hágase venir en tren a la capital a un millón de provincianos ataviados de color naranja. Hágaselos escoltar al barco de los jugadores de puente en puente y de muelle en muelle. Así, entre cornetazos y humaredas anaranjadas, con un estruendo la derrota se transforma por sí sola en un triunfo. Al nuevo intendente de Ámsterdam le vino de perlas: su toma de posesión del cargo fue validada ya en la primera semana con dos fiestas naranjas. Cuando los desmanes se vestían de los colores patrios, se volvían aceptables.

10

«Suponte que perdieras a tu mujer o a tu hijo, ¿seguirías escribiendo?»

Si alguien me hubiera hecho esa pregunta antes del domingo de Pentecostés de 2010, le habría dado la siguiente respuesta: «¡Claro que no! Ambos son mis musas. Tonio, una musa masculina. Escribo en primer lugar para ellos. Dejando a un lado la pregunta de si escribir aún tendría sentido, ya ni siquiera sería capaz de hacerlo.»

Desde fines de mayo, justamente Tonio me mantiene atado a la escritura: todos los días, de diez y media de la mañana a cinco de la tarde, sin pausa para almorzar. Se trata más de un ritual compulsivo que del ejercicio voluntario de mi oficio. Escribir para él y sobre él es la mejor manera de acercarme lo más posible a Tonio –a quien era y al ausente que ahora es– y de hablar y callar con él. De este modo lo mantengo vivo, y espero que más adelante, cuando la tarea haya concluido, este réquiem, en diálogo con el lector, pueda mantenerlo aún con vida por un tiempo.

Pero, ¿y cómo seguir después? Desde luego que puedo decir: es mi forma de ganarme la vida, y dado que hemos decidido seguir viviendo… Es evidente que no puede ser únicamente una manera de ganarse el sustento; de lo contrario, habría elegido otra profesión, con un resultado un poco más tangible al final del día.

La pregunta es más que nada: ¿sobre qué escribir de ahora en más? Mi tema actual es una especie de milagro negro azabache que se atravesó en mi camino. Algo único, ya que gracias a Dios no tengo más hijos que sean sangre de mi sangre y puedan ser ofrendados a la muerte. Parecería eclipsar cualquier otro tema que pudiera aparecer después.

Tal vez simplemente deba aguardar a ver qué sucede. El vacío estéril o…

Ante la terrible falta de Tonio, no encuentro otra respuesta que no sea escribir sobre ella, para descubrir al cabo de un tiempo que tampoco la escritura puede ser una respuesta, porque no se ha planteado ninguna pregunta. Hace que la pérdida sea aún más aterradora: que no contenga ninguna pregunta, sólo un signo de exclamación como una estalactita de hielo extremadamente lacerante.

Se puede invertir el asunto y preguntarle a la pérdida, pero ésta tampoco da respuestas.

La cena

Herman Koch[20]

2

El restaurante nos queda bastante cerca de casa, de modo que fuimos andando. Pasamos por delante del bar en el que yo no había querido encontrarme con Serge. Llevaba el brazo alrededor de la cintura de mi esposa, y ella, la mano por debajo de mi americana. En la fachada del bar resplandecía el cálido letrero luminoso rojo y blanco de la cerveza que servían en el interior.

—Llegamos pronto —comenté—. O mejor dicho, si vamos ahora al restaurante, llegaremos puntuales.

Debo dejar de llamarla «mi esposa». Se llama Claire. Sus padres le pusieron Marie Claire, pero de mayor se negó a llamarse igual que una revista. A veces la llamo Marie para incordiarla, pero casi nunca me refiero a ella como «mi esposa», sólo muy de cuando en cuando, en ocasiones formales, en frases como: «En este momento mi esposa no puede ponerse al teléfono» o «Pues mi esposa está segura de haber reservado una habitación con vistas al mar».

En veladas como ésa, Claire y yo valoramos mucho los momentos en que aún estamos solos. Es como si todavía todo fuese posible, como si lo de haber quedado para cenar fuese una simple confusión y en realidad sólo hubiésemos salido a dar una vuelta nosotros dos. Si tuviese que dar una definición de la felicidad, diría lo siguiente: la felicidad se basta a sí misma, no necesita testigos. «Todas las familias felices se parecen entre sí, pero cada familia desdichada ofrece un carácter peculiar», reza la primera frase de *Ana Karenina* de Tolstói. Sólo me atrevería a añadir que

[20] Herman Koch (Arnhem, 1953) actor y autor de novelas y columnas residente en España. También publica bajo el pseudónimo MennoVoorhof. Su novela más conocida, *La cena*, está inspirada en el asesinato de una mujer sin techo en Barcelona en diciembre de 2005. En 2009 ganó el premio NS Publieksprijs.

las familias desdichadas, y sobre todo los matrimonios desdichados, nunca pueden estar solos. Cuantos más testigos tengan, mejor. La desdicha busca siempre compañía. La desdicha no soporta el silencio, sobre todo los silencios incómodos que se producen cuando se está a solas.

Así pues, Claire y yo nos sonreímos en el bar cuando nos trajeron las cervezas, a sabiendas de que nos esperaba una larga velada en compañía del matrimonio Lohman, de que ése era el mejor momento de la noche y que, a partir de entonces, las cosas sólo podrían ir a peor.

No me apetecía cenar en un restaurante. Nunca me apetece. Una cita en los próximos días es la antesala del infierno; la noche en cuestión, el infierno mismo. Empieza ya de buena mañana delante del espejo con el «¿qué me pongo?» y el «¿me afeito o no?». A fin de cuentas, todo eso dice mucho de uno, unos vaqueros salpicados de rotos y manchas como una camisa bien planchada. Si vas con barba de un día es que has sido demasiado perezoso para afeitarte, con barba de dos días te preguntan infaliblemente si la susodicha barba de dos días forma parte de tu nueva imagen, y con barba de tres días estás a un paso de la degradación total. «¿Va todo bien? ¿No estarás enfermo?» Hagas lo que hagas, no eres libre. Afeitarse también es una declaración: salta a la vista que la cena te parece tan importante que te has tomado incluso la molestia de afeitarte, piensan los demás. En realidad, si te afeitas es como si ya te hubiesen metido el primer gol.

Además, en ocasiones como ésta, siempre tengo a Claire para recordarme que no se trata de una velada cualquiera. Claire es más lista que yo. No lo digo como una reflexión feminista barata ni para caer bien a las mujeres. Jamás me oirán afirmar que las mujeres «en general» son más listas que los hombres, o más sensibles e intuitivas, o que «aprovechan todas las oportunidades que les brinda la vida» ni otras sandeces por el estilo que, dicho sea de paso, se oyen más en boca de hombres presuntamente sensibles que de las propias mujeres.

Claire es, sencillamente, más lista que yo, y para ser sincero, añadiré que me costó algún tiempo admitirlo. Es cierto que ya durante los primeros años de nuestra relación me parecía inteligente, pero le atribuía una inteligencia normal; el grado de inteligencia que cabría esperar en la mujer que saliera conmigo. Al fin y al cabo, yo no habría aguantado ni un mes con una tonta, ¿no? El caso es que Claire resultó tan inteligente que, al cabo

de un mes, seguía con ella. Y ahora, casi veinte años después, también.

Bien, quedamos pues en que Claire es más lista que yo, pero en ocasiones como ésta siempre me pide mi opinión sobre lo que debe ponerse, qué pendientes le sientan mejor, si se recoge el pelo o no. Los pendientes son para las mujeres lo que el afeitado para los hombres: cuanto más grandes sean, más importante y festiva es la noche. Claire tiene unos pendientes para cada ocasión. Algunos dirán que tanta inseguridad sobre el atuendo no es signo de inteligencia, pero yo sostengo todo lo contrario. Es justamente la tonta la que cree que puede arreglárselas sola. «¿Qué sabrá un hombre de esas cosas?», pensaría la tonta, y, acto seguido, erraría la elección.

Alguna vez he intentado imaginarme si Babette le pregunta alguna vez a Serge Lohman si le parece bien el vestido que se ha puesto. Si no lleva el pelo demasiado largo, o qué le parecen los zapatos. ¿No son algo bajos? ¿O, al contrario, tienen demasiado tacón?

Pero en esa imagen hay algo que falla, algo que no cuadra. «No; vas bien así», le oigo decir a Serge con aire ausente, sin poner los cinco sentidos. En realidad, le interesa bien poco y, además, aunque su mujer llevara el vestido inadecuado, los hombres se volverían a mirarla igualmente. A ella todo le sienta bien. ¿de qué se queja?

No era un bar de diseño ni se veían tipos a la última; Michel diría que no molaba. La inmensa mayoría eran personas corrientes. Ni muy mayores ni muy jóvenes, había un poco de todo, pero básicamente gente corriente. Como debería ser en todos los bares.

Estaba lleno. Claire y yo estábamos junto a la puerta del servicio de caballeros, pegados el uno al otro. Ella tenía la cerveza en una mano y con los dedos de la otra me pellizcaba suavemente la muñeca.

–No sé –dijo–, pero últimamente me da la impresión de que Michel está algo raro. Bueno, raro no. No está como siempre. Lo veo más reservado. ¿No te parece?

Michel es nuestro hijo. La próxima semana cumple los dieciséis. No, no tenemos más hijos. No fue intencionado traer al mundo sólo uno, pero llegó un punto en que ya era tarde para tener otro.

–Ah, ¿sí? –repuse–. Es posible.

No debía mirar a Claire: nos conocíamos demasiado bien, los ojos me delatarían. Por eso fingí echarle un vistazo al local, como

si me fascinase ver a tantas personas corrientes enfrascadas en animadas conversaciones. Me alegraba de haberme mantenido en mis trece y haber quedado con los Lohman directamente en el restaurante; me imaginé a Serge entrando por la puerta batiente, con una sonrisa que animaría a la gente corriente a continuar con lo que estuvieran haciendo y a no prestarle mayor atención.

–¿A ti no te ha comentado nada? –preguntó Claire–. Quiero decir, contigo habla de cosas distintas que conmigo. ¿Tal vez se trate de alguna chica? ¿Algo que prefiera contártelo a ti?

Tuvimos que apartarnos un poco porque la puerta del servicio de caballeros se abrió, y nos quedamos más cerca el uno del otro. Noté cómo el vaso de Claire tintineaba contra el mío.

–¿Se trata de alguna chica? –preguntó de nuevo.

Ojalá fuese eso, pensé sin poder evitarlo. Cosas de chicas. Sería maravilloso, maravillosamente normal, los típicos líos de adolescentes. «¿Puede quedarse Chantal / Merel / Roos a dormir esta noche?» «¿Lo saben en su casa? Si a los padres de Chantal / Merel / Roos les parece bien, por nosotros no hay problema. Siempre y cuando pienses en… tengas cuidado de… bueno, ya me entiendes, supongo que no necesito explicarte nada, ¿eh, Michel?»

En casa no faltaban las chicas, a cuál más guapa. Las encontraba sentadas en el sofá o a la mesa de la cocina, y me saludaban educadamente al verme llegar. «¿Cómo está usted, señor?» «No me llames señor, y tampoco me trates de usted.» Y por una sola vez me tuteaban y me llamaban «Paul», pues a los dos días volvían como si nada al «señor» y al «usted».

A veces hablaba con alguna de ellas por teléfono y mientras le preguntaba si quería dejar algún recado para Michel, cerraba los ojos e intentaba poner rostro a aquella voz (rara vez decían su nombre, iban directamente al grano: ¿Está Michel?). «No, no hace falta, señor. Es que tiene el móvil apagado y por eso lo he llamado a casa.»

Una sola vez tuve la impresión, al entrar en casa, de que pillaba a Michel y a Chantal / Merel / Roos haciendo algo; de que no estaban viendo *The Fabulous Life* en la MTV tan inocentemente como parecía, de que momentos antes estaban besándose y al oírme llegar se habían compuesto la ropa y arreglado el pelo rápidamente. Algo en el rubor de las mejillas de Michel, un acaloramiento, pensé entre mí.

Pero, para ser franco, no estaba seguro. Quizá no pasaba nada y todas aquellas chicas guapas sólo veían en mi hijo a un buen amigo, un chico simpático y razonablemente guapo, alguien con el

que podían ir a cualquier fiesta, un muchacho en quien se podía confiar porque no era de los que sólo piensan en eso.

–No, no creo que se trate de un chica –repuse mientras miraba a Claire a los ojos. Ése es el lado inquietante de la felicidad, que todo es como un libro abierto. Si seguía esquivando su mirada, ella sabría que había algo, ya fuese una chica o algo peor–. Me parece que tiene que ver con los estudios –añadí–. Esta semana ha tenido que entregar un montón de trabajos, yo diría que está cansado, nada más. Creo que había subestimado un poco lo duro que es el cuarto curso.

¿Sonaba creíble? Y sobre todo, ¿resultaba yo creíble? Los ojos de Claire se movieron rápidamente de mi ojo izquierdo al derecho, luego acercó la mano al cuello de mi camisa, como para corregir algún desaliño y así evitarme hacer el ridículo en el restaurante.

Sonrió y me plantó la mano en el pecho con los dedos separados; sentí dos yemas en la piel, justo a la altura del primer botón de la camisa, que llevaba abierto.

–Tal vez sea eso –dijo–. Es sólo que deberíamos tener cuidado de que no llegue un momento en que ya no nos cuente nada. Me refiero a que debemos estar atentos a no acostumbrarnos a eso.

–No, claro que no, pero a esta edad ya tiene derecho a algún secreto. No podemos pretender que nos lo cuente todo, quizá entonces se cierre en banda.

La miré a los ojos. Mi esposa, pensé. ¿Por qué no habría de llamarla así? Mi esposa. Le rodeé el talle con el brazo y la estreché contra mí. Aunque sólo fuera por esa noche. Mi esposa y yo, me dije. Mi esposa y yo desearíamos ver la carta de vinos.

–¿De qué te ríes? –me preguntó Claire. Mi esposa.

Miré nuestros vasos. El mío estaba vacío, ella sólo se había bebido una cuarta parte. Mi esposa bebía más despacio que yo, y ésa era otra de las razones por las que la amaba, quizás esa noche más que ninguna otra.

–Nada –dije–. Pensaba… pensaba en nosotros.

Sucedió muy rápido: miré a Claire, mi esposa, probablemente con una mirada de afecto, o al menos algo pícara, y al instante noté un velo húmedo en los ojos.

Claire no debía notar nada raro bajo ningún concepto, así que oculté el rostro en su cabello. La abracé con más fuerza y aspiré: champú. Champú y algo más, algo cálido: el olor de la felicidad, pensé.

¿Cómo habría sido esa noche si apenas una hora antes yo me hubiese quedado abajo esperando el momento de irnos al restaurante, en vez de subir la escalera y entrar en el cuarto de Michel?

¿Cómo habría sido el resto de nuestras vidas?

El aroma de felicidad que aspiraba en el cabello de mi esposa, ¿habría olido siempre a felicidad y no, como ahora, al recuerdo de un pasado lejano, a algo que sabes que puedes perder en cualquier momento?

Sed

Esther Gerritsen[21]

Es la primera vez en la vida que Elisabeth se encuentra de improviso con su hija. Acaba de salir de la farmacia en Overtoom, y está a punto de cruzarse a la parada del tranvía, cuando la ve acercarse en bicicleta por el otro lado de la calle. La hija también la ve. Elisabeth se detiene. La hija deja de pedalear pero todavía no frena. Todo el Overtoom las separa, dos bicisendas, dos carriles de autos y dos vías de tranvía. Enseguida, Elisabeth sabe que deberá decirle a su hija que se está muriendo y se ríe como alguien que está a punto de contar un chiste.

A menudo no sabe qué decirle, pero esta vez tiene algo. De inmediato se da cuenta de que este tipo de noticias no deben transmitirse con entusiasmo, y tal vez tampoco sea este el momento.

Entre tanto, al cruzar la calle va pensando en el médico de cabecera, que no deja de preguntarle: «¿Tiene a alguien con quien hablarlo?» y en lo bueno que sería darle la respuesta correcta la próxima consulta. Pasa entre dos autos. La hija se detiene y se baja de la bicicleta.

Elisabeth agarra con fuerza la bolsa de plástico de la farmacia con los parches de morfina y el jarabe para la tos. La bolsa es la prueba de su enfermedad, como si las palabras por sí solas siempre fueran insuficientes, y así la bolsa también se convierte en la excusa. Porque de verdad no lo hubiera querido decir así, allí, tan fuera de lugar y en medio de la calle, pero la bolsa ya la había delatado ¿o no? Elisabeth además cruza la calle de repente, justo detrás de un tranvía que pasa, porque no está bien que su hija

[21] Esther Gerritsen (Nimega, 1972) estudió dramaturgia y ha escrito textos teatrales para diferentes compañías. En el año 2000 publicó su primer libro de cuentos y se convirtió en una de las nuevas promesas literarias de los Países Bajos. Hasta la fecha ha publicado ya cinco novelas, y algunas ya han sido traducidas al alemán, francés, húngaro y esloveno. *Dorst*/*Sed* es su último trabajo.

esté al otro lado y ella aquí. No está bien encontrarse a una hija de improviso.

Antes, la hija siempre estaba ahí, pero cuando dejó de estar, fue porque la propia Elisabeth la había despachado a otra parte. Después hubo un régimen de visitas y en los últimos años no hubo demasiado, pero les quedaban los cumpleaños. Las reglas siempre estaban claras y ella se había acostumbrado a no pensar en la hija cuando la hija no estaba. Existía en momentos acordados. Pero ahora aparece ahí, en bicicleta, sin que hayan acordado nada, y por eso hay algo que no encaja y hay que resolverlo, cambiarlo, combinarlo, y ahora le queda la otra vía del tranvía, justo después del taxi, que le toca bocina y pasa tan cerca que le levanta el abrigo. Su hija sube la bicicleta a la vereda. El último carril está libre.

Elisabeth ve enseguida que la hija ha vuelto a engordar y se apura a decir:

–¿Te cortaste más el pelo? –porque teme que la hija, al verla, se dé cuenta de que está pensando en que está gorda. A Elisabeth le gusta hablar de sus peinados. Van al mismo peluquero.

–No –dice la hija.

–¿Tenés otro color?

–No.

–Seguís yendo al mismo peluquero, ¿no?

–Sí.

–Yo también –dice Elisabeth.

La hija asiente. Comienza a lloviznar.

«¿Adónde vas?», suena demasiado entrometido, y por eso añade:

–Pero ¿no vivías en el Este?

–Dentro de poco tendré que mudarme.

–¡Ah! –contesta Elisabeth– No sabía.

–¿Cómo ibas a saberlo?

–No sé…

–Yo acabo de enterarme.

–Claro, entonces no podía saberlo.

Empieza a llover un poco más fuerte–. Nos estamos mojando –dice Elisabeth.

Acto seguido, la hija se dispone a subir a la bicicleta y le dice:

–Nos llamamos, ¿dale?

–Mi monstruito –dice Elisabeth. Así la llamaba siempre su padre. Y sigue haciéndolo. Cuando lo dice él suena gracioso. La

hija se queda mirándola boquiabierta. Después mueve los labios. Andate, dice, sin emitir sonido. No es la intención que Elisabeth lo oiga y lo respeta; siente un nudo en el estómago, si bien no ha oído nada. El pelo corto de la hija está mojado y aplastado. Elisabeth piensa en toallas y quisiera secarla, pero la hija le vuelve la espalda, ya tiene un pie en el pedal.

Así que a Elisabeth no le queda más alternativa que decir: –¡No sabés!– Ya está. La hija se da vuelta.

–¿Qué cosa?

–Disculpá –dice–. Me expresé mal, no es una noticia agradable.

–¿Qué cosa?

–Pero no quiero que te preocupes demasiado.

Levanta lentamente la bolsita de plástico de la farmacia. Sostiene la bolsa con ambas manos, para que se vea bien el logo–. Debés estar pensando: «¿Qué hace que no está en el trabajo?»

La hija ignora la bolsa.

–¿Qué?

–Vengo de la farmacia.

–¿Y?

–Es por el médico, él me lo dice.

Baja la bolsa.

–¿Qué es lo que te dice el médico?

–Que si tengo alguien con quien hablarlo.

–¿De qué tenés que hablar, mamá?

–De que parece que me voy a morir. Pero todavía no sabemos cuándo. Pueden faltar meses.

–¿Cómo «a morir»?

–De cáncer.

–¿Cáncer?

–No es más que un término general que engloba muchas enfermedades, lo malo es que suena muy desagradable.

– Pero entonces ¿qué tenés?

–Bueno, es una historia muy larga, con muchos tecnicismos.

–¿Y?

–Empezó en los riñones, pero…

–¿Hace cuánto?

–Parece que hace años.

–No, te pregunto que hace cuánto lo sabés.

Elisabeth piensa en el peluquero, que fue el primero a quien se lo contó. Va casi todos los meses y la próxima cita es esta semana. Quiere decir que hace al menos…

–¿Hace cuánto, mamá?
–Vamos a terminar empapadas si seguimos acá.
–¿Hace cuánto?
–Estoy sacando la cuenta.
–¿Días? ¿Semanas?
–Dejame pensar.
–¿Meses?
–Mmm no, meses no.
–¡Por Dios!
La hija parece enojada.
–No te lo debería haber dicho, ¿no?
–Pero… ¿Y los médicos no están haciendo nada?
–Por ahora no.
–¿Van a hacer algo?
–Si encuentran algún tratamiento, sí.
–¿Y ya lo encontraron?
–Por ahora no.
–¿Entonces?
–Perdón –dice Elisabeth, tratando de esconder la bolsa–. No te lo debería haber dicho así. Nos estamos empapando.
–Eso de que tal vez te… ¿pero que todavía no es seguro?
–Con lo que tengo es poco probable que me quede mucho.
–¿Poco probable?
–Es probable.
–Dios.
–Nos llamamos, ¿dale? ¿Hablamos en estos días?

Y Elisabeth se apura a cruzar el Overtoom. Se resbala y cae en las primeras vías del tranvía, pero se levanta enseguida. Con la misma urgencia que tenía para alcanzar a su hija, con el mismo apuro, no, más rápido, ahora se aleja de ella. Los tranvías hacen sonar la campanilla y Elisabeth se acuerda de cómo la hija se puso a pintar su habitación de estudiante.

–Voy a ponerme a pintar y listo –había dicho–, cuando tenga ganas. No me pongo ropa vieja, ni cubro nada, porque si me pongo a pensar en todos los preparativos se me van a ir todas las ganas. Empiezo sin pensarlo mucho, y después, para ordenar todo y quitar las manchas, tardo lo mismo que en pintar.

Era exactamente lo que acababa de hacer Elisabeth. Había comenzado sin pensarlo, en el momento equivocado, en el lugar equivocado, con la ropa equivocada. Lo había hecho de una vez y ahora sólo le quedaba ordenar un poco y confiar en que des-

pués todo quedara mejor de lo que estaba antes de comenzar la tarea.

Sin mirar atrás, se dirige a la parada de tranvía y piensa en el peluquero, con quien las conversaciones nunca salen mal. Las palabras entre ella y el peluquero tintinean como monedas, son melodías rápidas y cortas.

–Me dieron los resultados.

–¿Ah sí?

–El dolor de espalda ese…

–Sí, me contaste.

–Es cáncer nomás.

–No te puedo creer.

–Se metió por todas partes.

–Qué terrible.

–Se ve clarito en las radiografías.

–¿Y ahora?

–Van a ver si pueden hacer algo.

–¿Y pueden?

–Van a ver.

–Ah. Van a ver.

–Sí.

–Nena.

–No le digas que te lo conté primero a vos.

–¿Todavía no lo sabe?

–No nos vemos muy seguido.

–No, claro.

–No más que vos.

–Le toca teñirse.

–¿Se tiñe?

–Se hace reflejos.

En la peluquería las palabras nunca están fuera de lugar. Cuando él le está secando el pelo hablan a los gritos. También las palabras que en otros lugares se dicen en voz baja, aquí se pueden decir fuerte, por encima del ruido del secador.

El peluquero, gritando:

–¡La señora del primero está muy mal!

Elisabeth pregunta:

–¿Qué le pasó?

El peluquero responde:

–Un derrame, creo.

Elisabeth:

–¿Habla raro?

El peluquero apaga el secador e imita a la vecina.

A veces hay un cliente esperando, un hombre leyendo una revista. El peluquero sabe muy bien que está oyendo toda la conversación, pero no le importa. El peluquero no habla con los clientes que no está atendiendo. A Elisabeth le incomoda la presencia del testigo mudo. Alguien que parece estar siempre ahí. Alguien que finge no oír nada, pero cuya existencia hace que las cosas estén fuera de lugar.

Mountain bike

Jan van Mersbergen[22]

1

Es el tercer día que estoy trabajando acá y todavía no me sirvieron café ni nada. Es típico de la zona Sur. Todavía se lo oigo decir a mi hermano, que lleva tres semanas haciendo lo mismo en Ilpendam, y ahí que no se te ocurra llevar un termo de café propio. Esa gente empieza el día tomando café, a mediodía siguen, y a la tarde le dan una lata de cerveza bien fría.

Acá no te dan nada.

Es una calle muy linda y muy ancha, con bastante movimiento (pero bien), y la casa es hermosa. Dieciséis marcos de ventanas y puertas, contando la ventana del altillo. Si viene el flaco de los andamios, la semana que viene podré hacer el piso de arriba, pero por ahora empecemos por la carpintería de la planta baja.

Un trabajo de mierda. Lijar es una porquería, y pintar tres cuartos de lo mismo. Para mi hermano es muy fácil, no sabe hacer otra cosa, y tampoco quiere hacer otra cosa. Lijar, pintar.

El primer día en realidad todo lo que hicimos fue venir a mirar y hablar con la gente, y ayer solamente le di un lugar a todas mis cosas y lijé las ventanas del contrafrente. Enorme jardín. Las reposeras son más caras que todos los muebles de mi casa juntos, incluida la cama nueva. El parque parece una cancha de fútbol. Wembley. Dice mi hermano que seguro que tienen una persona para cuidarlo. Para mí que tienen por lo menos dos.

Me queda la carpintería del frente y esta tarde las ventanitas al lado de la puerta principal. Calculo que en total voy a estar acá dos semanas. Mínimo. Mi hermano me dijo siete días, pero a ellos

[22] Jan van Mersbergen (Gorinchem, 1971) se mudó a Ámsterdam a los 19 años y debutó como novelista en 2001. Ha sido nominado varias veces a importantes premios literarios holandeses. Algunas de sus obras han sido traducidas al alemán, francés, inglés y turco. Su última novela está siendo traducida al español y al catalán.

les habló de dos semanas. A ella en realidad, porque el marido no está nunca. Dice mi hermano que la mujer antes salía por televisión, y que él trabaja en un banco. Acá y también en Londres. Gastan guita a lo loco, pero café nunca me sirvieron.

Primero esa ventana, y después ir avanzando desde la esquina hasta la otra esquina. Todo sistemático, dice mi hermano, para saber por dónde vas y qué estás haciendo. Si hasta para lijar hay que ser sistemático...

Le pongo un papel de lija nuevo a la máquina, voy al galpón a buscar el alargue ¡y a sacar polvo!

No hace diez minutos que empecé, se me acerca un tipo. Lleva puesto un chaleco llamativo: blanco, muy holgado, desabrochado. En las manos tiene una bicicleta, sosteniendo el manubrio con las dos manos, como si lo necesitara para apoyarse. Está muy flaco, también la cara.

En el camino de entrada a la casa se para, justo al lado de mi camioneta.

¿Qué buscás? le pregunto.

El tipo mira a su alrededor y luego baja la vista a la bicicleta. Me dice algo. No alcanzo a entenderlo y me llevo una mano al oído.

De nuevo me dice algo.

Apago la lijadora y me pregunta: ¿La querés?

¿Qué cosa? le digo, aunque ya me di cuenta de que me quiere vender la bicicleta.

Estoy trabajando, le digo.

Vuelve a mirar a su alrededor. Luego da unos pasos hacia mí con la bicicleta y me dice: Está buena.

En efecto, parece una buena bicicleta, una *mountain bike*. Robusta. Tiene tres coronas adelante y siete piñones atrás. Veintiún cambios. Son muchos. En el manubrio tiene como unas palancas para cambiar la velocidad. El manubrio es recto. Tiene partes medio oxidadas, pero es una bicicleta fuerte.

Es una bici muy buena, me dice.

¿Y esa rajadura en el asiento? le pregunto.

Si el asiento se moja, ese material absorbe el agua y se te moja el pantalón.

Lo tapás con una bolsita de plástico y ya está, me dice. Veinte euros.

No es mucho.

Estoy ahí parado con la lijadora en la mano. Me agacho para apoyarla en las baldosas. El cuadro de la bicicleta es violeta. En el pueblo la vendo por ciento cincuenta fácil.

Le digo: tiene buena pinta, pero no sé.

El tipo me dice: Si no, sigo mi ruta.

Y ahí lo veo. Se lo noto en la cara. Necesita dinero. No como los drogadictos, que necesitan dinero inmediato, sino más bien a más largo plazo.

Le digo: Te doy cincuenta.

Está demasiado sorprendido para asentir. Se me queda mirando con sus ojos hundidos.

Entonces le digo: Si me lijás esas ventanas.

Mira las ventanas del frente de la casa. Son tres y no demasiado grandes.

Cincuenta, me dice.

Sí, le digo.

Y de repente le parece un buen plan. Le advierto que la lijadora es vieja y que nadie le va a dar más de tres euros, y que el alargue también está podrido.

Así que quedamos en cincuenta, y mientras tanto me voy a probar la bicicleta.

2

Pedaleo hasta la esquina. No hace falta subir ni bajar el asiento, está a una altura perfecta. Los pedales tienen unos dientecitos de hierro que se me meten en las suelas de los zapatos de trabajo. La cadena está un poco oxidada y hace ruido, pero por lo demás anda bien. En el cruce me paro ante el semáforo en rojo. Una madre con un chico en una sillita colgada del manubrio me pasa por atrás. El chico lleva un casco para bicicletas. Una vez que terminan de pasar los autos y el semáforo se pone verde, cruzo. La superficie de la bicisenda es muy irregular, por las raíces de los árboles. Paso por la estación de servicio, veo que tiene un kiosko y me compro una botellita de agua. Con la botellita metida en el bolsillo de atrás del pantalón sigo mi camino, cruzo un puente, un barrio de casas altas, de cuatro pisos. En eso veo el soporte para botellas en el caño y meto ahí la botellita.

Otro cruce, tranvías, autos, ciclistas, un camión de una mueblería. Espero hasta poder seguir, tengo tiempo. No hace mucho calor, pero el aire está agradable, con vientito.

Opto por una calle larga y derecha con el mismo tipo de casas altas, en este caso con pequeños balcones en el frente. Barandas de hierro. En uno de los balcones hay un nenito. Me mira por entre los barrotes de la baranda, lo saludo levantando la mano.

Al final de todo, la calle termina en el Amstel. Tiene que ser el Amstel. Tengo el sol en la espalda, que se refleja en el agua y baña de luz las casas de la otra orilla. Pedaleo a contramano bordeando el agua. Esquivo a otros ciclistas, a un cartero, a un hombre de traje gris, dos colegialas con mochilas. Llego a un puente. El pavimento está levantado. Hay unos hombres de cuclillas entre los rieles, uno levanta una máscara protectora para soldar. Otro hombre con chalequito naranja mira si viene un tranvía.

Hay que trabajar.

Y yo en la bici.

Sigo pedaleando por la bicisenda hasta llegar a un parque con unos senderos angostos de asfalto. Tranquilidad absoluta. Sólo una mujer con un perro ovejero. Saliendo del parque tomo por un caminito que bordea las vías del tren. Veo una estación y grandes edificios cuadrados. Oficinas. Un canal de hormigón en el que nadan dos cisnes. No muy lindo este canal, no como los del centro. No estuve muchas veces, sólo aquella vez cuando le hicimos la despedida de soltero a mi hermano y otra vez con dos amigos que querían ir a un bar que se llama Bolle Jan. El canal este es feo, pero igual es el canal de esos cisnes. Nadan muy tranquilos, yo pedaleo muy tranquilo.

Siento el viento en el pelo, rozándome la cara. Quiero cerrar los ojos. Lo que dicen de andar en bicicleta, del viento y el aire y pedalear, todo eso es cierto.

¿El tipo ese realmente estará lijando?

Tendría que haberle mostrado la plata. Pasarle un billete de cincuenta delante de los ojos. Porque entonces trabajan. Seguro que lo hace, era buen tipo.

Llego a otro parque. Me siento en un banquito y me tomo un trago de agua. Tengo ganas de tomarme un café y también de fumarme un cigarrillo. No me traje nada, hace años que dejé. Pero igual tengo ganas. Espero a ver lo que pasa, miro los árboles, la gran superficie cubierta de césped. En eso se acerca un hombre que fuma, seguido de un perrito.

Le pregunto: Disculpe, ¿no tendría un cigarrillo?

Se lo pregunto así, de una.

Y me contesta: Sí, claro.

Le explico que no me traje los míos. Me dice: No importa, tengo para todo el día.

Me alcanza su atado de cigarrillos. Así de fácil. Le robo uno y me da fuego.

Muchas gracias.

No hay de qué.

Me siento otra vez en el banquito. Le doy una buena pitada al cigarrillo. El humo me llena los pulmones y enseguida siento un ligero mareo. Como si estuviera fumando un porro. Siento que las piernas se me aflojan. Tomo otro trago de agua, me hace sentir mejor. No me fumo todo el cigarrillo. Ya estoy sintiendo la garganta y los pulmones, y es una sensación agradable.

Apoyo los pies en la rueda trasera de la bicicleta. Quién iba a decir que fuera a pasar este día así. Que fuera posible.

Pero igual.

Agarro la bicicleta y atravieso el parque. A ver si encuentro el camino de vuelta. Tengo la sensación de haber pedaleado más o menos en círculo, pero eso en Ámsterdam nunca se sabe. Llego a un agua ancha bordeado de césped. Parece un canal para la navegación comercial. Cruzo un puente de hormigón y reconozco los edificios altos a mi izquierda. Tomar por esa calle, un cachito a la derecha hasta las vías del tranvía y ahí ya está la casa.

3

El tipo de la bicicleta no está. Mi hermano está sentado en la escalinata de la puerta de entrada. En sus manos sostiene la lijadora. El alargue está tirado delante de una de las ventanas. Me bajo de la bicicleta y me acerco a la casa. Me dice: ¿Dónde te habías metido?

Le digo: Salí a dar una vuelta en bicicleta.

Me putea. Una vuelta en bicicleta, repite.

No le contesto nada. Ya sé qué me va a decir: La puta madre, tenés un trabajo que hacer, llego acá y me encuentro con un tipo desconocido y vos no estás.

En efecto, eso es lo que me dice, usando casi las mismas palabras.

Me dice: Había un tipo.

Sí, le digo. Recién ahora veo su camioneta blanca. Está estacionada al lado de la casa, atrás de otro auto.

Lo saqué cagando, dice mi hermano.

¿Por qué? le quiero preguntar, pero no lo hago.

Mi hermano me dice: Estaba acá con una lata de cerveza y me dijo que iba a lijar. Hizo un pedacito, andá a mirar cómo quedó.

Me señala el frente de la casa. No miro. Le digo: ¿Ya se fue?

Sí, me contesta mi hermano. ¿Y sabés qué me dijo? Que te había vendido una bicicleta y que le debías plata. Quería que le diera plata.

Correcto, le digo.

Correcto, me dice mi hermano. Mirá, yo no le doy mi plata a nadie, y menos por esa catramina y menos todavía la plata por la que nos rompemos el lomo. Así que lo mandé a la mierda.

¿Y la bici?

Yo no sabía nada de una bici. Quería que le diera cincuenta euros. No se quería ir el boludo.

¿Y entonces?

Bueno, ahí fue cuando lo saqué cagando.

Sigo agarrando la bicicleta con las dos manos, apoyada en mi cadera.

Bueno, le digo.

Apoyo la bicicleta en la tapia, hago señas de que quiero que me pase la lijadora. Me la da. El papel de lija está casi nuevo, pero está usado. El asunto podría haber funcionado.

Sigo yo, le digo.

Me dice: Che.

Me paro. Mi hermano mayor, con su empresa, con sus estúpidos trabajos de pintura, con su lijar y pintar y lijar y pintar.

Me dice: no quiero venir acá y encontrarme con esto, que vos no estés, que un tipo me pida plata y me amenace con la lijadora y yo se la tenga que sacar de las manos a trompadas. ¿Qué es todo eso?

No le contesto. Pienso en la ciudad, en el río y en el sol en las casas. En sus techos y fachadas. Pienso en el parque. En el perro. Quiero fumar.

Entonces le digo: Pensé que venías a traerme café.

Me dice: Café, café. No quiero venir y encontrarme con esto. La puta madre, tener que ponerle la lijadora al cuello a ese tipo y sacarlo a patadas.

Me doy vuelta y camino hasta la última ventana. La madera justo encima de la repisa está lijada, de manera muy desprolija. En algunas partes del medio demasiado, en los bordes casi nada.

Mi hermano me vuelve a decir algo.

Meto el enchufe de la lijadora en el alargue y la enciendo.

La puta, le oigo decir a mi hermano por encima del ruido de la lijadora. Es lo que nos da de comer, me grita. Y vos te vas a dar una vuelta en bicicleta y dejás a cualquier imbécil que haga tu trabajo. Soy yo el que contrata a la gente. ¿Me oís? Soy yo el que decide quién trabaja para mí.

Le contesto: Por lo menos tengo la bicicleta.

¿Qué?

Le repito: Que tengo la bicicleta.

Se lo digo en un tono normal, la lijadora me tapa, pero mi hermano me oye igual y entonces apoyo la lijadora en la madera y siento cómo me vibra en la mano y en el brazo y también en la cabeza. Ya no me doy vuelta, sé que mi hermano camina hacia la camioneta y se va.

Cuando ya transcurrió bastante tiempo, aprieto nuevamente el botón anaranjado y me siento en una de las baldosas que forman un sendero en el jardín. Las baldosas están frías.

Es lo que nos da de comer, le digo.

Ahora me voy a comprar cigarrillos, y un encendedor.

El regreso de Lupe García (fragmento)

Carolina Trujillo[23]

A Lupe le vi las tetas cuando apenas eran unos bultitos puntiagudos. Nuestro primer verano juntos recién había empezado y nunca más me pude sacar los bultitos de la cabeza. En Holanda, decía ella, hacer topless era normal. Cuando El Toco, mi mejor amigo se enteró, se puso a los gritos. Peor fue cuando supo que Lupe además se cambiaba la ropa estando yo presente y que a veces andaba solo en bombacha por el fondo. Las niñas que conocíamos no hacían esas cosas, no si había varones cerca. Las únicas bombachas que veíamos estaban colgadas en los puestos de la feria.

Lo último que me quedaba por ver de Lupe era la parte entre sus piernas y cuando eso sucedió supe que era la mujer de mi vida.

Estábamos en la playa frente a mi casa, podría hasta señalar la roca. Ella llevaba unos pantalones cortos y tenía las piernas arrolladas y así nomás pude ver todo: una rosita como de jamón. Creo que nunca en mi vida se me había parado tanto, hasta me puse pálido.

—¿Vamos al agua? —me preguntó pero si yo me levantaba me iba a enterrar de pija en la arena. A esa edad uno vive las cosas así. Ella entró corriendo al mar.

En Holanda aprenden a nadar en la escuela. Es por la cantidad de canales que hay. Cada holandés corre un riesgo de ocho en

[23] Montevideo, 1970. Escritora de nacionalidad uruguaya–holandesa. Trujillo llegó a Holanda a la edad de seis años con su madre y su hermana, como refugiada política de la dictadura. Se recibió en la Academia de cine de guionista en 1996. En 2009 le fue otorgado el premio AKO por *El regreso de Lupe García*.

diez de caerse al agua algún día, en general, con bicicleta y todo. Se habían hecho estudios sobre el tema. Yo nunca dudé de lo que ella contaba. Le dije que acá también había mucha agua pero que nos ahogábamos nomás. Ella no lo podía creer.

Yo pensaba que mientras Lupe se acostaba en mi cama, aunque solo fuese para hablar, leer o dormir, no se metería en la de otro.

Cuando por primera vez besó a un man, uno que no era yo, lo pude soportar pero luego vino el man con el que por primera vez se acostó de verdad. Yo siempre era el primero al que ella le venía a contar. Mantuve la compostura como nunca pero aunque no me acuerdo de muchos nombres de gente de esa época, de ese, recuerdo el nombre y apellido. Durante años le vendí la marihuana más hongueada que encontraba en casa. A modo de consuelo Lupe me había dicho que con él las cosas eran diferentes que conmigo, como si yo eso no lo hubiera entendido.

—¿De qué hablan? —Nunca me arrepentí tanto de una pregunta.

—No hablamos, —respondió. Yo me dejaba enganchar a sus amigas, como un burro a un carro, una y otra vez, resistiéndome, pateando y hasta recibiendo golpes pero en general, entregado.

H2Olanda
Una introducción histórica:

Maarten Asscher[24]

Capítulo 2. El espejo de la ciudad

La masa de agua más pequeña de Holanda es el minúsculo charquito redondo que se forma en el inodoro; la más grande, el mar del Norte. La primera es de uso estrictamente privado, y la segunda nos pertenece a todos, lo que ciertamente no quiere decir que una sea más limpia que la otra. Entre estos dos extremos, en alguna parte a medio camino entre lo estrictamente privado y lo completamente colectivo, se encuentran las aguas públicas. En el campo holandés, estas están tradicionalmente representadas por la bomba de agua al lado de la iglesia local, los canales que separan los distintos campos de cultivo o el pequeño río que bordea un pueblo de provincia. Pero toda esa agua del medio rural pertenece más al entorno natural que al urbano. Las aguas públicas dotadas de mayor significado son las que encontramos en la ciudad.

Muchas ciudades holandesas pueden caracterizarse por la manera en que han asignado un lugar al agua. Los edificios, en principio, pueden construirse en cualquier sitio; las calles pueden desviarse de forma ilimitada, hasta quedar apenas reconocibles al compararlas con fotos antiguas, pero las aguas públicas de una ciudad marcan huellas históricas casi indelebles. Esto se observa muy bien, por ejemplo, en los canales rellenados que se en-

[24] Maarten Asscher (Alkmaar, 1957) estudió leyes, fue funcionario en la secretaría de Educación de Holanda y trabajó en el mundo editorial holandés. Es el actual director de la prestigiosa librería *Athenaeum* en el corazón de Amsterdam, y desde 1992 ha publicado varias colecciones de cuentos y de ensayos, como así también poesía y novela. Su obra ha sido traducido al alemán. En *H2olanda* el autor ofrece una serie de reflexiones sorprendentes y personales sobre la particular relación que el pueblo holandés mantiene con el agua.

cuentran en los cascos históricos de numerosas ciudades, como el Overdiep de Groninga, el Elandsgracht de Ámsterdam, el Laat de Alkmaar, el Levendaal de Leiden o el OudeGracht de Haarlem. A fin de mejorar la circulación vehicular y la higiene, en algún momento esos canales se cegaron, pero quien hoy los recorre a pie o en coche, sigue experimentando la innegable sensación de atravesar un canal, consciente de que antaño en ese lugar corría agua. Las hileras de casas todavía están enfrentadas como si siguiera fluyendo agua entre ellas, y uno se imagina las fachadas reflejadas en el agua, que ya no está.

A finales del siglo XIX y principios del XX, en Ámsterdam hizo estragos una verdadera «fiebre de rellenos», que condujo a la desaparición de decenas de canales y, por ende, incidió de manera considerable en la geografía original del centro histórico. Las protestas en contra, procedentes de vecinos indignados, culminaron en una prolongada lucha en torno al proyectado relleno del Reguliersgracht, que se extiende del Lijnbaansgracht hasta la plaza Thorbeckeplein. Al final pudieron salvar ese bello pequeño canal, que, al igual que el Leidsegracht y el Leliegracht, atraviesa el Keizersgracht para desembocar en el Herengracht, y la enérgica oposición a la inminente desaparición llevó a fundar *Ons Amsterdam* (Nuestra Ámsterdam), asociación que promueve el estudio y la conservación de la ciudad histórica.

Por lo visto, la gente aprecia la presencia del agua en la ciudad, incluso en un país como Holanda, donde el líquido elemento abunda en todas partes y donde la necesidad de poder refrescarse no supone un argumento de importancia, como en el caso de los estanques en los parques parisinos o de las fuentes en Roma. El agua da una luz especial, propaga una animación tranquilizadora y ofrece posibilidades de transporte y distracción. Tanto en Leiden como en Ámsterdam, viví varios años en distintos domicilios a orillas de sendos canales, en casas de las que guardo los mejores recuerdos, precisamente por el particular atractivo de poder contemplar el agua de día y de noche, y por el simple placer de poner una silla afuera en días bonitos para observar la vida en el agua y junto al agua.

Con su cuádruple cinturón de canales concéntricos en forma de herradura, Ámsterdam es la ciudad holandesa más característica donde se puede vivir de esa manera cerca del agua pública, conviviendo con ella. Ciudades tales como Haarlem, Dordrecht, Leiden, Utrecht, Delft y Alkmaar y poblaciones más pequeñas como Hoorn, Enkhuizen y Edam constituyen, por así decir, ver-

siones reducidas del sistema amsterdamés de construcción de canales en el siglo XVII y reproducen a escala menor –y por eso a veces con mayor encanto– un mismo ambiente. Del mismo modo que al desembarcar en la isla de Murano después de visitar Venecia, uno tiene la sensación de estar viendo una versión prematura, una especie de prototipo enternecedor de la gran ciudad, así Edam parece ser un modelo a escala de Ámsterdam, como si fuera un niño inocente al lado de su hermano grande, arrogante y viciado.

Todo esto, por cierto, no significa que los canales de Ámsterdam y de otros lugares se construyeran por razones estéticas. Fueron motivos más bien prácticos los que condujeron a que la ciudad, a partir de su núcleo medieval original junto a un dique construido en el río Amstel, se expandiera en todas direcciones en el siglo XVII –durante su mayor apogeo– mediante la construcción de canales con forma de círculos concéntricos cada vez más amplios. Después del Singel, a partir de 1612 se construyeron consecutivamente el Herengracht, el Keizersgracht y el más largo de todos: el Prinsengracht. En 1658 se realizó su prolongación hacia el Este, lo que los dotó de su característico aspecto de herradura. En un principio, esos motivos prácticos todavía tenían que ver con la defensa de la ciudad, pero más tarde sobre todo con la explosión demográfica debida al florecimiento económico, con el transporte de mercancías, la evacuación de desechos urbanos y el control de los niveles del agua. Esto último se manejaba por medio de un sofisticado sistema de esclusas, cuyos vestigios todavía pueden apreciarse en muchos sitios de la urbe.

A través de los años, he llegado a conocer muy bien varios tramos de los principales canales capitalinos, ya sea por vivir o trabajar allí o por frecuentar oficinas o casas de amigos. Para recordar el orden correcto (desde afuera hacia adentro) de los cuatro grandes canales concéntricos, al comienzo recurría al truco mnemotécnico que reza: «pocos kilómetros hasta el semáforo», cuyas iniciales coinciden con las de los nombres de los canales en cuestión[25]. No tardé en aprender que cada uno de dichos tramos conforma una especie de pequeño barrio con ambiente propio, a la vez que descubrí puntos fijos de referencia: una iglesia, un canal lateral, una calle comercial o una casa característica haciendo esquina. Con todo, la verdad es que incluso los amsterdameses de pura cepa algunas veces se equivocan. Esto se debe en parte a

[25] Prinsengracht, Keizersgracht, Herengracht y Singel.

que cada uno de los canales de la ciudad posee hileras de fachadas muy bellas y otras no tanto, unas caras y otras menos caras, algunas más altas y otras más bajas. Quien reside en la «Curva de Oro» del Herengracht (más o menos entre los números 400 y 500), tiene una casa –más bien un palacio urbano– muy distinto de quien vive en el primer tramo del Prinsengracht, donde se encuentran casitas del siglo XVII muy simpáticas, pero más modestas. Eso sí, ambos pueden decir con pleno derecho que viven a la orilla de un canal amsterdamés.

La tragedia del diseño urbano de Ámsterdam como ciudad acuática es que la construcción de la Estación Central, creación del gran arquitecto Pierre Cuypers ejecutada en los años 1881–1889, privó para siempre a la ciudad del libre acceso a su ribera más emblemática: la del Y. La realización de esta nueva gran obra estableció una conexión crucial entre la estación Willemspoort, al poniente del centro de la ciudad (en dirección de Haarlem), y la del Ferrocarril del Rin, situada en el sector sudoriental (en dirección de Utrecht). Pero para Ámsterdam, el Y constituía desde tiempos inmemoriales el enlace ribereño con el lago Yssel (el antiguo mar del Sur), y posteriormente, mediante el canal del mar del Norte –inaugurado en 1876– con el mar homónimo. Todo ese espacio abierto, esa amplitud grandiosa del agua y, con ello, una vista panorámica única de la ciudad antigua desde el agua, fueron sacrificados en aras de un sueño hecho de acero y vapor, muy en boga por aquel entonces: el tren.

Quien quiera imaginarse la Ámsterdam del siglo XVII, deberá empezar excavando mentalmente todos los antiguos canales y volver a llenarlos de agua (y, desde luego, borrar todos los coches aparcados o que circulan por allí) e imaginarse a continuación toda la parte septentrional del casco antiguo como un frente portuario, que se extendería desde la histórica puerta de Haarlem, a poniente, hasta el Museo de la Navegación, a levante. Allí se arribaba antaño en barco a la capital y se veían desde el agua las torres de las iglesias, las puertas de la ciudad y, destacando por encima de todo, los contornos del actual Palacio del Dam.

Al perderse aquella antigua perspectiva marítima de Ámsterdam, el casco viejo ha quedado encerrado en sí mismo. El término *grachtengordel* (cinturón de canales) ha adquirido, incluso, una connotación peyorativa en alusión a una camarilla cerrada compuesta por gente egocéntrica que con sus pretensiones culturales y materiales se considera por encima del resto de la ciudad e incluso de todo el país. Solo en la década de 1990 la

ciudad empezó a aprovechar las posibilidades urbanísticas que ofrecían las riberas septentrionales del Y, los antiguos muelles comerciales al este y al oeste de la Estación Central y las zonas industriales abandonadas adyacentes a ese brazo de mar. Donde antes se encontraban los antiguos astilleros, diques y almacenes, se construyeron barrios residenciales a un ritmo acelerado. Si bien es cierto que a lo largo de las vías del tren que separan el Y de la ciudad hoy en día hay conjuntos habitacionales y edificios de oficinas y que han hecho realidad proyectos culturales ambiciosos y de gran envergadura, como la sala de conciertos para música contemporánea (*Muziekgebouw*), la sede central de la Biblioteca Pública (OBA) –que cuenta con una superficie de más de 28.000 m^2– y un conservatorio, aún está por ver si volverá a latir algún día un corazón urbano en este sector de la ciudad, a pesar del cierre del acceso al agua mediante caminos y vías férreas.

Pese a las cuantiosas y reiteradas inversiones realizadas a lo largo del siglo pasado en las zonas portuarias ubicadas más hacia el este y norte de la ciudad, así como en las vías acuáticas que la conectan con el mar del Norte, Ámsterdam hace mucho que ha dejado de ser una verdadera ciudad marítima. A modo de ilustración: en la última década, varios concejales sucesivos de Asuntos Económicos han tenido que apechugar con una costosa terminal de contenedores aledaña al canal del mar del Norte, incapaz de atraer una clientela internacional entre los grandes transportadores marítimos. Las grúas de esta terminal, que se divisan desde lejos y desde cualquiera de los puntos cardinales, dan la impresión de ser un monumento a la terquedad con la que la ciudad se aferra a sus históricas aspiraciones portuarias. Un boletín de prensa de las autoridades municipales competentes, fechado el 20 de agosto de 2007, pone claramente de manifiesto el afán con que la capital holandesa pretende rivalizar con el puerto de Rotterdam, de proporciones muy superiores desde hace ya algún tiempo. En él se anuncia que, por desgracia, se ha detectado un error en el cálculo de las cifras semestrales referentes a los transbordos de mercancías realizados en 2006 y que su incremento no ha sido del 9,2%, sino tan solo del 1,8%. La verdad es que en el puerto de Rotterdam se transbordan casi cinco veces más mercancías que en Ámsterdam, Zaanstad, Beverwijk, Velsen y Ymuiden juntas. Una de las pocas actividades portuarias de las que le cabe presumir –con justa razón– en nuestros tiempos a Ámsterdam es de carácter exclusivamente turístico: la recepción de grandes cruceros. En 2007, atracaron en la capital holandesa

78 de estos barcos; en 2008, su número se incrementó a alrededor de 120, y en su conjunto transportaban a unos 200.000 turistas.[26]

En nuestros días, el agua de Ámsterdam se ha vuelto ante todo un asunto pintoresco, protagonizado por los barcos de excursión, las lanchitas privadas con cajas de cerveza a bordo en verano y los omnipresentes hidropedales, causantes de remojones a más de un turista, sea por la lluvia, sea por una maniobra torpe al esquivar un barco de excursión salido de la nada bajo un puente. Los eventos acuáticos más característicos de Ámsterdam incluyen el *Grachtenfestival* (Festival de los Canales), un festejo de música clásica que se realiza anualmente en las aguas del Prinsengracht y a lo largo del Y, el tradicional desfile anual de barcos del Orgullo Gay y la exhibición Sail, montada cada cinco años. Sobre todo este último espectáculo, en el que una multitud de veleros históricos vuelven a darle una vez más al Y el aspecto de los tiempos de gloria que remontan al siglo XVII, es prueba de que el puerto de nuestra capital representa un fenómeno histórico y ya no del presente.

[26] En 2012, el número de cruceros que recibió la ciudad ascendió a 150, lo que supuso una afluencia de 300.000 turistas, aproximadamente. (N. de la T.)

Traducciones

Ámsterdam: Rafael Lechner

H2Olanda: Nathalie Schwan

Publieke werken: Raquel Bruno

El pintor y la niña: Tineke Wouters

El vividor: Jan de Jager

El primer amor de Casanova: Marta Arguilé

La cena: Marta Arguilé

Lunes azules: Julio Grande

Amor ambiguo: Julio Grande

Todo está tranquilo arriba: Julio Grande

Tonio: Marcela Cazau

Una novia joven y bonita: Nicolás Cortegoso Vissio

Patrimonio cultural: Cristina Galibert

Sed: Micaela van Muylem

Mountain bike: Diego Puls

Delicias turcas: Diego Puls

Diario: Diego Puls

Revisores:

Diego Puls

Micaela van Muylem

Datos bibliográficos

Cees Nooteboom: *Amsterdam*, en *De filosoof zonder ogen*, Arbeiderspers, 1997. Ámsterdam. Trad. Rafael Lechner: Ámsterdam.

Margriet de Moor: *De schilder en het meisje*, De Bezige Bij, 2010, Ámsterdam. Trad. Tineke Wouters: El pintor y la niña.

Arthur Japin: *Een schitterend gebrek*, De Arbeiderspers in 2003, Ámsterdam. Trad. Marta Arguilé: El primer amor de Casanova, Roca Editorial De Libros (2006)

Thomas Rosenboom: *Publieke werken*, Querido, 1999, Ámsterdam. Trad. Raquel Bruno: Obras públicas.

Nescio: *De uitvreter*, Nijgh & Van Ditmar, 1911, Ámsterdam, Trad. Jos Meijer & Jan de Jager: *El vividor*.

Anne Frank: *Het Achterhuis, Dagboekbrieven van 14 juni 1942 – 1 augustus 1944*, Contact, Ámsterdam, 1947. Trad. Diego Puls, Diario, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 1993.

Remco Campert: «Een mooie jonge vriendin», en *Een mooie jonge vriendin en andere belevenissen*, Bezige Bij, Ámsterdam. 1998. Trad. Nicolás Cortegoso Vissio: *Una novia joven y bonita*.

Rudy Kousbroek: «Cultuurbezit», en *Het raadsel der herkenning*, Augustus, Ámsterdam, 2003, Trad. Cristina Galibert: *Patrimonio cultural*.

Jan Wolkers: *Turks fruit*, Meulenhoff, Ámsterdam, 1969. Trad. Diego Puls, *Delicias turcas*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2009.

Adriaan van Dis: *Dubbelliefde: geschiedenis van een jongeman*, Ed. Meulenhoff, Ámsterdam, 1999. Trad. Julio Grande, *Amor ambiguo*, Maeva, Madrid, 2002.

Gerbrand Bakker: *Boven is het stil*, Cossee, Ámsterdam. 2006. Trad. Julio Grande, *Todo está tranquilo arriba*, Rayo Verde, Barcelona. 2012.

Arnon Grunberg: *Blauwe maandagen*, Nijgh & Van Ditmar. Ámsterdam, 1994. Trad. Julio Grande: *Lunes azules*, Grijalbo Mondadori, Barcelona,1998.

A.F.Th. van der Heijden: *Tonio*, De Bezige Bij, Ámsterdam, 2011. Trad. Marcela Cazau.

Herman Koch: *Het diner*, Anthos, Ámsterdam, 2009. Trad. Marta Arguilé: *La cena*, Salamandra, 2010.

Carolina Trujillo: *De terujkeer van Lupe García*, Meulenhoff, Ámsterdam, 2009, traducción facilitada por la autora.

Esther Gerritsen: *Dorst*, De Geus, Breda, 2012, Trad. Micaela van Muylem: *Sed*.

Jan van Mersbergen: «Mountainbike», *Das Magazin*, octubre de 2012, Ámsterdam Trad. Diego Puls, *Mountainbike*.

Maarten Asscher: *Ho2lland*, Augustus, 2009, Trad. Nathalie Schwan, *H2Olanda*.

Encontranos en


www.eduvim.com.ar


eduvimprensa@gmail.com


eduvim.blogspot.com


@eduvim

Buscanos en

Librería Universitaria Medioteca
Av. Sabattini 40 - Villa María (Cba.) CP 5900
+54 (353) 4539118

Librería Universitaria Campus
Arturo Jauretche 1555 - Villa María (Cba.) CP 5900
librecampus@gmail.com

Librería Universitaria Córdoba
Félix Frías 60 - Córdoba Capital - CP 5004
libreriauniversitaria.cba@gmail.com
+54 (351) 4265713

Distribuidora Tramas
Piedras 575 - Planta Baja (CABA)
Contacto: Silvia Barrios - silfeba@gmail.com
+54 9 (11) 53277306 / +54 (11) 43454774

Librería Virtual
www.ulibros.com

Impreso por orden de
EDUVIM
Marzo 2013

Carlos Pellegrini 211 P.A.
Tel: 0353 - 4539145
Villa María - Córdoba
www.eduvim.com.ar
Universidad Nacional de Villa María